



FERNANDO DIEZ DE MEDINA

ORFICUS  
Y LA  
SEÑORA

Novela

Escrito los años 1974 - 1976

Primera edición electrónica 2006

\*  
\*

Editor © Rolando Diez de Medina, 2007  
La Paz - Bolivia

“La punzante belleza de lo  
Imposible: ese dragón que nos  
devora.

El Monje Azul en  
el Libro del Sueño

I

En la universidad era uno entre centenares: ni de los últimos ni de los primeros. Un estudiante como hay muchos. Nada anunciaba en mí al vencedor que toda juventud incuba silenciosa o estridentemente. Mi carácter esquivo no invitaba a la amistad y los pocos amigos que tuve no pasaban la línea de las exterioridades cotidianas. Distante de padres y hermanos aprendí a concentrarme desde niño, acaso porque el brillo de quienes me rodeaban apagaba mi voluntad de sobresalir. No soy indolente, no soy apático; me agrada hacer lo que hacen los demás y ayudarlos en cuanto está a mi alcance, pero me faltan esa cualidad invisible, ese fulgor misterioso que hace al jefe, ese poder de decisión, ese sentido olfativo de cuándo y cómo debe actuarse. Finalmente el don de simpatía que permite comandar.

“Órficus es un buen muchacho” —solía escuchar lo mismo en mi hogar que en la universidad.

Sin hacer sombra a nadie, sintiéndome incapaz de rivalizar con los mejores, cursaba el segundo de ingeniería más por complacer a mi padre que por afición a la carrera.

Al escuchar mi nombre, algunos me decían “Órficus” poniendo el acento en la “í”. Mi padre se indignaba: es “Orficus”, con acento en la “ó” —explicaba— porque viene de “órfico”, lo enigmático.

En medio de mis limitaciones —no era la menor la timidez— poseía una facultad extraña: la de poder concentrarme mentalmente hasta dar con la solución buscada. Pero esto acaecía condicionado a dos circunstancias: el desenlace llegaba retardado, jamás con rapidez; y una vez conocido no sentía el deseo de comunicarlo a los demás. Era un poder oculto del cual no me ufanaba ni me daba alegría, porque además no acudía a mi voluntad, sino en ciertas ocasiones

muy alejadas unas de otras. Cerraba los ojos, veíame envuelto por una neblina esencial, padecía un torbellino de imágenes que se alternaban con vértices oscuros, pensaba, pensaba mil cosas absurdas como si el mundo se metiera en mi cerebro, como si mi cerebro se apoderara del mundo, y de esa larga convulsión interna que me atenaceaba el cuerpo y me empavorecía el alma — dolores, temores, cambiantes como las figuraciones que me acosaban — surgía la crisis final, una sensación de fuerza desintegradora amenazando dividirme en cien mil partes... y de pronto, como un astro sereno, luminoso, ahí estaba la solución buscada. Nunca supe la duración del fenómeno — ¿minutos, horas?— porque todo transcurría en soledad sin testigos y no se me ocurría consultar el reloj ni antes ni después de la experiencia.

Recuerdo esa tarde que mi padre, reunido con sus socios de la empresa minera, discutían la grave situación producida por un mal cálculo en los embarques de estaño que debían entregar. Por la puerta entreabierta, yo escuchaba la discusión: técnicos y ejecutivos trataban de explicar el problema sin hallarle salida. Al fin mi padre, enérgico y amenazador, exponía:

— Aquí hay errores iniciales de apreciación que no hemos descubierto. Vamos a revisar minuciosamente cálculos y estudios hasta dar con las fallas. Será difícil porque nos faltan los contadores y el inspector de tráfico; no importa: aunque amanezcamos trabajando encontraremos la solución.

Me fuí a mi cuarto y me concentré. Fué algo torturante, tal vez más largo que en otras ocasiones. Al fin la solución brilló clara, nítida ante mis ojos. La anoté febrilmente, temeroso de perderla: era múltiple, complicada, de muchas ramas, como árbol frondoso, pero ninguna cifra, detalle alguno se borraron de mi mente o seguían flotando en el aire hasta que los hube transcrito a un papel. Escribí todo en letras mayúsculas para disimular mi escritura y me aproximé a la estancia donde deliberaban mi padre y los accionistas.

El cuarto lleno de humo, varias botellas vacías, una ventana abierta y las camisas abiertas indicaban la fatigosa reunión.

— Esto es endiablado —dijo uno de los concurrentes— parece que estamos a punto de hallar la explicación y de pronto ésta se aleja y vuelven a enredarse las cosas.

“Sigamos buscando —repuso mi padre— tenemos que encontrar dónde están los errores.”

El paseaba nerviosamente en tanto los otros discutían. Deslicé el papel por la puerta entreabierta, y me retiré con sigilo para no ser descubierto.

Al día siguiente, reuniendo a mi madre y a mis cuatro hermanos, mi padre mirándonos con sus ojos penetrantes, preguntó:

— Quiero saber quien de ustedes puso el papel que nos dió la solución anoche.

Todos sostuvimos valerosamente la mirada paterna. Luego nos miramos en actitud de sorpresa. Nadie pudo explicarlo.

Posiblemente yo fuí el que menos sospechas despertó; yo, el menos dotado de los cinco hijos de mi padre.

Ese día conocí por primera vez la embriagadora sensación del triunfo: sabía, podía más que los otros. Era superior a ellos. Instantáneamente, una voz secreta susurró: “nada digas, ocúltalo.”

¿Duró mucho mi pretensa conciencia de superioridad? No mucho porque pasaron semanas sin que pudiera concentrarme. Cerraba los ojos, me esforzaba por internarme hacia adentro, buscaba el agolpamiento de imágenes que me conduciría al sufrimiento de cuerpo y alma pero nada, nada sucedía. Sólo sombras, perfiles vulgares y mi mente erraba, vacía, por un mundo desprovisto de interés. Desolado, comprendí que seguía siendo el último de la familia, apesar de haber nacido segundo.

Huraño, desconfiado en el trato con varones, lo fuí mayormente con las mujeres. ¿Quién podría reparar en mí? Ni la apostura de mis hermanos, ni el atrayente conversar, ni la audacia para emprender acercamiento, menos el ingenio pavoneante que seduce a las jóvenes. Encima de ello tímido, hosco, carecía de interés para ellas que buscan si no la gallardía física, una inteligencia despierta, el carácter dominador o esa simpatía innata que hace del varón un donjuan en potencia.

Yo no tenía ninguna de esas cualidades que atraen a las mariposas juveniles; y aun conspiraba en contra mía esa vacilación antes de decidirme a responder, cosa que muchos tomaban como signo de lentitud mental siendo sólo un rasgo accidental que jamás pude vencer. Por lo general salía bien parado en las discusiones, pero no las iniciaba ni las conducía y mis opiniones más infundían conformidad que entusiasmo. En los coloquios podía mantenerme en un nivel decoroso de buen sentido, pero al dialogar sobre asuntos no triviales me azoraba como si fuese a desnudarme delante de otro. ¿Por qué tiene uno que confiar lo que piensa de la idea de Dios, del sentido de la vida, de los enigmas del universo, del ultramundo (si es que hay ultramundo), de tantas cosas oscuras, misteriosas, que nos rodean? Unos atribuían a sabiduría mi callar (¡sabio, yo, que leía poco y estudiaba sólo lo preciso!); otros pensaban que era lerdo en el responder. Más de una vez imaginé que la palabra "limitado" cruzaba la mente de mi interlocutor.

La única que me comprendía era mi madre. Hablaba sin exigirme respuestas. Decía, para consolarme, que santos, grandes artistas, pensadores fueron reconcentrados; que un temperamento introvertido guarda su destino oculto que se revelará el momento menos pensado; que la timidez y la natural reserva son una defensa contra el mundo enloquecido de hoy. "Sólo deseo —agregaba— que encuentres una mujer sagaz que sepa entenderte y amoldarse a tu carácter: ella despertará las fuerzas ocultas que duermen en tu alma."

Velaba por mí con discreto celo, sin dejar entrever que me prefería sobre mis hermanos. Yo me daba cuenta que al verme de personalidad más débil, extremaba en mí su amor.

Me atraían los deportes, pero me faltaban fuerza y destreza para sobresalir. En fútbol no pude llegar ni al equipo de reserva de la universidad, regular en atletismo, malo como trepador de cerros. Pesado en las carreras, una vez llegué segundo en los cien metros sin repetir jamás la hazaña. Pero en la carrera de postas y en basketball me desempeñaba con regularidad. Fué lógico que cierta vez recogiera este juicio del entrenador: "es una buena medianía."

El campeón del curso me tomó cierto afecto. "Te falta voluntad de vencer —argüía—." ¿Por qué no fortaleces tu cuerpo? Todo es cuestión de entrenarse: haz gimnasia todas las mañanas, practica el "footing", boxea con los compañeros, ensaya la carrera y los saltos, trepa los montes, endurecete. Y sobre todo propóntele vencer. No estás mal constituido físicamente; lo que te falta es adiestrar la máquina somática. La naturaleza es exigente: exige más a los mejores, y tu puedes ser uno de ellos."

Quise seguir sus consejos, pero al cabo de algunos ensayos desistí: el cuerpo no me respondía o me faltaba fuerza para imponerle la voluntad de triunfar. Fuí mal deportista.

Tampoco tuve suerte con las muchachas. Soñaba con una joven de linda cara y cuerpo esbelto que se adaptaba a mi modo de ser, me aceptaba así tímido, silencioso, y encantaba mis horas con su sola presencia. Sueño que jamás se realizó: siempre mis hermanos y los amigos se llevaban las beldades. ¿Era mi culpa? Ciertamente: no sabía interesarlas. Mi físico no les llamaba la atención y mi personalidad... ¿de qué personalidad puede alardear el callado, lento y vacilante para el diálogo, desprovisto de ingenio para entretener a una dama?

El mundo me rechazaba o yo me hacía rechazar por mi carencia de aptitudes para desenvolverme en su ronda vertiginosa.

Sólo niños y perros ganaban mi ternura. Aquellos si eran pequeñuelos, éstos en general. Los atraía como un imán, tenía paciencia para seguir sus juegos y acceder a sus caprichos. En la sonrisa, en el cándido mirar de un infante me parecía advertir el designio de Dios, la mayor maravilla del universo, como si la tierna criatura perteneciera, todavía, más al perdido Edén que a la tierra. En cuanto a los perros no que me desviviese por acariciarlos, pero trabajábamos amistad

al primer encuentro. No se me olvida aquella vez que al entrar a una quinta para robar manzanas con un grupo de amigos, un perrazo furioso se precipitó dispuesto a mordernos. Ira un danés que vimos gigantesco, de fauces babeantes y enormes colmillos. Mis compañeros huyeron despavoridos, otros treparon a los árboles. Yo permanecí quieto sin sentir temor. El perrazo frenó bruscamente su carrera, me olió y dos lengüetazos sellaron nuestra amistad. Me lo llevé dando tiempo a que se salvaran los otros. "Lo conocías —apuntó uno de los amigos— y eso te salvó". No —repuse— es la primera vez que lo veo.

También fueron amigos el nevado insigne que podía contemplar sin cansarme jamás, y el paisaje natal centro de revelaciones inexpresables. En mudo éxtasis el contacto con la naturaleza me brindaba enseñanzas y deliquios que pocas veces obtenía del trato con los hombres.

Los deberes que cumplía en casa, el estudio, mis andanzas solitarias por cerros y quebradas, la afición a la música de cámara o no me dejaban mucho tiempo para leer. Luego estaban mis sobrinos, hijos de mis hermanas mayores, pidiendo cuentos y exigiendo juegos que compartía con placer. Pero cuando un libro capturaba mi interés —pienso en "Ingeborg" de Kellermann, en "Gradiva" de Jensen, en "A orillas del mar libre" de Strindberg— me sumergía en esos mundos mágicos como si los habitara en realidad. Otros me infundían receloso respeto, algunos temor. No quería pedir mucho a los libros, pues lo poco aprendido en sus páginas y lo mucho observado en la vida me turbaban: ¿qué es, qué puede la ínfima criatura humana en el monstruoso acaecer del mundo?

Detestaba el cine, las cartas, beber y discutir, todo eso que acentúa la camaradería y hace felices a los jóvenes. ¿Era en verdad un joven?

"La vida es bella, rica y poderosa en sensaciones para quien sale a su encuentro con voluntad de disfrutarla. Así la disfrutaban tus hermanos; tu pareces ser un habitante de la sombra" —dijo mi padre una de las pocas noches que me avine a conversar con él.

Pienso que no era exactamente así: yo no habitaba en tinieblas, amaba la luz, aunque me atrajera igualmente la noche misteriosa; más acertado hubiera sido afirmar que transcurría voluntariamente ensombrecido en mi deseo de no sobresalir.

No me preguntaba si mi vida tenía un sentido ¿no era prematuro indagarlo?

Tampoco fui presa del resentimiento; comprendía que por natural constitución hermanos y amigos me aventajaban en muchas cosas. Además yo carecía de ese espíritu de emulación que arroja a unos contra otros. Atravesaba ese tiempo tranquilo en que uno se contenta con ver fluir los sucesos, sin pretensiones de protagonista esencial. Ni envidioso ni envidiado pasaba discretamente feliz si felicidad puede haber en una vida normal, exenta de arrebatos eléctricos y de entusiasmos delirantes. Ignoraba el lenguaje exaltado de los apasionados, y me sorprendía la llama suave de una dicha profunda que veía arder en ojos enamorados.

Si un psicólogo me hubiese clasificado como una mentalidad de segundo plano, habría aceptado el veredicto. Mis sueños y meditaciones, esa extraña vida interior que escondía celosamente a los demás, no guardaban relación con el mundo activo de afuera ni con el parámetro de valores que cataloga a los hombres en grados de aptitud.

Ni la esperanza de la familia ni el inútil del que poco se espera. A los veintidós años era el perfecto término medio de los filósofos antiguos: todo medido, moderado todo. El árbol que no desea hacer mucha sombra. Aquel a quien todos acuden para las cosas triviales. El peñón donde nunca se quiebran los relámpagos.

No sé si por natural disposición o porque confiaba en un futuro amanecer, no me descontentaba estar relegado. Católico por formación hogareña, se me ocurría pensar que un "karma" indescifrable me destinaba a un transcurrir postergado. No debía lucir, no debía surgir, quien sabe por qué. Lo presentía oscuramente y aceptaba mi sino: era un ser destinado. Algo había más allá, en un tiempo distante; hacia ese remoto horizonte iban mis pasos.

Órficus el mediocre y apagado para muchos, Órficus el silencioso para otros. Nadie sabía que dos circunstancias me rescataban de los juicios deprimentes. Al contemplar la hermosa

plasticidad de las nubes, esa arcilla siempre maleable alojó del hombre que se organiza y se disuelve con dóciles hechizos. Imperial arquitectura. Puebla el cielo y lo anima con movibles estructuras. La imaginación más audaz se siente aminorada frente a esas combinaciones osadas del blanco y del azul. Palacios, montañas, lagos, volúmenes intrépidos, marejadas del mar, ríos, cordilleras, selvas espesas, coros angélicos, ejércitos compactos, islas y penínsulas, a veces caras colosales, ojos ceñudos o serenos, sueños de la línea, lentas fugas de formas y de imágenes que son como la corteza del espíritu. Conciertan cielo y nubes maravillas plásticas que parecen brotadas de la mano de Dios. Sorprendente ingeniería. Bogan, ellas, en armonioso curso esparciendo sosiego en el ámbito de los días tranquilos; o al aproximarse la tempestad se rasgan de resplandores cárdenos que las iluminan y oscurecen alternativamente. Trances y esfumaturas del firmamento nuboso: no tienen fin. Podría componerse más de un libro describiendo los juegos pasionales de las Damas de Armiño con el Piélagos Azul, drama e idilio a la vez. Si el uno predomina con exceso sobre las otras o a la inversa, se altera el equilibrio primordial: nubes y cielo deben compartir en proporcionado afán los espacios aéreos. Y no es que únicamente ellas configuren la extensión del mágico esparavel, porque suele ocurrir que el cielo, celoso de la geometría de los nimbos y los cúmulos, se insinúa en archipiélagos bienaventurados, en azules perfiles que se dibujan en el seno de las nubes o en amplias aberturas que las desgarran en una gama infinita de formas caprichosas. El éter de los griegos, el aire de los modernos, poco dirían si nublos y estratos no esmaltaran de rica variedad su monótona expansión. ¿Cosas leídas o pensadas? No lo sé. Y existen también en esa geografía de lo alto seres extrañísimos, más inverosímiles que las hadas y los trasgos, que nacen y mueren una sola vez aunque parecen repetirse en sus rasgos insólitos. Es el reino de lo increíble: sorpresa y maravilla. Genial conformación cambiante. Finge un diálogo de la bóveda celeste y los albos vellones que la surcan, pero en verdad es un combate de tres porque sin la luz que los envuelve y les da vida no prosperarían cielo y nubes. Y esos agolpamientos de masas deslumbrantes que se escalonan en el aire — mares, países, continentes, ciudades que sobrepasan las metrópolis humanas — son ciertamente la mayor fábrica de dioses y de héroes que el mundo exterior ofrece a la interna comprensión. Nubes blancas, grises, negras, coloreadas en la magna extensión de un azul de azules que se transfigura en musical azuleidad. Cavernas y dragones espantables de satánica apariencia. Róseas construcciones pintadas sobre fina seda ilusoria. Y unas formas y sucesos que exceden la más desorbitada fantasía. De tanto mirar el nuboso encantamiento yo lo sentía trasladarse y poblar los grandes vacíos interiores de mi espíritu. El oráculo cimero respondía al profundo imaginar. Yo los sentía hermanos, habitantes de territorios arcangélicos. Transfundían. Si el espectáculo exterior conmovía mi mente sensible, yo le agregaba sutiles novedades brotadas del propio fabular. Entonces la magia visual acrecentada, enriquecida por la diurna ensoñación, me revelaba continentes ignorados. Aunque la fugacidad sea su ley secreta, hay tantas cosas bellas y reveladoras en esas lechosas claridades que decoran el manto de cobalto.

Yo extraía del cielo y de las nubes presencias enigmáticas que no me brindaba el mundo de los hombres.

Entonces Órficus, insignificante, se tornaba en el potente Órficus dueño de una vasta reyecía. Pero esto pertenecía al orden oculto de lo que se vive sin comunicarlo.

Más adelante contaré la segunda circunstancia que me rescataba del menosprecio ajeno. La contemplación del cielo estrellado en la noche fabricadora de misterios.

Trepaban cerros como gamos, ágiles y fuertes. Dos, tres horas. Sólo unas mandarinas para apagar la sea, momentos de descanso y nuevamente dispararse hacia la cima alta, lejana, que parecía inalcanzable. Pero llegaban jadeantes, sudorosos. Seis estudiantes en la estrecha cima circundados de viento y de sol. Abajo el paisaje irrequieto, las casitas minúsculas, las manchas cromáticas de techos y jardines. Mirar montañas desde la montaña: fascina y da vértigo a la vez, porque el vacío acecha en torno, intranquiliza al veedor, y el que vacila puede ser atraído hacia el abismo. Contentos, exultando del propio poderío juvenil, lanzaban gritos entusiastas: ningún otro grupo de la Universidad había alcanzado la cumbre del Peñón del Diablo. Los triunfadores se contemplaban ufanos. De pronto el más joven apuntaba hacia un punto negro que ascendía en dirección a la cima.

— Es el "retrasado" —dijo— ese siempre llega el último. Creo que le, es penosa la ascensión.

—No —arguyó otro— él mide sus fuerzas. Llegará a viejo. Lentamente el punto negro se transformó en un escalador del cerro. Subía lentamente, con paso firme, ayudándose con las manos en los tramos difíciles. Si bien se observaba un cierto ritmo regulaba el ascenso, como en la marcha india, lenta y tranquila, que no pregunta al tiempo cuando llegará. Pero llega. Ya próximo el escalador alzó la cabeza y fué saludado por un coro de vítores y denuestos.

Sin molestarse ofreció mandarinas a sus compañeros.

— ¿Qué importa llegar último, si éste está más fresco que nosotros? — gritó un tercero.

Dueños del mundo los estudiantes improvisaron juegos mentales. Luego discutieron sobre la existencia de Dios. Un ala blanca y un ala negra cerníanse invisibles sobre el cerro enhiesto. Finalmente recuerdos y cuentos alegres. El último escalador escuchaba solamente.

La bajada se inició en tropel, corriendo a trechos, saltando, como si hubiera prisa por llegar. El monte hirsuto se poblaba de voces. Atrás, como siempre, venía el rezagado. Fué un descenso fantástico: en veinte minutos lo que tardaron en subir casi tres horas. Ya en el camino los estudiantes reían evocando las peripecias del bajar accidentado. Para dar descanso a los músculos doloridos y esperar al séptimo compañero sentáronse en círculo. El otro era, aún, arriba y allá lejos, un puntito negro que aparecía y reaparecía fugazmente.

— Tarda mucho; ya no lo esperemos.

Pero el espíritu de camaradería predominó y siguieron aguardando.

Largo tiempo después el puntito negro recobraba figura humana. Fresco, sosegado, se acercó al grupo. Lo acogió el mismo coro de pullas y reproches. ¿Por qué la morosidad cuando todos probaban fuerza y destreza?

— Se diría que te interesa más la subida y la bajada que permanecer en la cima.

— Sí — repuso sencillamente el acosado.

Nadie preguntó qué sucedía al descender o al trepar lentamente, al detenerse a contemplar el paisaje, o en los breves descansos. Para ellos subir al monte era una batalla: había que darla continuamente, con ímpetu de principio a fin, sin detenerse. El rezagado no tuvo que explicar los misterios o deliquios de un ascenso moroso ni los encantamientos del tardío retornar.

"Es raro este Órficus, tan poco comunicativo, tan metido dentro de sí, siempre distante aunque se halle próximo.

Jamás me vieron llorar. Lo atribuían a falta de sensibilidad. Mi madre me defendía aunque ella también pensaba en algo extraño impidiendo la manifestación de mis sentimientos. Recuerdo el caso del mendigo de Santo Domingo. Un hombre bajo, fornido, ciego, acompañado por una mujer. Parado en el atrio del templo, parecía una estatua. Callado, extendía la mano y la mujer pedía por él. "Es un minero dijo alguna vez una mujer del pueblo — su hermana vela para que siga viviendo." Yo, como muchos, entregaba una moneda al entrar al templo. La fisonomía viril del ciego emanaba un aire de nobleza resignada. La mujer pedía con tono quejumbroso. Esto por varios años, era ya un espectáculo habitual; casi un rito: acudir a la iglesia y entregar el óbolo habitual. Cierta mañana, cumplido el oficio religioso, la concurrencia quedó absorta al ver cómo el ciego propinaba feroz paliza a la hermana, le desgarraba la cara con las uñas, y por último intentó victimarla a dentelladas. Algo atroz. Era tan insólito el hecho —un ciego mal tratando a su bienhechora -que en los primeros instantes la gente miraba paralizada de estupor. La reacción que sobrevino fué unánime: muchos se precipitaron arrancando a la infeliz de las garras del ciego, otros golpearon al rabioso olvidando su ceguera, todos vociferaron contra la crueldad del "monstruo". Se llevaron la mujer a la asistencia para curarla de sus heridas y al ciego lo abandonaron, manchado de sangre.

Transcurrió largo rato, acaso media hora. El ciego, pasado el arrebató colérico, apoyado contra el muro del templo había recobrado su apariencia esfíngica. Me aproximé.

— Ví todo —insinué — y parecía inexplicable. ¿Por qué intento victimar a su hermana?

El ciego permaneció en silencio, un gesto despectivo en los labios. Probablemente no me juzgaba digno de confianza.

— Respeto su silencio — añadí— pero como todos compadecieron a su acompañante, pensé que habría justificación para lo que usted hizo.

La cara del mendigo mostró vacilación. Siguió callado. Una sombra cruzó sus rasgos y con voz teñida de rencor murmuró:

— Me decía continuamente que era un inútil, se burlaba de mi ceguera. "No puedes ver, no puedes ver" era el látigo con que me azotaba a toda hora. Esto durante diez años: el infierno. Volvió a amenazarme que me abandonaría porque estaba cansada de atender a una bestia sin ojos. Debí matarla.

¿Quién era, verdaderamente la víctima?

Es verdad: no sé llorar. Detrás de hechos y actitudes que inspiran piedad o repulsión he descubierto muchas cosas crudas, absurdas, increíbles. "Las películas más conmovedoras te dejan frío —comentaba mi hermana menor—; no te entiendo." Cierto: no me entrego al patetismo ni a la efusión sentimental. Sin embargo esa vez que un auto estropeó la patita de nuestro perro Foker, mientras todos lloraban y se lamentaban a grandes voces, yo lo curé como pude y permanecí a su lado acariciándolo mucho tiempo, lo que el animalito parecía agradecer en extremo. ¡Bah! Soy, para ellos, un hombre sin sentimientos; ¿para qué contar estas cosas?

Los hombres se envidian, se odian ferozmente.

¿Dónde quedan la prédica de amor de los Evangelios y de otras religiones? Un hombre frente a otro hombre es una ambición contra otra ambición. La lucha comienza en las universidades: sobresalir, liderizar, trepar la escalera de los que hacen ruido a cualquier precio. Como Juan Alvargonzález, estudiante de derecho, simpático y sin escrúpulos que faltaba a su palabra con la misma facilidad que urdía una intriga. Sonrisa en los labios, labia fácil, un cinismo ligero para sortear obstáculos. Al frente otro jefecillo, Lidio Parejas, brusco, mandón, menos astuto pero más directo. Lo aventajaba en audacia, era leal con los suyos. Cada cual seguía directivas de los partidos políticos dominantes. Otros líderes de segundo plano arrastraban sectores menores. César La Fuente, arquetipo del conductor honesto, amigo del juego limpio, generoso, valiente, incapaz de una acción mezquina, tenía pocos seguidores. Los estudiantes preferían al dirigente maniobrero, enredador, al activista que no cesa de fabricar ataques y contragolpes contra los adversarios.

Alvargonzález y Parejas pactaron transitoriamente para derribar al Vicerector, difundiendo una calumnia con visos de verdad: su caída era inminente si el escándalo estallaba sin que la víctima fuese informada del peligro que la amenazaba. Eliminado el Vicerector, los dirigentes podrían disponer de más dinero universitario para disiparlo en sus trajines politiqueros. El sustituto tendría que someterse a la presión de los líderes.

Órficus denunció la indigna maniobra al Vicerector, éste desbarató la calumnia antes que cobrase vuelo. No se supo quienes la urdieron porque Órficus no quiso ser delator, sino sólo advertir el peligro. Le costó, como era lógico esperar, la venganza de los conjurados: una paliza y constantes represalias por espacio de varias semanas.

"¿A qué te metiste? —dijeron los amigos—. No tenías por qué hacerlo. ¿Acaso eras su amigo?" Órficus sonrió amargado: "Nunca hablé con él. Hasta creo que existía una antipatía a larga distancia entre ambos, pero el asunto era tan sucio que me sublevó." Y encogiendo los hombros agregaba: "Lección para no entrometerme en vidas ajenas."

La vida siguió su curso. Celos entre los conductores de la Universidad. Catedráticos contra catedráticos. Líderes enfrentando a líderes. De los estudiantes, aun quienes no politiqueaban hacían intrigas. El personal administrativo seguía la corriente: peleas internas y

maniobrar unos contra otros. La lucha por el poder comenzaba en las puertas de la Casa de Cultura: ¿acaso, los porteros, no son personas, no tienen ambiciones y capacidad de intrigar? Podía suponerse que la mayoría estudiantil se consagraba al estudio, ajena a maniobras y chismorreos, mas era a la inversa: pocos se concentraban en los libros y en las aulas, muchos en la fricción social, en el aprendizaje de las tretas para subsistir en la fauna humana, en el afán de sobresalir. ¿Por el talento? El talento es odiado y desconocido; más valía la voluntad astuta que escala posiciones poco a poco. Y la gran masa humana de la Universidad era como un río impetuoso de sordos fragores que arrastra pedrones, troncos, rocas, tierras, ramas, líquenes, limo, mucho limo...

El incidente hizo más retraído al estudiante. Alternaba con algunos amigos, a veces dialogaba con los catedráticos, pero su reserva fué mayor; sólo se ocupaba de temas generales eludiendo el acceso a su intimidad. "Nadie sabe lo que busca" —comentó alguien. "O no busca nada" —arguyó otro. Órficus enigmático, silencioso, prosiguió sus estudios de ingeniería. Pocos, muy pocos captaban esa Chispita de luz que solía animar sus ojos cuando algo en el paisaje o en la conversación despertaba su interés.

"Es un apático" —pensaban muchos. Pero cuando el apático hizo ganar a la Facultad de Ingeniería en un concurso en el cual sus respuestas sin ser brillantes fueron exactas, el juicio cambió: "Es aburridoramente normal."

Órficus callaba; ni siquiera una sonrisa para responder a los mal juzgadores. Alguno llegó a pensar que se trataba de un bicho raro: si se le ofreciese liderizar a los estudiantes no aceptaría. No quiere distinguirse, no desea comandar. Y era verdad. Órficus no revelaba las razones ocultas de su actitud: ser sólo un buen estudiante. Nada más.

¿Cómo no comprenden que al dispersarse en mil cosas banales pierden su fuerza, el poder de concentración para acometer grandes empresas? Hasta Li-Po, borrachito sublime, para crear sus maravillosos poemas tenía que desasirse de las cosas del mundo y refugiarse en la púrpura del vino hondamente, hondamente... hasta que de la sostenida sumersión interior brotaba la música inefable.

No es mi hora. Debo aguardar. Ignoro si un país misterioso abrirá una puerta sólo a mí destinada, si llegaré siquiera a sus lindes, pero sé que él existe y que estoy marchando hacia sus límites remotos. ¿Qué importa no sobresalir en el mundo real?

Pienso en un sueño que no ha sido soñado todavía.

## II

Soy feliz, verdaderamente libre porque en la finca de tío Norberto cada cual hace lo que le place. Cierto que a la hora de las comidas nos reunimos puntualmente, no por exigencia del dueño de casa sino por el cariño que le profesamos: tía Carolina, su hermana Elizabeth, mis primos Diana y Orlando, la señora Julia que nada tiene de suegra y mucho de madre bondadosa, y un pariente lejano que hace de preceptor de los niños.

La vieja casona fué levantada en tiempos del bisabuelo Felipe. Es una construcción colonial de dos pisos en torno a un vasto patio, con amplios corredores, arquerías, un vertedero de azulejos y hermosas tallas de madera en puertas y ventanas. Parece un edificio vetusto por fuera pero su interior, conservando las líneas originales, está dotado de refinamientos modernos: baños lujosos, excelente iluminación, pisos alfombrados. Tiene varias estancias para huéspedes y aun con ellas sólo está habitada una mitad de la casona que en otros tiempos debió albergar varias familias.

Las dos habitaciones más acogedoras son el estudio-escritorio de tío Norberto, arqueólogo y humanista que posee una vasta biblioteca científica y literaria; y el gran living muy amoblado con varios ambientes donde la familia se reúne para oír música, leer o comentar temas de interés. Ni juegos de cartas ni entretenimientos de salón. Cada cual se ocupa de lo suyo y nadie molesta a nadie. Me agrada el ambiente de independencia que predomina en la finca, el suave yugo que impone dejando que uno se desarrolle con su propia brújula. También aman a tío



Norberto por eso los campesinos, a quienes trata con paternal benevolencia sin dejar de ser severo cuando el caso lo requiere.

Tiene muchas cosas buenas la finca. El clima de valle alto, los jardines y la huerta, sus extensos sembríos, las pérgolas de naranjos que hubiesen amado los filósofos griegos, el ambiente de paz y de quietud. La compañía de sus moradores que no andan tras de uno ni formulan preguntas indiscretas. Y la gran presencia del Nevado que parece cerca, muy cerca y está todavía un tercio kilómetro distante. Los frondosos arboles que a mí siempre me dieron la sensación de cordiales grupos humanos. El cielo azul. El aire puro. Ese contacto con la naturaleza que purifica al hombre. Pasa mucho y no sucede nada, pero un perro, un caballo, una paloma, el simple hortelano reclinado sobre sus plantas son aquí algo más que accidentes para el ojo: todo tiene su mensaje capturable para el ojo que mira sosegado. Y están, aún, las dos maravillas del amanecer henchido de sorpresas y del cielo estrellado cuajado de misterios.

En la finca de tío Norberto se vive en profundidad.

Largos paseos solitarios. O absorto en la contemplación de la naturaleza, el cazador de revelaciones nunca vuelve con las manos vacías, como ayer, en la noche lunada, en esa quiebra al oeste de la finca desde la cual una ilusión óptica parece acercar el Nevado a pocos pasos. Sentado en un pedrón rocoso, observaba los graciosos juegos de unos patitos en el estanque natural que la luz del astro envolvía con trémulos reflejos. ¿Es más dichoso el animal que el hombre? ¡Cuán dócilmente enlazan naturaleza y animales, en perfecta simbiosis! Ellos no piden mucho a la Gran Madre, se adecúan a ella, viven en libertad y espontaneidad. Los animalitos lacustres introducían los picos en el agua, la bebían, se lavaban o simplemente se divertían y esa sucesión de rápidos movimientos, siempre repetidos, despertaba una ternura escondida en mi alma, acaso porque toda pequeña criatura infunde amor, admiración. Estuve largo rato contemplando a los patitos en su tranquilo accionar, fascinado por el movable espectáculo de líneas tan simples, exento de variedad, y sin embargo secretamente nuevo cada vez que se repetía. De pronto la pata-madre, surgiendo detrás de unos juncos, con gritos y agitar de alas se llevó a los pequeños. Las aguas del estanque se aquietaron. Quedé solo.

Púseme a mirar unas piedrecillas curiosamente dispersas en el suelo: ¿es que hay constelaciones térreas que el hombre pisa sin reparar en ellas? ¿No se disponen formas y volúmenes conforme a una secreta geometría que organiza la belleza del paisaje? En pocos decímetros de superficie puede contenerse una clave visual que a su vez sólo es mensajera de una voz del espíritu. Es tan grande lo pequeño... Y al detenerme en la polar antinomia un impulso oscuro me indujo a levantar la cabeza lentamente, muy lentamente hacia la gran masa blanca que se alzaba al fondo. Debían separarme del Nevado varios centenares de metros, mas al recorrer con la vista el espacio que nos separaba, me pareció que sólo había vencido algunos pasos. Me estremecí: ¿estaría tan próximo el coloso o estaba soñando? Mis ojos iniciaron el ascenso por el promontorio rocoso que sirve de plinto a la montaña nevada. Despacio, muy despacio, vacilando entre el temor y la sorpresa, de pronto la zona blanca se fué convirtiendo en un muro gigantesco, altísimo, que subía, subía sin descanso. Temeroso, despavorido casi, ví cómo, conforme elevaba la vista, el monte acrecía en estatura. No se divisaba el cielo estrellado y el muro desmedido seguía creciendo hacia lo alto. La mirada medrosa ascendía por la mole vertical y el Nevado poderoso, abismal, me aterraba con su presencia. Segundos que parecían horas. Porque en el silencio nocturno sólo se enfrentaban el muro descomunal y mis ojos, asombrados, que no terminaban de escalar la tremenda arquitectura. Muda lucha incomprensible: yo quería dominarlo para meterlo en mi corazón, él buscaba anonadarme con su aplastante poderío. Seguí avanzando con la vista, buscando ansioso una franja de cielo, pero el muro de hielo subía, subía, en ascenso sin término. Tuve la sensación de que podría derrumbarse sobre mí. Un sudor frío me sobrecogió. La vista intrépida continuó el ascenso apesar del miedo que me atenaceaba. Al trepar hacia arriba él también era un ser vivo que se movilizaba lentamente; yo sentía su presencia imponente, su respiración espantosa. Me atravesó la comunicación indecible de lo inmenso con lo ínfimo. Quise desprenderme del temible embrujamiento: pensé que alzando bruscamente la cabeza rompería el hechizo. Pero no pude. Mis ojos prosiguieron alzándose con lentitud y el muro crecía con mi terror, cada vez más alto, cada vez más alto... ¿Es en la soledad y en el silencio donde se hiperbolizan el enfrentamiento de la naturaleza desmedida y del frágil ser humano? El gigante insensible ignoraba mi asombro y mi padecer: subía solamente. Se me antojó que el mundo se concentraba en esa masa abrumadora de roca y hielo que apuntaba al infinito. Seguí trepando con el mirar la mole portentosa, mientras el pánico me dominaba. Tuve impulsos de gritar,

pidiendo ayuda para librarme de las garras del titán, porque él estaba ahí, feroz, inexorable, presto a devorarme en la fuga hacia lo alto. Un viento de locura cruzó mis sienes. Y el instante en que desfallecía de miedo, una línea oscura sobre la blancura en ascenso y una estrellita me volvieron a la realidad. Era sólo el Nevado al que había conferido dimensiones absurdas mi imaginación. O el Dios de la Montaña vengándose del osado que buscaba arrancarle su secreto.

Rota la tensión respiré aliviado, pero desde esa experiencia solitaria me acude la idea de que montes y nevados también poseen alma, una fuerza interior que se abisma en la pesadumbre de su inmovilidad y que sólo en excepcionales circunstancias se manifiesta al atrevido que osa levantar la punta del velo de lo inerte.

Para los chicos era un estupendo narrador de cuentos. La tía Carolina lo encontraba un tanto misterioso. Su hermana Elizabeth argüía que callar no es un enigma. La anciana señora Julia alegaba que sería poeta o pintor, pero que aun no se había descubierto a sí mismo: ¿por qué esa contemplación obstinada del paisaje? El tío Norberto apuntaba: "¿Por qué quieren descifrarlo? No "es" nada todavía. Está comenzando a ser. No es tiempo de señalar su camino."

Ese momento se abrió la puerta y entró a la estancia Órficus. Se iniciaron las partidas de ajedrez. Intervenían tío Norberto, Elizabeth, el Preceptor y el sobrino visitante. Invariablemente, Órficus ganaba a sus dos primeros adversarios y perdía con el tercero. Elizabeth muy suspicaz, anotaba:

— Creo que te haces ganar, al final, por cortesía. Eso no es correcto. Yo quiero ganar por mi misma.

Órficus se embarazó al responder:

— ¡No, no! Será coincidencia, será que me canso y ya no juego bien al llegar a la tercera partida.

En encuentros posteriores, el estudiante cambió de suerte o alternó de táctica: perdía indistintamente al comienzo, al medio o al fin de las partidas.

Nadie volvió a sospechar que se hiciera ganar, pero la anciana suegra sonreía con malicia. Órficus no podía sostener su mirada.

Era paciente con los niños y servicial con los mayores. No se abría al diálogo íntimo, mas en la conversación general mostrábase ameno y bien informado. Evadía las preguntas que se referían a su persona, pero en la finca no rehuía a los demás; siempre estaba dispuesto a satisfacerlos. Como esa vez que casi se cayó de un árbol muy elevado para bajar un cometa, o aquella otra en que pacientemente ayudó a tía Carolina a buscar por toda la casa un dedal de oro que tardó tres horas en dejarse encontrar.

El Preceptor suspiraba: "¿cómo es en la ciudad, verdad que el vivir agitado no deja tiempo para pensar?" Órficus respondía buscando disuadirlo: "No es como piensas, es mejor vivir en el campo."

En su fuero interno el Preceptor protestaba: "Está mintiendo". Luego para vengarse lo acosaba con preguntas sobre temas religiosos y filosóficos, sin obtener nada más que corteses evasivas. No era posible llevarlo a la seria discusión. ¿Por qué? Se desconcertaba el Preceptor frente a Orficus, presentía su inteligencia, una fuerza oculta que se empeñaba en pasar desapercibida. Eludía escrutar temas elevados, sobresalir en las demostraciones de habilidad física, y de pronto una respuesta profunda o un acto inesperado traicionaban al hombre que pretendía emboscarse detrás de la personalidad mediana.

La familia respetaba su modo de ser, unas veces jovial, bien dispuesto a cooperar con todos en lo que fuese; otras grave, ensimismado contemplando el paisaje, oyendo música, leyendo un libro, o sumido en meditación ante el fuego de la gran chimenea.

"Bueno es Órficus" —decía tía Carolina— y había que aceptarlo con sus rarezas. "Está madurando —añadía tío Norberto— y no es hombre de ciudad; aquí en el campo, entre nosotros, está mejor." Y era verdad.

En la finca, durante mis paseos solitarios, dime a pensar por qué la fuerza mental arribaba después de larga y penosa concentración interior. Ejercítame en convertirla en un proceso instantáneo y al cabo de no pocos ensayos lo conseguí: un deseo intensamente sentido se convertía en logro inmediato pero antes, como si un rayo atravesara mi cuerpo, un ardor y un dolor agudísimo, quemante, fustigaba mi cuerpo. Sucedió con rapidez fulminante, sin darme tiempo ni para gritar pues dolor y ardor fugaban con celeridad.

Cuando estuve bien entrenado en pequeñas acciones me fuí al bosquecillo, me concentré, pensando "quiero levitar". Un dolor espantoso me traspasó y sentí que despegaba del suelo lentamente, suavemente... Mi primera reacción fué de pánico; estaba ya a unos seis metros de la tierra ¿Y si cara? Me dominé, pensé "como subí puedo bajar". Efectivamente, bastó desearlo y con la misma suavidad, despacio, descendí al suelo. ¡Qué sensación indescriptible cuando el cuerpo, agrávido, se desprendía de la tierra, flotaba en el aire, o bajaba despaciosamente! Sentí una onda de orgullo: era un mago que podía sustraerme a la ley de gravedad y elevarme o descender a voluntad por los aires; mas apenas cruzara la idea por mi mente fui bajado de la altura y ya no pude volver a elevarme apesar de mis esfuerzos concentrados. Entonces me dominó un sentimiento de amargura: no era el dueño de poderes sobrenaturales, sino sólo un instrumento de una fuerza oculta que se manifestaba cuando ella quería únicamente, reduciendo mi concentración mental a hechos casuales que se producían en forma misteriosa. Me arrepentí de mi pasajera soberbia, me prometí no volver a envanecerme y casi instantáneamente comencé a levitar otra vez. Me desprendía mansamente del suelo, me levantaba más lento que un globo en ascensión, entre temeroso y estupefacto. Alcanzaría una altura de diez metros y me detuve, asustado de subir más alto. Detenido como un colibrí en el aire miraba extasiado el paisaje ya próximo al anochecer. A la altura de las copas de los árboles las primeras luces de la finca brillaban a lo lejos. El lago se teñía de sombras. Divisé grupos de pastores con su ganado diseminados en los pastizales. Ya no me pareció tan alta la torre románica de la Capilla. Y yo permanecía, ahí, como suspendido por arte bruja, dominando todo con la vista, héroe fabuloso, sin que nada escapara a mi vigilancia visual. Podía subir más, lo sabía, pero tuve miedo: si me remontaba muy alto ¿sería tan fácil el descenso? Floté, anduve, o me deslizé por el aire rozando las copas de los árboles. ¡Qué delicia! Y no era un desdoblamiento psíquico porque mi cuerpo no estaba en el suelo y su doble en el espacio, sino que yo todo, íntegro, cuerpo y alma al par, me cernía gloriosamente en la atmósfera.

Quise bajar y el descenso se produjo dócilmente. Estaba en el suelo. Una doble sensación de triunfo y de temor cruzó por mi mente. ¿Qué significaba ese poder de romper los límites físicos y por qué me ocurría precisamente a mí?

Las experiencias levitatorias las repetí varias veces, sin atreverme, nunca, a elevarme más de 40 o 50 metros. Una tarde estuve a punto de ser sorprendido. Vagando por los aires no me dí cuenta que me aproximaba a la casa de los tíos. De pronto, detrás de los vidrios del ventanal divisé a Elizabeth, un poco al sesgo. Dióse la vuelta y al ver una silueta confusa —era un día brumoso— suspendida en el vacío, hizo un gesto de pánico. Me evadí con rapidez. Y esa noche, al comentar el incidente doña Julia dijo a su hija:

— Lees muchas novelas. Siempre estás fantaseando. Las nubes te jugaron una buena partida.

— ¡No, no! —repuso Elizabeth— era un hombre, era un hombre...

—... o un fantasma —sugirió el Preceptor.

Y tío Norberto, burlón, agregaba:

— Si era un hombre por qué no lo describes: ¿su cara, su ropa, su actitud?

Viendo los rostros incrédulos, la hermana de tía Carolina vaciló:

— No lo sé, no lo sé. Estaba muy asustada.

Tía Carolina acudió en socorro de su hermana:

— No la molesten — manifestó — todos podemos ver visiones.

Yo, callado, fumaba mi pipa. Cuando se me preguntó mi opinión me limité a encoger los hombros:

— Todo es posible: pudo ser real, pudo ser imaginación.

Elizabeth me lanzó una mirada de agradecimiento.

Otra vez, de noche, paseando en la huerta ví encendida la luz en el cuarto de tía Carolina. Me asaltó el deseo de ver cómo se desvestía. Caminé hacia la casa —su cuarto estaba en el piso superior— y levité fácilmente hasta ponerme en cómoda observación. Tía Carolina comenzaba a desnudarse; al ver el nacimiento de sus senos y las bellas piernas, me sacudió un soplo de sensualidad. ¡Cuán atractiva era la tía Carolina despojada de sus ropas! El instante mismo en que me invadía el pensamiento ilícito, sentí que el aire cedía y una fuerza extraña tiró de mí hacia abajo. Apenas tuve tiempo para cogerme de un árbol próximo. Tal vez no me habría hecho gran daño, pues no me hallaba a más de 4 o 5 metros del suelo, mas la fuerza con la cual comencé a caer me hizo dudar: acaso me habría roto una pierna.

Fué el primer aviso. Mis poderes extraños cesaban con la proximidad del mal. Y dejé de atisbar a los otros.

Diana y Orlando jugaban con otros chicos de la finca. Cuando éstos fueron llamados por sus padres, se dirigieron a Órficus pidiéndole un cuento. Este accedió al ruego de los sobrinos. Andaban por lo mejor del relato, espiondo el narrador el asombro pintado en las caras de los niños cuando una araña aparecida en el muro blanco sobresaltó a todos: Diana y Orlando de miedo, Órficus paralizado por la repugnancia que le inspiraba el arácnido. No era de las más grandes, pero su aspecto feísimo, sus largas patas vellosas infundían pavor.

— No se muevan — dijo Órficus venciendo la inercia inicial— con una escoba la mataré.

Sin dejar de mirar a la araña, abrió la puerta y rápidamente tomó del desván una escoba. Nadie se había movido.

Se aproximó al muro y calculando tiempo y distancia asestó el primer golpe. Calculó mal. El arácnido, velocísimo, como si hubiese comprendido la intención del victimador se deslizó por el muro. Los niños lanzaron gritos de espanto. La araña se detuvo casi a media altura de la puerta. Órficus se adelantó con cautela para asestar el segundo golpe. ¿Dónde estaban su fuerza, su agilidad? Esta segunda vez no fallaría. "¡Tienes que matarla!" —gritó Diana. "¡Pronto, pronto!"— agregaba Orlando más asustado que la hermanita. Órficus volvió a calcular la distancia, se aproximó más que la primera y concentrando mente y acción asestó el nuevo golpe más veloz y más fuerte. La araña volvió a escapar. Cayó al piso de ladrillo, estaba a punto de escapar al corredor cuando Órficus, desconfiando de la escoba la aplastó con la dura suela del zapato.

Los sobrinos, horrorizados, no querían ver lo sucedido. Voltearon caritas a la pared. Venciendo su natural repugnancia, Órficus obtuvo un gran trapo, trajo un recipiente con agua, recogió los restos de la araña y limpió el piso.

Imposible reanudar el cuento, porque los niños, aun sobresaltados pedían se les explicase qué son las arañas, por qué aparecen, por qué infunden pavor y asco.

Los niños dijeron a Elizabeth que Orficus era un valiente: había matado una araña más grande que su mano. Órficus sonreía, el arácnido era bastante más reducido.

Esa noche, en la mesa, se comentó el caso. Tía Carolina se alarmó: ¿cómo era posible que hubiese aparecido una araña grande si ella personalmente dirigía la limpieza de la casa cada mañana? Podían haber en la huerta, en los campos, pero en la casa... Tío Norberto, que no era enemigo de las arañas, se burlaba de la esposa: ¿no habría sido una espía que burlando todas

las defensas de la limpieza y las escobas se filtró para informar a sus congéneres? El Preceptor manifestó que en su cuarto solían pasear arañitas pero que él no les hacía caso. Elisabeth y doña Julia no pudieron ocultar su repudio. A su turno Órficus expresó que no gozaban de su simpatía.

Después de la cena escuchando un trío de Boccherini, Órficus se preguntaba por qué no había usado sus poderes mentales; probablemente o no, mejor seguramente, si él se hubiera propuesto, la araña habría desaparecido evitándole el repugnante espectáculo de su persecución y el aplastamiento final contra el suelo. ¿Por qué no lo hizo? Una vez más pensó con amargura: no soy el dueño, sino el sujeto de cosas raras que me suceden, a veces, y muchas otras no se producen aunque yo las invoque.

Era extraño, ciertamente: se sabía un ser normal, desprovisto de las grandes cualidades que distinguen a los seres extraordinarios, y de pronto, fugazmente, podía realizar cosas que nadie alcanzaría... Entonces se sentía superior a todos, aun sin comprender por qué venían a él esas fuerzas enigmáticas que lo convertían en dominador de las leyes naturales. ¿Superior, por qué superior? Podían ser sólo unos sueños fugaces, imaginaciones... ¿O sucedieron verdaderamente? La duda prendía en su alma: realizar cálculos difícilísimos, evitar, hacer cosas que nadie podía realizar, ¿eran alucinaciones o verdad? No podía ejercer esas facultades extraordinarias a su voluntad: sucedían simplemente, llegaban y se alejaban sin aviso. Entonces no era rey sino esclavo de ese país misterioso de lo imposible. Se concentraba, se ejercitaba en llamar a los poderes secretos; jamás acudían a sus llamadas; pero de pronto, en alguna circunstancia cualquiera, casi siempre provocada por una razón de justicia o de ayuda, podía ejecutar lo que nadie se atrevería a realizar. Sin embargo, esa vez que sólo por simple voluntad quiso elevarse... ¿Qué era, entonces, esa facultad desconocida que le permitía rebasar el mundo físico y transportarse a un otro plano de sucesos increíbles?

No era dueño de los enigmas que lo rodeaban, mas aprendió a dominar su técnica mental de concentración; ahora podía entrar en órbita con rapidez: cerraba los ojos, un apretado revertir sobre sí mismo, un rayo de fuego que le atravesaba el cuerpo y de pronto "sentía" que podía obrar como el otro Ser, sólo que no siempre el otro lo poseía y muchas veces sintióse penetrado por una fuerza que no podía manejar.

"No soy puro" —pensaba Órficus — quiero hacer lo que otros no pueden hacer, superar a todos, únicamente por ambición, por divertirme, por asomarme al misterio. Si me purificara interiormente como los ascetas hindúes, acaso verdad y fuerza descenderían a mi pobre envoltura humana.

El Preceptor miraba el lindo reloj de acero cromado que llevaba en la muñeca izquierda Órficus.

— ¡Qué lindo es! — murmuró apenado.

Órficus recogió pesar y deseo. Quiso ser generoso, y sacándose lo de la muñeca lo entregó al preceptor:

— Tómalo: te lo regalo.

Todos quedaron sorprendidos por su acción.

"Hum, hum" —se limitó a proferir tío Norberto moviendo la cabeza. Carolina y Elizabeth aplaudían. Doña Julia quiso conocer el famoso reloj mientras profería secamente: "No es bueno ser tan desprendido."

El beneficiado, pasmado)no atinaba ni a dar las gracias. Cogió el reloj y lo contemplaba extasiado.

Viendo la general sorpresa Órficus gozaba una sana alegría.

Súbitamente una idea cruzó como un rayo su cerebro: "quisiera hacerme invisible a todos, desaparecer... "Un latigazo de dolor y de pronto la voz de doña Julia imperiosa:

— ¡Órficus! ¿Qué es esto, dónde te escondes, cómo te atreves a retirarte si estábamos conversando?

Las demás se miraron, igualmente extrañados.

Tío Norberto, que andaba ya examinando su librería, de espaldas a la familia, dijo socarrón:

— Qué quieren, el muchacho es modesto y no deseaba que lo abrumen con elogios por su desinterés.

Pero nadie quedó satisfecho. Había sido tan súbita la desaparición del sobrino que los dejó estupefactos.

Esa noche Órficus, más aterrado que gozoso, reflexionaba si era más temible que satisfactorio poder evaporarse de una reunión con la velocidad del pensamiento. "No puede ser - se repetía antes de dormirse —lo he imaginado solamente. No puede ser..."

En la semana siguiente fracasó muchas veces tratando de hacerse invisible.

### III

De día es bello y apacible, apenas si lo decoran las nubes. Azul o gris y los matices intermedios, salvo en el tiempo crepuscular cuando la luz inicia sus fantasías cromáticas. Pero de noche el cielo tiene mil ojos. Nos miran, los contemplamos absortos en el juego sideral. La soledad nocturna acrecienta la soledad humana. Una fuerza poderosa, inconcebible se despliega allá arriba, abruma al espectador. ¿Quién mueve esa geometría prodigiosa? ¿Cómo imaginar que los astros inmóviles recorren el espacio a velocidades espantables? Y esos enjambres luminosos detrás de las estrellas, más adivinados que bien dibujados ¿por qué dan al hombre la sensación de su infinita pequeñez y al mismo tiempo abren resquicio a la idea de que podría desplegarse como el inmenso universo? Se puede carecer de conocimientos astronómicos, ignorar la conformación de las constelaciones, aun el nombre de los luminares de mayor fulguración, y sin embargo el ojo humano, ansioso y atrevido, se mueve dócilmente entre los astros-ojos como si se desplazara por una comarca familiar que por extraña circunstancia, y no obstante las posiciones semejantes de los puntos estelares, aparece siempre nueva, distinta, maestra de sorpresas, moviendo simultáneos el cosmos desplegado del ámbito sidéreo y el minúsculo cosmos concentrado del cerebro humano que sale audazmente a su encuentro.

Que importa cuanto diga el astrónomo, esa ordenación rigurosa de estrellas y constelaciones en las cuales la mente trata de introducir un orden para guiarse mejor cuando se interna en ellas. Acaso es más grandiosa, ilimitada, la visión del profano que mira sin conocer, sin conocimientos previos. Como acontece en esta noche de prodigios, cuando el gran estremecimiento estelar sacude al espectador y lo transporta a los abismos vertiginosos de su rodar sin término. Detrás de los astros que titilan, ¿qué hay detrás de las estrellas? Otros astros, otras estrellas, otros agujeros negros, otros vacíos espantables en sucesión interminable. Y esa acumulación increíble de cuerpos celestes y huecos insondables ¿qué significa? Y esos tremendos desplazamientos de energía, siempre en fuga, esas velocidades que se expanden ¿hacia dónde se dirigen?

Reclinado en un murete que le servía de respaldo contemplaba la noche estrellada que lo anegaba de su misterio y de su espanto.

Un astro es sólo un puntito luminoso, pero si se lo observa fijamente, largamente, el puntito luminoso cambia de forma, de color, sugiere cosas raras. Se transforma en un faro de vívidos fulgores. Parece una esmeralda, un zafiro, un rubí, una amatista. Una estación que despide señales enigmáticas. Puede ser un reino desconocido que se anuncia con destellos mágicos. Una vertiente de luz que se estremera para transmitirnos su alfabeto incógnito. O tal vez el mensaje de un alma que se reintegra a los seres amados. ¿Quién sabe? Un astro, una simple estrellita pueden ser tantas, tantas cosas... Y si la mirada y la imaginación conciertan sus vibraciones, desplegándose por el dombo enlucrado, entonces cada punto lucífero, vinculándose a los demás forma extrañas construcciones que el científico mira siempre iguales, pero que el

poeta encuentra siempre diferentes. La noche constelada, la mejor demostración de la existencia de Dios, porque sólo Dios, esa fuerza desconocida, inabarcable, pudo crear y organizar el tumulto armonioso de las estrellas.

Órficus se sumergía en el manto oscuro de la noche, cuajado de su pasmosa pedrería, y permanecía largamente absorto en el espectáculo incomparable. Ofuscado por las chispas lumíneas que lo llamaban de cien mil ángulos distintos, solía detenerse en una estrellita lejana de titilaciones trémulas que le hablaba con lengua ignorada y familiar a la vez. ¿Qué sería? Era como si un gran amor, una grande aventura llamaran a su corazón... Luego quedaba en suspenso cuando una estrella rauda brotaba de la negrura para precipitarse en otra: ¿un pensamiento, un alma, una luz en fuga? Volvía a embriagarse en la gran visión sidérea y los astros, jubilosos, reiniciaban la danza inmóvil de sus fulguraciones sorprendentes. Pequeños foquitos de luz, y sin embargo cada cual un mundo. Una estrella tiene dos magnitudes: una terriblemente grande según su lejanía, otra estupendamente pequeña que apenas resplandece.

¿Por qué de la mayor oscuridad brota la más Vasta lumbre? ¿Es el reino de las luces, es el aposento del vacío? Ninguna religión, filosofía alguna explicaron cómo el todo puede coexistir con la nada; pero el cielo estrellado brinda la imagen de ese imposible: la negrura infinita y el infinito resplandor llameante el cielo nocturno.

Recordó la frase de Lucrecio "la rotación musical de los astros". No se veía esa rotación ni se escuchaba su música. Quiso Órficus ver y escuchar y de pronto una voz se alzó de una estrella, y otra de otra, así sucesivamente hasta constituir un coro gigantesco. No era el tumulto discordante de sonidos numerosos y encontrados, sino un concierto admirable de voces torrenciales que acordaban, se distendían y volvían a juntarse como en los juegos contrapuntísticos de Bach poderosamente multiplicados. Si miraba fijamente una estrella, resonaba una voz límpida como el canto del solista; si su mirar se desplazaba de una constelación a otra, afluían grandes corales estremecidos de dicha. ¿Eran voces, eran estrellas? ¿O un habla inaudita que hacía del sonido y de la imagen centelleante un alfabeto isócrono? Pronto el cielo estrellado comenzó a moverse en lenta y misteriosa rotación y del girar pausado de los astros brotaba una música de músicas, simple y complicada simultáneamente, que en dulces giros decía de la rara armonía que mueve los mundos. Tenía razón Lucrecio, pero él iría más lejos que Lucrecio, y con pasmosa voluntad quiso proyectarse al orbe sideral. Voló, creyó volar, o se insertó simbólicamente con tal ardor a los girantes coros, que de súbito sintió que perdía su condición de individuo para convertirse en un astro sonoro: ¡era como los otros, numerosísimos, que rodaban por el espacio! Y giraba furiosamente, emitiendo un rumor musical de trompo o ruiseñor. Y las estrellas sin fin estaban próximas ya la vez distanciadísimas de él. ¿Cómo podía ser? Se acercaban velocísimas, fugaban alocadas. Podía entenderse con todas, las comprendía, se sentía incomprensiblemente vinculado al vasto movimiento sonante. Vencía los agujeros negros del cielo, bordeaba los enjambres luminosos, recorría distancias inmensurables con una velocidad fabulosa que le daba miedo y gozo a la vez. Pensó que llegarla al final del universo... Y su voluntad dejaba atrás estrellas, mundos, galaxias, nebulosas, abismos siderales. Un rayo lumíneo lo guiaba y otro lo poseía: ¡la luz, era la luz, él mismo era luz, solamente luz, la fuerza primordial! Y avanzaba con tal celeridad que todo mudaba y se transformaba prodigiosamente en su carrera de ritmo incalculable. Sí: llegaría a los confines del universo, donde jamás llegaron cálculo ni imaginación humanos... Pero cuando escrutaba con mayor ardor la inmensidad dentro de la cual rodaba, en busca del límite final, sintió el flujo inacabable de los mundos-astros, naciendo unos, pereciendo otros, girando en plena madurez los muchos, de manera que no habla término para el infinito acontecer, sino que todo surgía, se movía, se encadenaba en continuada articulación, como si el dragón de las formas ebulliera sin descanso estrellas, constelaciones, galaxias. Como si el infinito universo se repitiera a sí mismo sin parámetros de tiempo y de medida. Como si todo se expandiera en fuga, sus partes unas de otras, sin dejar por ello de comunicarse en ese alejar organizado hacia remotas lejanías jamás alcanzadas porque no existe el fin... En pleno delirio sintióse llamado a la constelación del Cisne, venció abismos y centellas: bruscamente era otra vez un astro sosegado que se movía con ritmo pausado, en musical beatitud. En torno a él —y lejos, muy lejos, cerquísimos— los enjambres estelares renacían de la frenética carrera, vueltos al compás de su música armoniosa. Escuchó todavía unos corales grandioso y sublimes, avizoró las llamaradas de extraña geometría que subían de las estrellas, sintió un dolor agudísimo y de pronto se vió nuevamente la pequeña hormiga humana, semirecostada en un murete y contemplando el cielo estrellado.

El gran lienzo fulgurante recuperaba su calma solemne. Nada parecía moverse y sin embargo las vibraciones de los astros seguían transmitiendo señales mágicas. Era, nuevamente, el mísero espectador aturdido en la visión de la pedrería prodigiosa.

No se atrevió a contar al psiquiatra los episodios de la levitación y de la tarde aquella en que se hizo invisible, pero le narró escrupulosamente cómo había sido transportado al vértigo de la carrera estelar.

— Es simple entenderlo —dijo el psiquiatra después de cuatro horas de análisis—. Usted es una persona normal, pero los tipos introvertidos sueñan en exceso. Digamos alucinaciones, autosugestión, estados psíquicos de trance, transposiciones de la mente excitada a la naturaleza inmóvil que las acoge solícita, imaginaciones, en suma, desdoblamientos irreales que la fantasía exagera... Nada que deba preocuparlo. Todos padecemos esos raptos de fragmentación y fuga que nos alejan momentáneamente del equilibrio habitual. Pasan y recuperamos el sentido de lo habitual. No conviene mirar muy largo ni muy hondo el cielo estrellado cuando se posee una imaginación tan sensible como la suya. Es como querer abarcar el misterio del universo en una sola visión. Allí arriba está el enigma mayor. Váyase tranquilo.

Fuése Órficus, relativamente apaciguado mas no convencido. ¿Por qué atribuir todo a la imaginación? El sabía que la extraña experiencia escondía algo infinitamente más hondo que un puro sueño subjetivo. Siguió aproximándose al dombo estrellado con temor, con ansiedad secreta, pero el dombo estrellado ya no quiso responder.

Padre es muy sabio, muy ordenado. Gusta expendirse en la conversación con mis hermanos. Felipe y Deodoro son igualmente abiertos, de naturaleza fácil a la confidencia. Y todos tres verbosos, elocuentes, prestos al análisis y a la discusión. Parecen diputados. Bettina girando en el mundo de sus cortejantes carece de tiempo para el resto de la familia; en cambio Marcela, la menor, es buena y suave, se adapta al modo de ser de los demás. Me sabe reservado, no me acosa con preguntas. Sólo madre, con segura intuición, adivina los laberintos que me habitan. “No pienses tanto —suele decir— no te reconcentres; también la vida tiene sus encantos...” “Y sonrío entristecida porque sabe que no puede sacarme de mis desvaríos interiores.

En verdad no podría quejarme; todos me tratan bien, hasta con cariño, pero con un sutil distanciamiento. En los García Grande, larga tradición de dominadores, de vencedores ¿cómo podrían alternar mi recogimiento, esa cierta timidez frente a la energía paterna, esa visible desventaja si me mido con la elocuencia de Felipe y de Deodoro, seres de innata simpatía que parecen hechos para el éxito? No es que les tenga envidia, al contrario: los quiero y admiro de corazón, y no los envidio porque ni el éxito ni el caer bien a los demás me preocupan. “El solitario” — me bautizó Bettina.

No diré que no me siento bien en la familia; tampoco que sea feliz. Padre y mis tres hermanos mayores habitan un mundo de atrevimientos; sólo Marcela y madre me comprenden, respetan mis largos silencios, no intentan extraerme a la fuerza opiniones ni confidencias.

Soy la oveja negra entre los García Grande.

Cierta noche escuché, sin querer, un diálogo entre mis padres:

Dijo él:

— No entiendo a Órficus. No parece muy a gusto con sus estudios de ingeniero, y es tan callado... Evita los diálogos, tampoco se franquea sus hermanos. Quisiera arrancarlo de esa especie de apatía que lo envuelve. Nunca un García Grande fué tan hermético.

— Déjalo —repuso mi madre— es un contemplativo.

Ella me entendía, no me hostigaba con preguntas insistentes, mas bien esperaba que yo me confiara a su comprensión, y a veces, cuando escuchaba músicas de Mozart en penumbra llegaba silenciosa, se sentaba a mi lado, me cogía la mano y absorbíamos los sonidos calladamente. Al concluir ambos quedábamos contentos como después de una bella conversación confidencial. Pero mi madre tenía tantos quehaceres en la casa, además de



complacer a un marido dinámico y a cinco hijos cada cual con sus problemas, que no eran frecuentes los momentos que podíamos compartir solos.

Me agradaba ver triunfar a mis hermanos, verlos así, fogosos y entusiastas, sobresaliendo en las reuniones. Nunca sentí el deseo de emular con ellos, de atraer sobre mí la atención ajena. Prefería observar sus actitudes, meditar sobre sus dichos. Ciertamente, no me atraía la vida social, esa exhibición de vanidades donde cada uno se esfuerza por sobresalir. Evitaba las reuniones muy concurridas a las que asistía de vez en cuando para complacer a mi padre, eligiendo los grupos reducidos en los cuales tampoco me daba mucho. Órficus, el segundo de los García Grande era, para todos, un soñador, un tímido y silencioso soñador al que atribuían poemas que nunca compuse.

También la ciudad con sus gentes vulgares y presuroas y sus apiñamientos de tráfico, me desazonaba.

Cuando me graduara de ingeniero el paso siguiente me llevaría a encerrarme en una oficina dentro de un cubo de acero y vidrio, donde centenares de personas inclinadas sobre sus escritorios pelearían, como yo, con problemas y con números. Me aterraba la idea de entrar en la corriente burocrática, de ser uno más en la inmensa selva oficinesca, sujeto a horario, a reglas, al roce incesante con millares de seres estereotipados por el trabajo monótono, siempre igual. ¿Cuántos pueden sustraerse a la tiranía de las muchedumbres, del transcurrir colectivo? La gran serpiente posee cien mil anillos: es difícil escapar a su opresión. Los hombres vuelven fatigados a sus hogares, o pasan de la vulgaridad de la oficina al tedio del cine, de la radio, de la televisión, de los bares, de las francachelas con amigos, de los naipes. ¿Quiénes pueden compartir los juegos de los niños, disfrutar la espiritualidad de una buena amistad, sumergirse en la contemplación del paisaje, dar largos paseos solitarios, leer, escuchar música, concentrarse en el estudio de las artes o en las cavilaciones filosóficas? Y pensar que otros ignoran la delicia de las madrugadas o la fascinación del estrellejo nocturno...

Viendo próximo el peligro de ese vivir encajonado, cuadriculado, mi imaginación regresaba ansiosa a la finca de tío Norberto. En ella era libre y feliz, nadie me presionaba para someterme a su influencia. Sus moradores eran nobles y sencillos. Y la naturaleza se abría pródiga, inagotable, a mi avidéz inquisitiva. Sólo podía refugiarme en ella cuarenta y cinco días al año: las vacaciones.

No sé por qué extraña decisión, en la ciudad y en mi familia evitaba las experiencias que me placían en el campo. ¿Levitar, desaparecer en la urbe vertiginosa refractaria a lo maravilloso? Parecía estéril: ¿para qué? Sólo una noche que mi hermana Bettina me asediaba con sus pullas pensé "si levitara un poquito para asustarla" y sentí que me desprendía levemente del suelo. Bettina lanzó un grito, e instantáneamente volví al piso.

— ¿Qué sucede? — le pregunté.

Ella me miraba, todavía asustada.

— Nada, nada... — repuso— me pareció que te volvías más alto... Estos lentes que me ha dado el oculista andan mal; mañana volveré a un nuevo examen.

Y seguía observando, entre recelosa y miedolenta. Desde esa noche Bettina no volvió a hacerme objeto de burla. Probablemente no confió a nadie lo sucedido porque la familia siguió tratándome con la habitual indiferencia.

Lo único que me liga a Felipe es el fútbol; él juega bastante, yo sólo soy espectador pero nos acompañamos para los grandes partidos. Asistíamos a un nuevo "clásico" entre los dos cuadros rivales "Victoria" y "San Miguel"; mi hermano y yo, desde la tribuna, aplaudíamos las jugadas de "San Miguel" y silbábamos las de "Victoria", él ruidosamente, yo con timidez. El juego se desenvolvía muy movido, aunque no muy espectacular pues las defensas, cerradas, acudiendo a estricto y recíproco marcamiento, desbarataban toda ofensiva de los delanteros. Ambos arqueros, excelentes, defendían sus vallas con destreza y arrojo. Andaba el partido por el segundo tiempo, faltando veinte minutos para su conclusión cuando una visión extraña cruzó ante mis ojos: vi como en cámara lenta se producía el gol de "San Miguel": un pase del extremo

derecha al centro delantero, éste, con cabezazo lo desviaba al puntero izquierdo el cual cogiendo el balón da volea lo introducía con un potentísimo disparo a la red del "Victoria". Fué en pocos segundos, como si se hubiese suspendido la visión normal del partido para transportarme a otro plano que nadie compartió porque el encuentro siguió monótono, fatigados ya los jugadores del esfuerzo inicial.

Felipe, nervioso, se mordía los labios.

— Tengo apostados setecientos —murmuraba impaciente— y estos animales son capaces de perder el partido.

Yo lo tranquilicé:

— No te aflijas, "San Miguel" ganará.

Felipe me miró enojado:

— ¿Y cómo ganará?

— Por un gol.

Mi hermano rió sarcástico:

— ¿Podrías señalar cómo se producirá el tanto?

Respondí que sí y expliqué detalladamente las jugadas, la actuación de los tres jugadores y cómo llegaría el desenlace.

Felipe, que nunca me tomaba en serio, siguió profiriendo palabras rabiosas al ver que sus favoritos y los contrarios proseguían enzarzados en un juego defensivo, visiblemente fatigados. El partido amenazaba terminar sin abrir el score. Los minutos transcurrían inexorables: faltaban diez, siete, cuatro, tres. El público y las "barras" de ambos cuadros expresaban su desaliento injuriando a los jugadores. Una inmensa protesta subía de todos los ángulos del Estadio. El árbitro consultó su reloj, yo miré el mío: aun quedaban 75 segundos. El extremo derecho del "San Miguel" lanzó el balón hacia el centro de la cancha. Comprendí que las jugadas se repetirían exactamente como las había visto veinte minutos antes. Y así fué. Saltó el centro delantero del "San Miguel" y diestramente desvió la pelota en dirección a su puntero izquierdo, éste corrió unos pasos, cogió el balón de volea y con un tiro fortísimo lo anidó en la red del "Victoria". Estalló una tempestad de gritos y de aplausos en el Estadio. Segundos después terminaba el "clásico".

Felipe salió feliz: ganaba todas sus apuestas. Cogiéndome del brazo dijo afectuosamente:

— Lo adivinaste. ¿Y cómo hiciste para adivinarlo?

Me encogí de hombros sonriendo:

— No sé —repuse— tal vez un presentimiento.

No era tonto Felipe. Pasándome un brazo por los hombros agregaba:

— Dicen que algunos viajan por el tiempo como otros por el espacio. ¿No serás uno de esos que se anticipan a ver lo que sucederá?

Callé. ¿Para qué contestar si yo mismo no comprendía bien lo sucedido?

Pocos días después estalló un tumulto universitario al que se atribuyó concomitancias subversivas y el Gobierno clausuraba la Universidad por un trimestre. Resolví trasladarme a la finca de tío Norberto.

Entraba el invierno. Primeros fríos, cielo de azul intenso, el sol de oro. Siempre me gustó el invierno, el gran despejador que limpia todo y dibuja nítidamente los contornos. Ahuyenta las

nubes, es categórico, quiere que todo se profile próximo y definido. Y el paisaje brota sereno, majestuoso de sus dedos de escultor.

Salí tarde de la ciudad y me sorprendió la noche. Al llegar al abra que separa la meseta de la quebrada, me detuve. De ésta no subían luces, pero allí, a lo lejos, muy lejos, sobre un plano elevado y en declive brillaba como un mar fosforescente la ciudad. Espectáculo mágico. Jamás me cansé de admirarlo. En la noche tranquila, en la soledad adusta de los altiplanos, esa pequeña mancha luminosa suscitaba un sentimiento de asombro: ¿qué son los refugios del hombre frente a la inmensidad de la naturaleza? Arriba el cielo estrellado fulgía esplendoroso, a la distancia los carbones encendidos de la ciudad. Sentí que los dioses invisibles del paisaje respiraban lentos y magnánimos en el abra acariciada por un suave vientecillo. Me asaltó la duda: ¿cómo podía ser que en la extrema soledad me sintiera, a un tiempo, partícipe del movimiento cósmico? Porque yo sentía que de la oscura quietud ascendían extraños influjos que despertaban finas vibraciones en mi cuerpo. Nada se movía y sin embargo todo se agitaba sutilmente. La noche carece de transparencia, quiere ocultarlo todo, pero suele suceder que a veces de la misma oscuridad brota un conocimiento ignorado que permite leer detrás de las sombras. Entre los dos peñascos imponentes que celaban el camino culebreante hacia la quebrada, tuve la sensación de que mi diminuto corazón era sólo una ínfima parte de otro grandioso corazón repartido en millares o millones de seres, de cosas, de presencias apenas presentidas que latían, todas, con ritmo majestuoso.

Creí ser un indio, ese espíritu incomprendido que regula su vida por los ritmos de la tierra y el pausado, casi imperceptible girar de las estrellas.

Lanzando una mirada final a la pedrería distante y al gran lienzo estelar que resonaban como coros estremecidos en el tumulto de mi sangre, me proponía reanudar el viaje, cuando como una llamarada Súbita prendió en mi alma una idea inesperada: allí, en la finca de tío Norberto, me aguardaba la felicidad, una maravillosa felicidad, jamás conocida, que transformaría mi vida. Fué sólo un segundo, acaso menos, una intuición relampagueante en el transcurso de la cual tuve la revelación de mi destino futuro. Pasó tan veloz como llegara. Al iniciar el descenso hacia la quebrada volví a la sensatez: ¡bah! una imaginación más. ¿Qué podía aguardarme? Era dichoso en el campo, con mis parientes afables y sencillos, sumergido en el paisaje, lejos de la presión el desdén de mi propia familia, ¿pero qué más? Me mofé de mis presentimientos. ¿Acaso existe la suprema felicidad?

Llegó a la finca en la madrugada. Tío Norberto, ya levantado, visitaba al vaquerío y lo acogió alegremente:

—¿Qué milagro es éste, otra vez de vacaciones?

Los periódicos estaban prohibidos en la finca y Órficus tuvo que explicar el caso.

Doña Julia, muy erguida a sus ochenta, también madruga dora como el hijo se entretenía con las vacas, ejemplares de raza a cada una de las cuales había bautizado: "Sortilegio", "Amatista.", "Musicante", "Náyade", "Adormidera". "Hasta las viejecitas tenemos algo de poetas" — decía con voz suave.

Órficus sintió que la paz lo invadía escuchando a la anciana. ¿Era realmente una anciana? Su marcha rápida, su conversación ágil, sus movimientos prontos no daban tal sensación. Ella disponía el desayuno, manejaba a la servidumbre, aliviaba el trabajo de tía Carolina y de Elizabeth, que siempre andaban ocupadas atendiendo menesteres de la casa y de la finca. Ajena al despotismo de las señoras de edad, doña Julia se hacía obedecer sin alzar la voz, sin gestos imperativos, acaso porque sabía adaptarse al modo de ser de cada persona y más que ordenar enseñaba lo conveniente. Era, además, bondadosa, siempre dispuesta a socorrer al necesitado, y su presencia como ayudaba a ordenar el vasto movimiento de la finca.

El viajero tenía siempre reservado su cuarto. Llegó algo fatigado, pensando bañarse y descansar un par de horas antes del almuerzo, pero los gritos de Orlando y Diana y las preguntas de tía Carolina disiparon las ganas de reposar. Fuése con los sobrinos a recorrer la huerta y el estanque de los patos. Tras una caminata, el ardor del sol los obligó a refugiarse bajo el gran molle corpulento. "¡Órficus, cuéntanos un cuento!" — demandaba la pequeña Diana.

Ese instante apareció la negra Teodora:

— Niños, el desayuno está listo y el profesor los espera. Apúrense.

Órficus quedó solo, flanqueado por la huerta y los jardines.

Distendió el pecho aspirando a pulmón pleno el aire saludable de la mañana invernal y un pensamiento acudió a su mente: "¿si levitara?" Creyó sentir la inminencia del dolor agudo y luego la extraña vibración que precedía al fenómeno, mas nada ocurrió. "Estoy divagando —se dijo— y olvidé que esas cosas no suceden cuando yo lo quiero, sino cuando ellas, voluntariamente se presentan." ¿Qué podía importar? El había vuelto para integrarse al paisaje amado, la grama tenía destellos áureos cuando la lluvia del distribuidor de agua se esparcía sobre el gran tapiz verde, y era tan fresco el aroma que se desprendía de la hierba húmeda, se erguían tan nobles y altos los álamos esbeltos, los gladiolos rivalizaban en color, y los patitos bogaban tan contentos en el estanque, que el joven sintió que lo invadía la beatitud campestre.

Morosa contemplación. De pronto miró el reloj: las once menos cuarto. Se incorporó de un brinco, se encaminó a la casona, se duchó y se afeitó presentándose fresco y remozado a la hora del almuerzo sin que nada revelara la falta de sueño. Fué acogido con general alegría.

Después del café, cuando los niños se aprestaban a salir del comedor, tía Carolina les recomendaba con severo acento:

—No se olviden que la señora del lado vendrá a tomar té; tienen que estar bien aseados y portarse bien.

Luego explicaron al sobrino de qué se trataba. La propietaria de la finca vecina, con la cual "La Alborada" tenía un condominio de aguas los visitaría por primera vez. Tío Norberto esperaba mucho de esa primera entrevista, pues el asunto era complicado y si no había buena voluntad de la otra parte podía derivar en largo y enojoso pleito. Quedó acordado que todos se esmerarían en hacer agradable la visita de la señora... ¿cómo se llamaba? Nadie reparó bien en su nombre por lo cual, para comenzar, fué bautizada como la Señora.

Órficus, discretamente, intentaba evadirse: ¿qué tenía que hacer él con la visita de la desconocida; y más aún si se trataba de discutir derechos antiguos y necesidades presentes? Pero Elizabeth adivinando su intención, propuso que Órficus asistiera al encuentro. "Eres discreto, hablas poco, tienes genio conciliador." Además, agregaba tía Carolina, tu innata simpatía tiene que agradar a la Señora. Un buen mozo siempre cae bien."

Con un gesto de resignación, el joven se dispuso a complacer a sus parientes. Su deber consistía en ayudarlos.

Decidió emplear las horas que faltaban para el encuentro escalando una colina próxima, lo que no le llevó más de media hora. Absorto en la contemplación del paisaje no reparó en la hora y cuando miró el reloj eran casi las cinco. Descendió de la colina a todo correr, entró a la casa, se limpió el traje, se peinó y con paso apresurado ingresó a la sala. Infortunadamente llegaba tarde.

La Señora conversaba con los tíos.

Órficus entró silencioso sin hacer sentir su presencia y quedó algo rezagado del grupo principal para no interrumpir el coloquio. La señora Julia y tío Norberto rodeaban a la visitante. Cerca tía Carolina. Un poco más allá Elizabeth y el preceptor. El joven no podía ver bien a la Señora, situada un tanto de espaldas a la puerta por la cual ingresara; además, hablando a tío Norberto, ofrecía la nuca a los ojos del recién llegado.

No captó bien lo que ambos decían, hasta que de pronto una voz clara y melodiosa tocó sus oídos:

— Don Norberto, deje que los niños vayan a jugar y no hablemos ya de las fincas. Todo se arreglará como usted guste. He venido a conocerlos solamente.

Tío Norberto quedó confuso con la gentileza de la dama y reparando en la presencia del sobrino, trató de salir airoso:

— La señora Stremanowski, nuestra vecina — dijo llamando al joven— y mi sobrino Órficus.

La señora volteó la cabeza fijando la mirada en el joven.

Órficus quedó alelado: la Señora era muy joven, de belleza ofuscante. "¡Dios mío, qué cara!" —pensó. Y los ojos negros lo contemplaban fijamente, pero había tal pureza en ese mirar que evocaba el candor de una doncella. Como el joven no atinara a decir nada mientras estrechaba la mano de la dama, tía Carolina acudió en auxilio del sorprendido. "Nuestro sobrino es muy estudioso, muy reservado; su silencio es el mejor homenaje a usted, señora Stremanowski."

Ella sonrió complacida y dos hoyuelos deliciosos se dibujaron en sus mejillas. Órficus jamás olvidaría el impacto de ese primer encuentro: esos ojos oscuros, sombreados de misterio, esa sonrisa insinuante que convidaba a la confianza.

Se levantaron para pasar al comedor y el muchacho, quedando algo rezagado, pudo captar la esbeltez y armonía del cuerpo admirable, la distinción de su figura, la gracia rítmica de su andar. Bruscamente retrocedió en los recuerdos doce años atrás: así imaginaba a la Reina de las Hadas en los cuentos de Perrault y Max Nordau.

Su voz sonaba nítida, atrayente. Decía frases apropiadas que revelaban su fina educación; pero también sabía escuchar, dejaba que los demás se lucieran como queriendo esconder su dominio en el arte coloquial. Todos la oían arrobados, pues ella distribuía sagazmente elogios y atenciones, de manera que nadie se sentía excluido. En cierto momento el preceptor, entusiasmado, lanzó ingenuamente:

— Señora, nunca había conocido una mujer como usted... Una gran dama... Una aristócrata... Es usted tan linda, tan...

La Señora interrumpió al fogoso admirador, se puso seria como para demostrar que no era sensible a los elogios y contestó:

— Señor: sólo son bellas las mujeres que se reproducen en sus hijos. Yo no los tengo. Merezco más lástima que simpatía. Aquí la beldad es la señora Carolina que posee dos niños encantadores.

El preceptor quedó cortado, tía Carolina se ruborizó, encantada, en el fondo, con la fineza de su visita, tío Norberto echó una mirada afectuosa a su cónyuge, la señora Julia sonreía risueña a la lisonjeadora, Elizabeth la contemplaba pasmada. Órficus se hundía en la seducción de la figura portentosa que atraía magnéticamente la atención general.

Un óleo, una porcelana, una estatuilla de mármol fueron delicadamente apreciados por la vecina. Y cuando Elizabeth, buscando agradarla puso el "Fur Elise" bajando la intensidad del sonido para que no cortara la conversación, Órficus advirtió que a las primeras notas un velo de melancolía se dibujaba en los ojos oscuros y las aletas de la nariz temblaron levemente.

Siguieron hablando, pero el joven comprendía que la dama estaba más en la música que en la charla. Cuando el pequeño disco terminó, ella exclamó:

— La versión de Schnabel. Es la única...

Permaneció un tiempo más ganando a todos por su sencillez y simpatía. Tío Norberto y Órficus la acompañaron hasta la salida de la finca. "La llevaré hasta su casa —dijo el muchacho

hay muchos perros en el campo." La señora sonrió: "De ninguna manera —repuso— no tengo miedo a los perros.

Y se alejó con paso firme y tranquilo. El paisaje mecía dulcemente su figura.

El perrito Medoro gemía lastimeramente: una espina aguda no le permitía pisar con la pata izquierda delantera. Diana y Orlando acudieron al preceptor, pero éste dijo que ver sangre lo trastornaba. Entonces se volvieron a Órficus: "ayúdalo, él te quiere" —dijo Diana llorosa. "Aunque no me quisiera, lo mismo lo ayudaría", repuso el joven. No se veía bien la espina. Cogió una lupa, tomó una pinza y después de un delicado manipuleo extrajo la espina maligna. Pintó con mercurocromo los bordes de la herida y a poco Medoro ladraba y corría contento.

Los chicos condujeron a Órficus al bosque a "buscar cosas raras."

Recogían piedrecillas, hojas, insectos. Orlando se ufanó por un trozo de marfil misteriosamente aparecido en un hoyo, Diana cazó una linda mariposa multicolor. A ratos se escondían en el follaje. Órficus se deleitaba en la alegría de los sobrinos, fingiendo no verlos al pasar a su lado para mantener su ansiedad. Luego se reunían y entre búsquedas extrañas y ocultamientos transcurría el tiempo.

Disimulado detrás de un fresno corpulento, el joven calculó que en pocos segundos los chicos lo encontrarían, pues se hallaban en camino hacia el fresno. Súbitamente pensó en la gran jugada: se haría invisible. Un rayo quemante lo atravesó.

Llegaron Diana y Orlando al árbol: nada, no había nada. Se miraron sorprendidos porque habían visto cómo el joven se refugiaba detrás del fresno. Siguieron buscando, lo llamaron a voces, pero Órficus no aparecía. Medoro ladraba desconcertado. A pocos pasos Órficus los miraba divertido: era invisible. Mas cuando la pequeña Diana se puso a llorar extrañando al tío, el joven resolvió poner término al juego. Se situó detrás del fresno y ya visible nuevamente reapareció sonriente. Orlando lo sorprendió colérico:

— ¿Dónde estabas?

— Detrás del fresno.

Orlando lo miró receloso:

—No es verdad; yo dí tres vueltas al árbol y no había nadie. ¿Dónde te ocultaste?

Órficus pensó decir "me trepé" al árbol, pero un vistazo lo persuadió que el ramaje se hallaba muy alto.

— Estuve ocultándome de árbol en árbol —repuso en tono festivo— y ustedes no me veían saltar...

Diana insistía a su vez:

— No puede ser, porque yo estuve viendo todo.

El joven distrajo a los niños llamando su atención con el nido de un petirrojo. "Hay que pensar mejor las explicaciones —pensó para sí— si quiero justificarme."

En días sucesivos fracasó pretendiendo levitar o desaparecer: las facultades sobrenaturales seguían siendo cosa autónoma, dueñas de él, no sus servidoras. Esto lo descorazonó.

He vuelto a ver a la Señora: me pareció aun más bella. No me atrevo a preguntar su nombre. Todos le dicen simplemente "señora". Estuvo gentil, preguntó qué estudiaba. "Ingeniería, gran profesión. Construirá muchas cosas útiles..." Y sonreía bondadosa.

Sólo dos veces que la tratamos y ya se ganó general voluntad; todos se esmeraban por complacerla. Hasta tío Norberto, poco afecto a las visitas, se extasiaba escuchándla; ¿Y cómo no? Brotaban las palabras adecuadas de sus labios y era su voz tan musical. Si verla era un placer, oírla producía una sensación de beatitud.

Hablaban los mayores, la Señora dedicada a doña Julia como si la viejecita fuese lo más importante para ella. Yo miraba, miraba y cuanto más miraba me parecía que una estrella descendida del cielo estaba entre nosotros.

La acompañé hasta la verja de la finca y al despedirnos, su mano cálida en la mía, dijo afectuosamente:

— No sea tan reservado, Órficus. Comuníquese, no somos tan malos los demás.

Quedé confundido:

— ¿ Por qué... por qué me aconseja?

Ella sonrió al contestar:

— ¿Una madre, una hermana no aconsejan? También puede hacerlo una amiga.

Entonces éramos amigos Me invadió una ola de alegría. Pero la Señora, al despedirse, me envolvió en una mirada tan inocente, tan inocente, tan limpia, que comprendí: yo era, para ella, solamente uno de los moradores de la quinta.

#### IV

Quiso sustraerse al hechizo de la Señora y en las dos visitas siguientes se fue al bosque. Elizabeth, sorprendida, interrogaba: “¿por qué te fuiste?” Órficus alegó la casualidad: antes de saber que vendría estaba resuelto a sus paseos solitarios. Elizabeth insistía: “¿Dos veces? Mucha casualidad!” El joven se turbó. Luego ella se explayó sobre la visitante, cuya bondad la inducía a preocuparse sin descanso por la dicha ajena. Ayudaba al párroco en refaccionar la Iglesia, dotó de bancos a la escuela, socorría a familias pobres, y entre ellos mismos, aunque tío Norberto podía satisfacer los antojos de los suyos, apenas captaba un capricho de los niños o una insinuación de las personas mayores, se apresuraba a complacerlos. Era muy generosa, hablaba poco o nada de sí. Una extrema reserva velaba el secreto de su matrimonio; se había limitado a decir que el señor Stremanski andaba por el Asia. Órficus estuvo tentado a preguntar cuál era el nombre de la dama, pero se azoró: ¿qué pensaría Elizabeth? Y ésta proseguía elogiándola. “Es tan buena, tan delicada... La señora Julia le calcula veinticinco años; yo, a veces, pienso que es una jovencita de veinte. Es tan difícil definirla: tan pronto sorprende por su rápida inteligencia, como encanta por la ingenuidad de sus preguntas. Y es tan lija linda, tan seductora en su trato que nunca conocí una mujer como ella.”

Órficus, desasosegado, no sabía qué pensar. Deseaba y no deseaba la presencia de la Señora. Sentíase dichoso al contemplarla mas presentía que algo amenazaba su paz interior. Pretextando haber olvidado libros de estudio fué a la ciudad.

Tres noches consecutivas soñando con la Señora, bastaron para que retornara a “La Alborada”. Fué informado que la Señora había viajado a Buenos Aires para reunirse con su marido. La pena lo sacudió pero se repuso sin dejar entrever su decepción: mejor, el sueño estaba terminado.

Transcurrió una semana tranquila. El sábado, a las seis de la mañana, Órficus, Elizabeth, el Preceptor y los niños partían en corta excursión para explorar las grutas del “Nina-Hake”, el Hombre de Fuego, un volcán apagado cuyo pináculo horadaba el cielo. La superstición lugareña aconsejaba no visitar las grutas que la leyenda aseguraba tenía devoradas muchas víctimas; pero Órficus conocía perfectamente el recinto y los condujo sabiendo que no existía peligro, sino las fatigas del ascenso.

Dos horas de ascenso por la montaña empinada hasta que desembocaron en una meseta casi circular; al fondo estaban las grutas. Avanzaron por el suelo pedregoso, impresionados por el silencio apenas turbado por un fino viento de altura. Antes de ingresar a la gran abertura, el joven ligó adecuadamente con una soga a los excursionistas. "No hay peligro —advirtió— ni subidas ni descensos de riesgo, pero si nos pasadizos medio laberínticos y no quiero que algún imprudente pueda perderse." Orlando gritaba de entusiasmo: "¡ Por fin una verdadera aventura." El Preceptor andaba algo asustado. Diana quiso que Elizabeth estuviese junto a ella para poder cogerse de su mano.

Emprendieron la marcha tras la potente linterna que portaba Órficus. El sendero interior era firme como si hubiera sido transitado muchas veces. Los muros altos y rugosos se combaban hacia lo alto. A la derecha una procesión de estalactitas y estalagmitas arrancó la admiración del Preceptor: "¡Parece una catedral gótica!" Al doblar un recodo, surgieron tres cavidades. "Tomaremos la de la izquierda —dijo Órficus— las otras dos terminan en lienzos de roca." El pasadizo se prolongaba en curvas atrevidas. A trechos las rocas despedían chispas. Y un fino hilo de agua se deslizaba en suave pendiente hacia el oeste. "Miren —gritaba la pequeña Diana— el ala de un cóndor!" El preceptor, alborozado, acotaba "pinturas rupestres", pero Órficus los desanimó; se trataba sólo de una formación natural caprichosa en la superficie rocosa. Siguieron avanzando por otro corredor hasta dar con una nueva gruta más amplia. Del techo cupular descendían finas agujas térreas. A la derecha se abría un reducido anfiteatro con largos escalones que parecían tallados por mano humana. Un laguito de aguas límpidas mostraba preciosas piedrecillas.

"¡A descansar!" — mandó Órficus. Se desataron de la soga, sacaron las provisiones y a la luz de la gran linterna se alimentaron mientras Diana y Orlando sacaban primorosas piedras de las aguas. "No se separen, yo voy a explorar aquel pasadizo empinado. Tal vez conduzca a otra gruta" —dijo Órficus, anunciando que volvería en diez minutos y provisto de otra linterna escalaba una rampa que se perdía en un alto agujero negro. Se introdujo en el angosto pasadizo y avanzó con precaución por el piso anfractuoso. Dos, tres recodos, y perdió el eco de las voces de sus compañeros. Subió una rampa de leve gradiente, luego descendió de una pequeña plataforma. Calculó que habría recorrido unos cuarenta metros y el instante en que pensaba regresar, menos por temor que por no angustiar a su comitiva, resbaló por una pendiente musgosa, quiso agarrarse del musgo, para detener su caída y soltó la linterna. Estoy perdido —pensó— al ver que desaparecía la luz del artefacto. Pero la pendiente era corta y leve. Resbaló un poco más y su pie tropezó con la linterna. Movié la palanquita y la luz volvió a brillar. Respiró tranquilo y miró en torno: parecía una antesala formada en la roca. Unas gradas terminaban en un nicho del cual provenía un resplandor. Se conmovió: era la primera vez que atisbaba un indicio de luz en el interior de las grutas. Subió las gradas, asomó el cuerpo por la abertura y quedó estupefacto: un gran hemicírculo se abría al pie de un corto graderío. La mayor gruta que jamás vieran sus ojos ofrecía extraños accidentes: numerosos tumultos a manera de sarcófagos pétreos se acumulaban a la izquierda; en el sector derecho se alzaba una rara construcción, un palacete de ventanas romboidales; al centro un trono o altar refulgía como sí fuera de oro. Pero entre el hemicírculo y la abertura que acababa de franquear existía una franja líquida de alguna extensión, difícil de salvar. "Sólo para ver de lejos" —pensó asombrado. Entonces reparó en que la fuerte luz que iluminaba la escena venía de un ángulo situado a la izquierda. Bajó con cuidado y se aproximó cauteloso. Detrás de la poderosa linterna, la cara maravillosa lo miraba irónica midiendo su sorpresa.

— ¡Usted... usted... —murmuró Órficus — No puede ser... ¿No estaba en Buenos Aires?

La Señora lo contemplaba con expresión burlona.

— Hallarme aquí es más sorprendente que tropezar con la gruta ¿verdad?

— Si, claro que sí...

¿Cómo pudo llegar, sola, tan lejos? Vestía de excursionista, llevaba una soga y un pequeño pico y a la espalda una mochila. Otra linterna y un revolver pendían de su cintura. Estaba bien equipada para la aventura. Altas botas cubrían sus piernas. El joven sintió que de los ojos oscuros se ausentaba la expresión burlona; ahora lo miraban con afecto. ¿Esa chispita áurea no era casi un destello de ternura? La idea de La Señora se disipó de su mente; creyó encontrarse junto a una muchacha atrevida, que media sus fuerzas osadamente con él. La mirada



intrépida y cordial a un tiempo le infundía confianza, una extraña sensación de alegría... De los ojos oscuros brotaba un mensaje desconocido que no alcanzaba a traducir, en palabras. ¿Que sería? Bruscamente la gruta prodigiosa desapareció; sólo tenía ojos para contemplar la figura y el rostro encantadores. Una dicha plena, jamás sentida, estremeció su cuerpo. La voz sonaba persuasiva, musical, pero Órficus no retenía su lenguaje. Esa cara, esa silueta, ese mirar profundo, esa feminidad exquisita emboscada debajo de la apariencia aventurera... Sintió que La Señora lo traspasaba con su presencia mágica: cuán dulce morir bajo su mirar sereno. El rayo del amor lo hería para siempre.

La mujer adivinó la confusión del joven. Grave, propuso:

— Regresemos.

— Vine con los otros — aclaró Órficus — y si la vieran ...

— No me verán —contestó la Señora— no pensarán que soy una loca y conservarán la buena imagen de su vecina. Vaya por delante y después de algunos minutos yo los seguiré.

— ¡No puedo dejarla sola! — protestó el joven vehemente.— Es peligroso.

La Señora sonrió con tristeza:

— Sé cuidarme. También las mujeres podemos movernos solas, como los hombres. Vine aquí más te una vez. Vaya tranquilo. Y apúrese: deben estar extrañados por su ausencia.

Órficus la miró angustiado:

— Prometa que volveremos a encontrarnos aquí...

La Señora sonrió. Luego dijo algo sobre los caminos que no deben encontrarse, mas al ver la desesperación con que aguardaba su respuesta, exclamó muy seria:

— Prometido.

La mano que tocó la suya dejó huella imborrable. Para el joven esa mano hablaba, había dicho mucho sin palabras. Su tibia suavidad fué tan distinta de las habituales despedidas en la finca, era más que una despedida, la promesa de un retorno sin fin. Mano y dueña habían sido suyas por un instante, sólo por un instante. ¿Necesita más el amor?

Después de ofrecer que jamás hablaría del encuentro, Órficus volvió a sus compañeros. Era el amo del mundo, el amo de su destino. Una embriaguez de júbilo ardía en sus venas.

Lo esperaban ansiosos, alarmados por su tardanza. "Tardaste trece minutos, tres más de lo anunciado" —dijo retador Orlando. El que manejando la segunda linterna, joven explicó la demora. Era un pasadizo peligroso, con mucho musgo, resbaloso. Se apagó dos veces la linterna debido a sendos resbalones y Al buscarla lo retardó. Finalmente el pasaje se bloqueaba en una alta chimenea imposible de escalar. No hay nada — sentenció. Regresemos.

Al descender de las grutas, Elizabeth deslizó al Preceptor: "¿Por qué está tan contento? Bajó silbando, ha visto algo que no desea comunicar... O será que es realmente peligroso aventurarse más allá de la segunda gruta."

El Preceptor estaba satisfecho de concluir la excursión.

¿Comprendía ella lo que me estaba sucediendo? Y si lo comprendía ¿por qué evitaba quedar sola conmigo? Hasta el corto trayecto a la verja fué suspendido, porque la Señora, deliberada o inconscientemente se cogía de uno de los niños y éramos dos al despedirla. Una tarde fuimos invitados a su casa. ¡Qué lujo, qué riqueza, qué objetos hermosos! —comentó tío Norberto. Yo no reparé mucho en las estancias ni en su contenido. Disimulando mi interés a los demás, sólo tenía ojos para ella. La Señora, gentil y afable, repartía su atención particularmente entre doña Julia y tía Carolina. Halagó a Elizabeth y al Preceptor, regaló dulces y cariños a los

chicos. Tampoco olvidó al "joven sobrino Órficus" con algunas frases banales de cumplido, pero el joven sobrino sufría al comprobar que era, únicamente, uno de sus huéspedes. ¿Y cómo podía ser de otro modo? El encuentro de la gruta había sido un sueño, un sueño tonto de adolescente. ¿Qué relación podía existir entre la mujer misteriosa, y un estudiante?

Tía Carolina discutía animadamente con el Preceptor acerca de un tapiz flamenco, cuando la Señora se aproximó trayendo una taza de té. "Para usted" — se limitó a decir — pero al inclinarse sentí el perfume de su cuerpo joven, los ojos oscuros me miraron maliciosos, me pareció que una sonrisa dormía en sus labios. Comprendí: teníamos un secreto sólo de ambos, el encuentro en la gruta. Ella me contemplaba fijamente, mas no dijo nada. Yo apenas pude balbucear "gracias". ¿Sospechaba hasta qué punto me trastornaba su presencia? Fué sólo unos instantes, muy pocos, sentidos con tal intensidad como si el tiempo se hubiera desplegado en graciosas ondulaciones rítmicas alargándose, alargándose... Al retirarse la Señora rozó levemente mi mano: me estremecí de alegría. Despertaba a la revelación de los juegos táctiles. Y nada más; ya no tuve ocasión de acercarme a ella. Un tanto apartado, podía verla sin ser perturbado, me embriaga en la música de su voz. Y conforme la observaba invadía el país mágico de la pasión: ese rostro que jamás me cansaría de mirar, el modelado exquisito de los brazos, sus movimientos sosegados, el seno alto y oscilante, las piernas esbeltas que a veces dejaban entrever la rodilla suavemente redondeada, el encanto de la figura trascendiendo a hechizo juvenil y a plenitud de mujer a un tiempo. Pensé lo maravilloso que sería transcurrir siempre a su lado...

Al despedirnos la Señora puso un pequeño libro en mis manos:

— Dice su tío que a usted le gustan el paisaje y la soledad. Este libro le interesará.

"Hyperion" de Hölderlin. Lo leí de un tirón, hasta el amanecer quedando deslumbrado: ese amor a la naturaleza, al mito, a la belleza, esa lengua poética jamás escuchada. El primer rayo de sol que sombras entró al cuarto me entregó al sueño. Dos sombras cerraron mis párpados: Diotima y la Señora que luego se fundían en un hada cuya varita prodigiosa me abría paso por oscuros laberintos subterráneos.

Al despertar me avergoncé del arrebato lírico. ¿Soñar, caer en entusiasmos sentimentales en el tiempo del vértigo y la fuerza, un aprendiz de ingeniero, el dominador futuro de la materia? Subyugado por la Señora y por Hölderlin me había sumergido fugazmente en la onda romántica. Ya pasó. No volvería a suceder.

Esa tarde, al escalar un cerro y contemplar desde su cima el paisaje accidentado con los techos rojos y la mancha blanca de "La Alborada", en la extensa depresión del valle, una pregunta cruzó mi mente: ¿por qué escogió ese libro la Señora? Estuve confuso tratando de explicarlo, hasta que la respuesta fluyó esclarecedora. Delicada y sagaz, ella quería inducirme a recorrer otros caminos con el "Hyperion" me señalaba un horizonte nuevo, o su intuición femenina adivinaba que el solitario necesita el diálogo con los libros que no dan los hombres. Una inmensa gratitud no exenta de admiración subió por mis venas.

La Señora se preocupaba por mí. Esta idea me hizo feliz.

Durante la cena cuando todos comentaban la visita elogiando a la casa y a la dueña, yo me limité a proferir: "es una dama muy buena, que se interesa por todos." Nadie me preguntó por la obra del poeta alemán. Doña Julia me echó una mirada penetrante que a los me hizo ruborizar pasando inadvertidas a los demás.

— Es una mujer extraordinaria —apuntó tío Norberto. Tía Carolina lo miraba temerosa.

En días sucesivos cuantas tentativas realicé para ultrapasar los límites físicos fracasaron. No podía concentrarme. Mi pensamiento se divorciaba entre el deseo de levitar o hacerme invisible y las imágenes de la Señora. ¿Qué sería? Creí comprender que existía una cierta relación adversa entre ambos hechos. Resolví apartar de mi imaginación el recuerdo de la Señora, volví a la habitual concentración mental que me había deparado experiencias inolvidables y después de no pocos ensayos tuve mi recompensa: estando al borde del lago, desee intensamente trasladarme a una colina próxima que se elevaba unos doscientos metros sobre el suelo. La quemadura fulminante y me hallé en la cúspide de la colina. Abajo, en el lago no había

nadie o talvez una débil sombra inmóvil. Era al oscurecer, no se vera bien, pero desde lo alto distinguía perfectamente la quinta de tío Norberto, los sembríos, la iglesita, en perfecta perspectiva aérea. No me había elevado lentamente como otras veces; fui trasladado, súbitamente y con tal rapidez, que no pude precisar cómo ocurrió. Permanecí un breve tiempo contemplando la escena desde la colina y al solo deseo de volver al borde del lago me encontré nuevamente en su linde. ¿Desdoblamiento psíquico? No: había sido un fenómeno real, innegable, porque allí arriba me palpé el cuerpo: era yo, integro, normal, como siempre.

Quedé satisfecho por el suceso mas me invadió la duda: si me aproximaba a la Señora o volvía a deleitarme en su recuerdo ¿conservaría mis poderes mentales? ¿Qué vinculación podía existir entre mi amor por ella y la fuerza sobrenatural que brotara de mi ascética soledad?

Pasó una semana. La Señora no visitó "La Alborada", o viajaría. Órficus volvió a sentirse tranquilo, recuperando su equilibrio habitual: creyó haber alejado la imagen de la Señora de su memoria. Pero de cuando en cuando como en el relampagueo fugaz, un ligero vacío se abría paso en su espíritu, le faltaba algo, algo imprecisable que al insinuarse desdibujadamente le producía desazón. ¿Qué sería? Reaccionaba con rapidez: nada, no era nada. Amaba lo imposible, había idealizado en exceso a la Señora, procuraba no pensar en ella, y esas breves evasiones a su recuerdo o esos desencantos indefinibles constituían trances pasajeros, rupturas momentáneas de su equilibrio psíquico. Tonterías; volvería a la ciudad para sustraerse al hechizo de la beldad. Todo pasa...

Mas ahí estaba, aunque corta, volandera, la sensación acosadora que retornaba con largos espacios de tiempo: "estás descontento, estás descontento, algo te falta, no te atreves amor, aventura, empresa esforzada, la apertura a un mundo nuevo... lo quieres y lo rechazas."

Una madrugada se levantó fuerte y animoso: era otra vez el Órficus seguro, satisfecho de sí mismo, el que escondía su fuerza porque no necesitaba exhibirla a los demás.

Fuése al río donde se encontró con Elizabeth y el Preceptor. Nadaron y jugaron como niños. Había advertido algo más que simpatía entre los jóvenes mas no quiso perturbarlos si no partía de ellos la confidencia; y ésta llegó un instante que la muchacha fué a vestirse.

— Usted es bueno, lo comprende todo — aventuró el Preceptor.

— ¿Por qué lo dice? — contestó Órficus sorprendido.

— Porque lo he observado; a veces, cuando calla, sus ojos dicen más que las palabras.

Órficus se azoró; no le agradaban les elogios.

— Sólo trato de comprender a los otros — repuso.

El Preceptor vacilaba. Después de un silencio preguntó:

— ¿Cree usted que el hombre puede obtenerlo todo?

El estudiante sonrió:

— Todo lo que sea racional; y a veces, por excepción, también lo imaginado. Pero siempre hay un límite que sólo pueden romper las voluntades fuertes.

El Preceptor deslizó con amargura:

— La posición social, la falta de medios económicos pueden frustrar los mejores deseos.

— Si el deseo no es lo suficientemente intenso para realizarse.

— Entonces ¿ todo puede alcanzarse?

— Todo o casi todo. (Luego, súbitamente inspirado, agregaba) Ustedes lo lograrán.

El Preceptor lo miró anhelante. "Gracias" se limitó a responder.

Los vió alejarse y pensó: "serán dichosos, es tan poco lo que piden."

Por la tarde, escalando cerros, de pronto vió cortado su ascenso: un precipicio profundo se abría en el flanco del cerro. Tendría ocho o nueve metros de ancho. Ni el mejor atleta podría vencerlo de un salto. Volvería a bajar y buscaría otra forma de ascenso. Era realmente imposible franquear la grieta. "Paciencia" se dijo. Tantas veces tuvo que retroceder para volver a comenzar; ¿por qué no una vez más! Se disponía a regresar cuando lo asaltó una idea: "¿y si intentara lo imposible?" Se concentró, deseó intensamente franquear el vacío, una vibración quemante lo traspasó y de pronto se vió transportado por encima del abismo. ¿Había sido un sueño, un desdoblamiento psíquico, un juego mental? No, de ninguna manera, porque recordaba perfectamente la sensación de asombro y de terror que lo dominaba al sentirse transportado por encima del vacío; luego estaba al otro lado del cerro y podía proseguir el ascenso hacia su cima. Nadie lo creería pero él era consciente del fenómeno: un hecho real, evidente, físicamente realizado aunque las leyes físicas sostuvieran que era imposible. Mientras proseguía subiendo razonaba: ¿qué era, en suma lo que le sucedía? ¿Objeto de la fantasía, sujeto de la realidad? Como Dostoiowski, que antes de un trance epiléptico entreveía en un relámpago cosas inefables, Órficus se trasladaba a planos desconocidos en los cuales no regían las leyes del mundo físico. Y no que soñase, porque nadie sueña despierto, ni simple imaginación, ni delirios de la mente, porque en sus experiencias que él llamaba mentales por no hallar otra denominación más exacta, todo transcurría claro, preciso, inobjetable, acciones increíbles para una comprensión normal pero siempre acciones, es decir fenómenos tangibles, físicamente admisibles aunque no fuesen demostrables porque sucedían una sola vez, jamás se repetían. ¿Estaría próximo a la locura, no sería un esquizofrénico de personalidad dividida, una mente ¡desatada, incoherente que creía ver o sentir lo que no podía ser visto ni podía suceder? No, era realmente imposible: no pudo haber vencido embargo el abismo, nadie podría salvarlo. Y sin embargo estaba al otro lado del cerro y proseguía el ascenso, un hecho físico que no podía negar. ¿Qué era, entonces, lo otro, algo sobrenatural realizándose dentro de lo natural. ¿Y por qué sólo a él le ocurrían estas cosas extrañísimas, o sería que otros, de pasar por ellas temían, como él mismo, ser tomados por locos si las contaban? Y las otras experiencias, levitaciones e invisibilidad ¿habían sido también imaginaciones o realidades concretas? Debía visitar nuevamente al psiquiatra, pero enseguida se daba cuenta de la inutilidad del propósito: psiquiatras y parapsicólogos quieren explicarlo todo como desviaciones o alucinaciones del cerebro normal. Evocaba la cara cínica y burlona del médico cuando narró su trance sideral. Nadie lo tomaría seriamente, ni podría...

Órficus se preguntaba si no estaría ya bordeando la locura o si era el sujeto de un acaecer suprafenomenal. ¿No levitaban los santos, no hacían milagros? El no lo era, ciertamente, ni merecía que la naturaleza se le sometiera, pero ahí estaban los hechos increíbles, la presencia de lo inverosímil asediándolo.

Respiró con fuerza el aire puro de la montaña. "Dejémoslo como está; si no comprendemos qué es la vida, por qué llega la muerte ¿qué importa comprender o ignorar los sucesos extraños que nos visitan?"

En la cima, sentado en el duro suelo con las manos cruzadas sobre las rodillas pensó en la Señora como en una amiga lejana: estaba lejos, lejísimos... apenas si podía evocar su rostro.

Un sueño, había sido sólo un sueño, juguete de su propia imaginación. Nunca estuvo enamorado, creyó estarlo, cosa distinta. Ella no volvería a perturbarlo: estaba liberado de su temible hechizo.

## V

— ¿Creyeras que extraño al muchacho? — dijo tío Norberto.

Tía Carolina expresó lo mismo. Se adaptaba al modo de ser de cada cual. Los niños lo adoraban. A pesar de su laconismo, había entrado en sus vidas. ¿Qué pensaría Órficus de ellos?

Órficus estaba en la urbe, reintegrado a sus estudios y a la órbita familiar donde nadie, en verdad, lo conocía.

Felipe impetuoso y atrevido, Deodoro siempre ingeniando combinaciones financieras ¿qué podrían tener de común con el hermano apacible y silencioso? Bettina andaba inquieta con los cantores en boga y sus enamorados. Marcela se le acercaba discreta, a veces pedía explicaciones sobre un libro, procuraba hacerle grata la vida, le pedía que la llevara al cine, mas el joven no sentía junto a ella la sensación de acercamiento que fluía de Diana y Orlando, sus sobrinos.

La madre si que lo entendía, pero no pretendía romper su reserva. Su mirada llena de ternura lo expresaba todo. Cierta vez que Órficus le confió su interés por lo maravilloso, ella dijo melancólica: "también yo, de joven, lo buscaba y hasta me propuse escribir mis sueños; pero tu padre y vosotros cinco devoraron mi tiempo."

La vida en la Universidad proseguía su monótono curso: clases, exámenes, peleas aisladas. Deportados o presos algunos cabecillas que armaban los tumultos y las huelgas, faltaban los incidentes sorprendentes con las avanzadas de los partidos políticos matizan la vida estudiantil.

Una semana antes de las pruebas finales, Órficus fué requerido por Juan Martinión un amigo que se veía envuelto en un oscuro asunto de contrabando. "Tu me conoces —dijo Martinión — ignoraba el contenido del paquete; fué el sinvergüenza de mi cuñado quien me indujo entregarlo a la farmacia, simulando enfermedad. Soy inocente. Si no me ayudas, estoy perdido."

Órficus aceptó ayudar al amigo.

Se fueron por el barrio fabril. Martinión quería llevar un arma pero Órficus se opuso: "es preferible ser apaleado que matar." Ingresaron a la vetusta casa colonial que tenía un amplio patio porticado. Allí, en una de las piezas habitaba el único testigo que podía salvar a Martinión, pues había presenciado la entrega del paquete y la insistencia de su cuñado para que cumpliera el cometido.

Salió un muchacho fornido y asustado: "no me metas en esto, nada puedo hacer." Órficus intentó vanamente persuadirlo: se trataba del honor y del futuro del amigo ¿cómo podía ser tan cobarde? La respuesta del presunto testigo no se hizo esperar; "si conocieran a los cuatro matones que habitaban al frente". Posiblemente ya sabían de la entrevista y si él iba a atestiguar lo molerían a palas. Su negativa fué tenaz, nada haría en favor de Martinión.

"Bien —exclamó Órficus — iremos a entendernos con los matones." ¿Están locos? — arguyó el muchacho — los matarán a golpes, son muy fuertes."

Y allá se fueron, Órficus tranquilo, Martinión temeroso, tratando de disimular el pánico que lo invadía: cuatro contra dos, pero se trataba de salvarlo De la infame maquinación y había que afrontar el peligro.

Al escuchar la petición de Órficus, los cuatro matones estallaron en risas: "¡Dejar que el chato declare! Imagínense... Si abre el pico lo quemaremos vivo. Y si ustedes no se largan de inmediato, vendrá una ambulancia a recogerlos.

Órficus quería seguir el diálogo. Martinión, asustado, se limitaba a espectar. De pronto uno de los matones se aproximó a Órficus y profiriendo "esto se arregla así" le lanzó un manazo que el estudiante evitó ladeando velozmente la cabeza. El otro se puso en guardia como para asestar nuevos golpes. Órficus retrocedió unos pasos, se agachó y luego con un impulso increíble, puso la mano en el pecho del matón. Este salió impelido por una fuerza gigantesca; retrocedió unos quince metros y cayó atontado.

— ¡No es nada, no es nada! —gritó otro de sus compañeros.— Luis ha tropezado pero yo no tropiezo nunca. Aquí va el primero.

Y precipitándose sobre Orficus le soltó un puñetazo capaz de aturdir a un buey. La maniobra se repitió: un quite rapidísimo, la agachada y luego la mano del estudiante apoyada en el pecho del segundo adversario lo expelía violentamente a mucha distancia. Los dos matones

restantes, amedrentados, cedieron: dejarían atestiguar a Martinión y no le harían nada, a condición que Órficus les enseñara la treta para inutilizar al contrario. "Alguna vez, si vuelvo" —sentenció el estudiante. Los caídos se levantaban sin proferir palabra mirando con rencor y asombro al estudiante.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntaba ansioso Martinión.

—Casualidad -replicaba Órficus —pura casualidad. Los pesqué en instantes que estaban mal parados, a punto de perder el equilibrio moviéndose sobre un solo pie y el otro en el aire, o sería el viento que se los llevó...

No quedó satisfecho el compañero. Tampoco Órficus podía explicarse de dónde brotó esa terrible fuerza. Impeler un cuerpo humano que ya de por sí opone resistencia y pesa más de 60 kilos a una distancia de muchos metros parece imposible; pero había sucedido. Si hubiese existido un muro detrás de los atacantes, habrían perecido por la fuerza del golpe. El estudiante se estremeció: no deseaba matar. ¿Jamás volvería a utilizar esa energía demoníaca. ¿Pero cómo había sucedido?

Enterado de la famosa hazaña, otro compañero, en un entrenamiento atlético de lanzamiento de bala, se aproximó a Órficus sugiriendo: "tu podrías lanzar la bala dos o tres veces más lejos que todos; ¿por qué no lo haces? Serías el vencedor y tendrías tu medalla de oro en el próximo torneo". Órficus se limitó a contestar: "¿y quien te ha dicho que yo deseo vencer?" La respuesta del otro llegó instantánea: "¡Ah, no quieres vencer! Entonces no eres humano."

El estudiante sonrió con tristeza: ahora inventarían que era un extraterrestre, un ser reencarnado, cualquier disparate, una mm de esas ficciones gratas a la mente moderna que pretende colocar fuera de la órbita planetaria todo lo que no puede explicarse dentro de ella. Si fuese así tendría el dominio de sus facultades sobrenaturales, podría ejercerlas a voluntad mas no era así. Cuántas veces había visto disminuido su prestigio porque no quiso o no pudo realizar esas proezas físicas que sólo se presentaban espaciadamente y en modo inesperado. Rechazaba con firmeza la posibilidad del "guru" hindú, del mago persa o del santo cristiano. No se sentía proclive a los milagros ni creía en ellos; menos a secretos taumatúrgicos para deslumbrar a las gentes. Nada de eso. En realidad las cosas extrañas que le pasaban "venían", le eran impuestas, aunque aparentaran de un raptó de su voluntad. ¿Qué sería? Por lo demás su vida transcurría normal: perfectamente normal: era uno entre muchos, igual a todos. Salvo aquella noche que lo visitó un pensamiento absurdo: si un ángel castigado o un demonio extraviado en el gentío humano pero ignorantes de su condición supernatural anduviesen por el mundo ¿tendrían esas facultades mágicas que los poseerían en vez de ser por ellos poseídos? Un ángel, un demonio... ¿no participarían en alguna manera de ciertas características humanas? Porque el hombre bien podría ser, en el fondo, algo a mitad de camino entre el ángel y el demonio... En su lugar de origen sobre —cielo o infierno — cada cual ejercería plena potestad sobre sus facultades divinas o infernales; pero extraviado en la tierra cualquiera de ambos se vería reducido a manifestaciones esporádicas de esos poderes. Ese pensamiento se fué tan rápidamente como acudió: era absurdo, totalmente absurdo. Nada tenía de ángel ni demonio; era un ser semejante a los demás, absolutamente normal, salvo ciertas apariciones inesperadas de fuerzas extrafísicas en apariencia que en realidad debían ser de naturaleza puramente física, como la electricidad o el magnetismo que "son" aunque no podamos explicarnos por qué actúan sobre el mundo y sobre ciertos hombres, eterno misterio en un mundo lleno de enigmas.

Sobrevinieron varios fracasos durante los cuales no pudo Órficus ejercer predominio alguno capaz de levantar la admiración de sus compañeros. Verdad que él tampoco buscaba esa admiración, pero en cierta manera lo desalentaba comprobar que la fuerza que lo poseía era ajena a su voluntad. Se presentaba de improviso, cuando ella lo deseaba, a largos o cortos lapsos, desatendiendo muchas veces sus invocaciones, como si sólo ella decidiera al momento de hacerse efectiva. Era, pues, un ser desconocido, una energía extraña que no brotaba de su propio interior sino que caía de un cielo oscuro o surgía de una profundidad incógnita, lo atravesaba súbitamente, duraba un tiempo y luego se desvanecía velozmente.

Un gran respeto subía en su alma por esa fuerza intrusa que se apoderaba de su ser. Decidió no invocarla, dejar que ella se manifestara libremente. Así pasó algunos meses tranquilo.

Vencido el cuarto curso resolvió pasar las vacaciones en "La Alborada". Partió al anochecer. La familia no comprendía por qué le gustaba el viaje nocturno. "Lleva tu revolver —había recomendado Deodoro —nunca faltan asaltantes en caminos solitarios.

Órficus se sumergía gozoso en el gran misterio de la noche. Ni soledad, ni silencio ni sombras lo empavorecían, antes bien: le conferían tranquilidad, como si fuese el amo de un reino ignorado que sólo para él abría sus puertas. Porque la noche se le presentaba siempre nueva, siempre diferente, cuajada de enigmas que captaba sutilmente aunque no siempre alcanzase a descifrarlos. Solía detenerse en cualquier paraje desolado, descendía del "Opel" y se adentraba en el paisaje lunado. ¿Qué importaba que para muchos sólo fuese un astro muerto, frío, relacionado únicamente con movimientos y fenómenos físicos a la Tierra?

La Luna, sin embargo, poseía una rara fascinación, niquelaba el paisaje y sus accidentes como confiriendo nueva vida a lo ya conocido, despertando emociones inéditas en su alma. Al contemplarla fijamente en el silencio nocturno, sentía que extrañas vibraciones bajaban del astro hacia su cuerpo y otras partían de su cuerpo en dirección a la bola de oro viejo. Curiosa comunicación: ese llegar, ese partir de rayos invisibles que se cruzaban velocísimos. Entonces la noche henchida de sombras y de pálidos reflejos lunares latía acompasadamente con su corazón, madre incomprensible... Imposible describir ese puente fabuloso que lo ligaba a la gran luz rodante. Sentía el influjo de ambos a la vez: la gran corriente incesante de ondas o partículas de energía que bajaban y subían rapidísimas, y un puente sólido, invisible, que lo comunicaba con Selene distante. Era como si estuviera allá y aquí simultáneamente, habitante selénico y telúrico a la vez. Sentíase traspasado por un conocimiento revelador que le descubría secretos incommunicables, no en sentido poético sino en aquel otro más profundo ~ de aproximarse a las fuentes del ser y de la naturaleza. El sol es el padre de la vida, la luna la nodriza del misterio que por ella como se profundiza y esclarece...

Apartaba su mirada del planeta azafranado y al posarla en el paisaje todo aparecía como nuevo, como recién descubierto, como transformado por la luz y la comunicación selénicas. El monte que al detenerse era sólo una masa oscura, inmóvil, después del coloquio sin palabras con la Luna se agitaba con presencia mágica, como un gigante despertando en la inmensidad del altiplano, pidiendo ser escuchado, llamando con insistencia a la atención del veedor. Y un tropel de árboles fingía un ejército en marcha. Y ese pedrón, ahí, informe y reluciente, brotaba como un viejo amauta arrebuñado en su poncho protector. Y un manantial discurría langoroso dejando escapar músicas suavísimas de su cauce. Y el suelo vibraba sutilmente, sin moverse, transmitiendo la fina oscilación de unas líneas trémulas de gozo. Al fondo la pedrería de las luces de la urbe, a la derecha la oscura sima de la quebrada apenas plateada en sus bordes. Y él al centro del torbellino cósmico, ahora aquietado y como condensado en su cuerpo que parecía recoger, unimismar en maravillosa unidad los cien mil rayos dispersos de la energía universal. Órficus... ¿Qué es esto...? Recogiendo, concentrando las fuerzas del mundo, haciéndolas vibrar con la varilla humana, y luego irradiándolas a la exterior multiplicidad. ¿Locura, imaginación? Acaso la intuición fugaz del sentido oculto que liga hombre y cosmos. Minutos, tal vez sólo segundos: la deidad inescrutable, la naturaleza esfíngica y el sentidor perplejo comunican... Emperadores, dictadores, banqueros ¿qué son frente al inmenso poder desconocido de la mente que puede penetrar y levantar reinos portentosos aunque sólo sea en síntesis relampagueantes y fugitivas?

Un estremecimiento final que recogía las vibraciones de mil mundos. Órficus creyó desvanecerse. No era nada, nada, nada... Únicamente un grano ínfimo, pequeñísimo, miserable de la energía universal, dictador por un instante del paisaje y ahora triste despojo del monstruoso movimiento.

¿Había soñado? Pero la noche estaba ahí, grandiosa, intacta, entonando el himno feliz de su poder. Y él volvía a ser el estudiante Órficus sereno, templado, consciente de los extraños lazos que parecían vincularlo al indescifrado enigma nocturno.

Llegó al amanecer a la finca. Pasó por los establos y el olor a heno y a las hierbas húmedas le infundió confianza. Algunos madrugadores transitaban calmoso Ladraron los perros. Lo reconocieron prontamente y los ladridos se convirtieron en lengüeteadas de afecto. Siguió avanzando. Pasó por el bosquecillo y el estanque de los patos. Graznidos, trinos, raros silbos y el croar de las ranas se confundían en la mañana tempranera. Se aproximaba a la casa que lo

saludaba ya con su gran arco de ingreso, los techos rojos y las ventanas blancas con portezuelas todavía entornadas. Aun no descendía el sol de los cerros al valle y no quiso perturbar a los moradores de "La Alborada."

Dió un largo rodeo y trepó a la colina desde la cual se avizoraba la propiedad en seductora perspectiva. Una suave brisa mecía los trigales. Las vacas salían de los establos. Grupos de campesinos se distribuían por el valle. La casa era apenas un punto rojiblanco en el paisaje. Los ladridos de los perros se apaciguaban en la distancia. Y cuando la luz solar se desbordó cerros y colinas, quiebras y riachuelos cobraron vida propia. Dulce quietud campestre: todo se movía lentamente, dócilmente, sin premuras, como concertado por una mano misteriosa. ¿Qué podía hacer un ingeniero en la comarca idílica? Elevar construcciones metálicas, diseñar puentes, erigir una fábrica, llenar de gentes y de humo el lugar. Aventaría el ritmo sosegado del vivir campestre para sustituirlo por el ímpetu acelerado de la producción mecanizada. Interiormente bendijo a tío Norberto que pudiendo ser millonario industrial prefería mantenerse en señor rural.

Pronto se titularía ingeniero ¿y cuál sería su camino? Amaba su país, la ciudad de altura, el sereno refugio de "La Alborada" mas ignoraba si el destino y la necesidad lo llevarían lejos. Presentía un conflicto latente entre naturaleza y civilización, ambas útiles, vinculadas entre sí, que a su sentir debían coexistir en perfecta simbiosis, equilibradamente; pero todo lo que aprendía iba a romper ese equilibrio, cada vez más acero y cemento, más torres elevadas, más aglomeraciones de edificios y muchedumbres. Se estremeció imaginando que el ámbito maravilloso de la finca podría transformarse en un hervidero de máquinas, construcciones y multitudes.

No sería, no podía ser. Tío Norberto era todavía joven: "La Alborada" persistiría mucho tiempo; la reforma agraria había respetado sus seiscientas hectáreas y la granja alimentaba a la ciudad. Luego los planes de urbanización no se dirigían a la comarca, desviándose mas bien hacia las quebradas del oeste. Respiró hondamente: no había temor, el progreso marchaba por otros rumbos.

Bajó de la colina y atravesando el bosquecillo se encaminó a la casa de hacienda.

Avanzaba despacio, como le placía, absorbiendo por todos los poros la delicia paisaje. Respiraba con fruición el aire puro de los campos. "No, no hay soledad, si el otro, el que te habita, en diálogo inaudible, te hace pensar, sentir, comprender la inmensa belleza del mundo." De pronto divisó una figura apoyada en un árbol. Se acercó cauteloso y se detuvo a pocos pasos. Tan abstraída estaba la mujer que no advirtió la llegada del intruso y éste pudo observarla a voluntad. Inmóvil, estatuaria, irradiaba una doble sensación de fuerza y suavidad a la vez. Vestía de amazona. Reclinada en el árbol cruzaba el látigo sobre las piernas y sus manos lo sostenían con firmeza. Miraba lejos, muy lejos... y los ojos oscuros oscilaban entre relampagueos de cólera y destellos de tristeza. Diana colérica, Afrodita melancólica. Ella tan ensimismada que no reparaba en el estudiante. El extasiado en su contemplación. El rostro encantador tan pronto cobraba rasgos varoniles como transmudaba en suave ternura femenil. Revelaba un carácter y un temperamento delicado a la vez.

El estudiante no se atrevía a moverse: era tan fascinador ver a la mujer entre arrogante y entristecida. Desafío y desfallecimiento ondeaban por sus ojos que devolvían la imagen de una gran contrariedad y de un íntimo dolor. Petrificada en su meditación parecía desasida del mundo. Estaba lejos, muy lejos... Libraba, acaso, una batalla entre su orgullo herido y su desamparo femenil. ¿Qué sería? Por instantes semejava una deidad vengadora capaz de arrollar todos los obstáculos; luego sólo una mujer desolada requerida de ternura y comprensión. ¿Qué sería?

No quiso, Órficus, turbar a la ensimismada. Se avergonzó de haberla sorprendido. Y cuando se alejaba silenciosamente supo que amaba a la Señora para siempre.

Llegué a la finca tan tranquilo, tan contento, imaginando que nada podría perturbar mi serena entrega a la naturaleza. El encuentro con la Señora en el bosquecillo alteró mi equilibrio: la inquietud se aposentó en mi alma. La familia de los tíos me acogió afectuosa; no me atrevía a preguntar por Ella, ni deje traslucir la ansiedad por verla. Todo se desenvolvía en "La Alborada" dentro del marco habitual de reposo y naturalidad. Largos paseos, gratas conversaciones, juegos



con Diana y Orlando, una charla animadísima con tío Norberto sobre los "antis" legendarios que no se sabe si fueron reales o imaginarios. Escondiendo mi inquietud aguardaba ansioso la aparición de la Señora. Vino una tarde sin hacerse anunciar y fue acogida con júbilo. Quedé sorprendido al verla. Nada en ella traslucía la tristeza ni la ira de aquella vez que la sorprendí en el bosquecillo. Los ojos oscuros no irradiaban paz y confianza. No sé si a los demás les pasaría lo mismo, pero a mí recibir la luz cálida de su mirar me infundía una felicidad desconocida.

Se conversaba acerca de la existencia de otra vida después de la muerte.

Doña Julia, sentenciosa, manifestó:

— ¿Para qué discutir lo que la religión nos manda guardar? Hay otra vida, cielo, infierno y todo lo demás.

Tío Norberto, irónico, quiso desconcertarla:

— Algo debe haber, pero no en la forma que enseñan catecismos y eclesiásticos. Infierno y cielo son símbolos. En cuanto a la vida eterna, no es concebible por la mente humana. Si nada es eterno aquí ¿por qué habría de serlo en otra vida?

La discusión se tornó encendida, pues el Preceptor y tío Norberto, más deístas que cristianos, se inclinaban por otros mundos y otras vidas de quienes nadie había dado testimonio, en tanto que la Señora, tía Carolina y Elizabeth defendían la verdad revelada y la promesa de premio o castigo después del transcurso terreno.

La Señora intervenía discretamente, sin exaltarse, sin tratar de imponer su criterio. Yo la miraba asombrado de la firmeza y claridad de sus ideas. Y me preguntaba si no sería la mayor dicha de este mundo vivir junto a ella, escuchar siempre su voz tierna y cálida, mirarse en los ojos hermosísimos, merecer el regalo de su sonrisa...

La voz áspera de doña Julia me sacó del éxtasis:

—¿Y tu no opinas, Órficus?

Callé antes de contestar:

— Me atengo al consejo de Goethe: ante ciertas cosas elevadas, misteriosas, debemos detenernos y no preguntar.

Tío Norberto y el preceptor, tía Carolina y Elizabeth por el otro me acosaron; debía definirme, ateo o creyente, creía en otra vida o sólo en ésta, y era necesario justificar el porqué de afirmación o negación.

Me sentí confundido; ¿por qué se quería obligarme a expresar lo que pensaba? Pensé no responder pero la Señora me miraba con bondad y su mirada me incitó a contestar:

— Creo en otras cosas distintas de las de este mundo... ¿Por qué tendría que precisarlas?

La discusión prosiguió a veces seria, a veces divertida. Conociendo mi natural callado prescindieron de mi parecer y pude concentrarme en la contemplación de la Señora que con fina sutileza procuraba equilibrio entre ortodoxos y heterodoxos.

De pronto recogí una mirada furtiva de la Señora, un poco al sesgo, entre tímida y anhelante, como mira la Sibila Delfica, y me turbé: ¿era curiosidad, simpatía, afecto?

Al acercarme para recibir la taza de té de sus manos rocé su piel. Fué un contacto eléctrico que me sacudió. Estuve a punto de voltear la taza. ¿Por qué un roce tan simple me conmovió tan hondamente? Lo ignoro. La Señora me contemplaba con sus grandes ojos fijos y serenos; sus labios esbozaron una sonrisa: creí que habían murmurado "Órficus..." y me retiré turbado.

Algo después tío Norberto quiso exhibir su colección de fotografías —poseía algunas verdaderamente soberbias — y como el álbum era grande, me pidió: "ayúdame a sostener este libraco."

Me aproximé. Sin haberlo buscado, encontré el brazo de la Señora que se apoyaba suavemente en el mío. Nunca el contacto humano había provocado tal revolución en mi cuerpo y en mi alma. Me sentía fuera del mundo, en un paraje encantado. La piel de la Señora vibraba sutilmente, casi imperceptiblemente junto a la mía. Y estábamos tan próximos que el olor saludable de su cuerpo joven me embriagaba de dicha. No sé qué hablaban ella y tío Norberto. Tampoco tenía ojos para ver las fotografías. Me sumergía en un mundo desconocido que me brindaba, paz, confianza, júbilo, el secreto acercamiento a unas lindes de sorpresa reveladoras de sensaciones mágicas. Ese olor de mujer, mitad natural, mitad edulcorado por esencias perfumísticas, tan vivo, penetrante, que yo absorbía por todos los poros de mi cuerpo. Ese contacto embriagador de la piel cálida y suavísima. La cercanía del busto seductor que se henchía y apaciguaba dulcemente. Y tantas otras cosas o matices indefinibles que no podría explicar, encendían mi sangre en ritmos rápidos, confusos. Habría deseado que la escena jamás terminara, que mi brazo nunca se separase del de la Señora, que el aroma delicioso que de ella emanaba fuese para siempre... Y de pronto el rubor subió a mis mejillas sin que felizmente nadie lo advirtiera: el deseo me atravesaba como una lava de fuego y limo. Me avergoncé: ¿cómo podía suscitar la llamada del instinto, la dama admirable que sólo merecía respeto o amor platónico? No sé, tampoco, si era realmente el deseo físico, violento, incontenible, o únicamente la tentación de estrechar el cuerpo adorable en mis brazos. Sólo sé que su presencia, su contacto, me infundieron atrevimiento y seguridad: me atreví a pensar que podría llegar a decirle mi amor, conquistar el suyo, realizar las más osadas empresas. Era otro hombre. Y entonces comprendí que el hada, la diosa que residían en la Señora emboscaban en verdad la maravilla indecible de la mujer.

Trémulo de alegría apenas podía disimular la fuerza de mis sentimientos.

Cerró el tío Norberto el álbum, recogió unas palabras lisonjeras de la Señora y ésta volvió la cabeza hacia mí. Como si hubiese adivinado el trastorno que me conmovía me miró burlona y dijo:

— Parece que las imágenes no sorprenden a su sobrino.

Quise protestar pero ella me miraba fijamente. La expresión de burla se había desvanecido de sus ojos y una extraña ternura apenas insinuada brotaba o creí que brotaba del mirar profundo.

Al levantarse del sofá ella apoyaba familiarmente su mano en la mía. Fué sólo un instante fugaz. Creí morir de gozo. Pero ya la Señora conversaba con tía Carolina. Sólo yo sabía que mi secreto estaba delatado: ella lo conocía.

Avanzado el crepúsculo doña Julia sugería:

— Se hizo tarde. Acompaña a la Señora hasta su casa.

Al llegar a la verja de "La Alborada" nos sorprendió la llamarada del atardecer: unos ocres, unos bermellones, unos tintes empurpurados que jugaban con matices del azul.

La Señora se detuvo. Leí en sus ojos el encantamiento de la hora crepuscular y deseando serle grato expresé:

— Parece que el paisaje hablara. Ella me miró extrañada:

— Habla — dijo con laconismo.

Un largo trecho separaba las dos fincas. Lo recorrimos en silencio hasta que ella lo rompió:

— Es mejor comunicarse con los demás que callar. ¿Por qué esa coraza de soledad?

Quedé confuso.

— No es una coraza — repuse— es algo natural.

La Señora me miraba con un mirar dardeante.

— No hemos nacido para solitarios. Un joven tiene mucho que decir; ¿por qué rodearse de silencio?

— ¿Qué podría yo decirle a usted? La veo tan lejana...

Ella sonrió desafiante:

— Pero estoy cerca.

— Señora... dije —y quedé pasmado al sorprender dos gotitas áureas en los ojos oscuros.

Seguimos caminando. Al descender una pequeña loma, ella dio un paso en falso y de pronto el cuerpo cálido se apoyaba contra el mío. Fué sólo un instante: en la entrega involuntaria sentí que me invadía una sensación desconocida, como si me atravesaran cien mil rayos gozosos, suavísimos... Su olor volvió a turbarme. Sus dedos oprimieron fugazmente mi brazo y luego volvió a caminar erguida, con ese paso rítmico que infundía un aire de majestad a su andar.

Poco antes de llegar a su finca la tarde, rozándose con la noche, era ya un incendio violento de luces vívidas. La Señora se detuvo; un reflejo de oro viejo cubría su cara. Estaba tan bella que no puedo describirla... Y los ojos oscuros parecían abrir las puertas del misterio... Sentí entonces que el impassible, el indiferente que me habitaban se transmutaban en otro ser cálido, vibrante, ansioso de expresar el torbellino que lo sacudía. Quise decir algo y no pude. Miré desesperado a la Señora. Lágrimas de impotencia, de rabia, de felicidad, cuajaban en mis ojos. La Señora deslizaba en voz baja:

— Órficus: no sueñe mucho. Hay que vivir con los pies en la tierra.

Llegamos a su casa. En el umbral ella me dió la mano:

— Gracias. Quiero que seamos amigos.

En los días siguientes advertí que la Señora evitaba quedar a solas conmigo. Me rehuía. Me dolió su actitud mas la comprendí: ¿qué podía existir entre ella, la mujer irreprochable y yo? En otra ocasión, al enseñarle un pequeño retrato suyo que había robado a tía Carolina colocado en la esfera de mi reloj, se limitó a comentar "humoradas de muchacho". No quería o no deseaba tomarme en serio. Sus consejos, sus palabras, tendían a una actitud de hermana mayor. Me rebelé. Supe por Elizabeth que sólo me llevaba en cinco años y eso no le daba derecho a considerarme un jovencuelo. Jugué después al indiferente, procuraba no acercarme a ella, no hablarle, hasta que ella, advirtiendo mis desvíos, buscó mi compañía. Quise eludirla mas no pude: una dulzura misteriosa brillaba en sus ojos y con voz velada de tristeza preguntó:

— ¿Por qué me huye, hice algo malo?

Me turbé.

— Señora, señora... Usted nunca podría hacer nada malo. Soy yo el tonto. Perdone mis torpezas.

Reanudamos amistad pero nada en ella revelaba un cambio. Afectuosa, siempre dispuesta al cambio de ideas, me trataba como a todos, gentil y atenta, manteniendo distancia entre su intimidad y el afán de curiosidad de los demás.

Tío Norberto sugería que era una persona enigmática. ¿Quién era por fin el marido, por qué no acudía a la finca?

La señora Julia, lo mismo que tía Carolina la disculpaban. Si había un secreto en su vida le pertenecía a ella sola, y era tan distinguida, tan fina, tan buena, que sólo despertaba cariño y admiración. Elizabeth le atribuía más edad: sabía demasiado, demostraba tener mucha experiencia, no podía andar por los 30. Pero cuando la Señora visitaba "La Alborada" se convertía en el centro de atracción y hasta tío Norberto, el más criticón, se regalaba con la conversación de la bella visitante.

Una tarde quise reanudar mis experiencias extranaturales. Fué inútil: ni asomo de alcanzarlas. Pensé que habría sido una fiebre que pasó... No volverían más. ¿O sería que mi pasión por la Señora había disuelto las extrañas facultades? Me escondí una semana, salía las horas que ella nos visitaba, me propuse no recordarla y de pronto me sentí más fuerte, tal vez más puro, como si hubiese escapado a la errada pasión. Me concentré intensamente, creí sentir la sensación de levitar... No fué así: ni el rayo estremecedor me atravesó ni me levanté del suelo. Insistí, desesperado: nada. La imagen de la Señora volvió a mi mente y comprendí que mi propósito de olvidarla no era sincero. Quería y no quería sustraerme a su hechizo. Nostálgico de mi perdida libertad, añoraba recuperarla y al mismo tiempo me sentía arrastrado, irresistiblemente, hacia la hermosa mujer. Hombre dividido. Acudía a mil estratagemas para engañarme a mí mismo; estaba y no estaba perdidamente enamorado. Podía huir, alejarme, no volver a verla; podía jugar mi última carta atrevida, confesarle mi amor; o seguir la lidia haciéndome el indiferente; tal vez despertar la ternura maternal que duerme en toda alma femenina; buscar un acicate intelectual que me acercase a ella; darle celos con Elizabeth y con tía Carolina, aun capaz de infundir entusiasmo a los hombres. Pensé tantas cosas... Acercarme a ella, acercarme, pero Ella rehuía intimidad, evitaba quedar a solas conmigo.

Creí ser la mariposa del cuento chino que se quemaba las alas porque la llama que la atraía era más fuerte que su vida.

Inesperadamente cayó a la finca el hermoso y arrogante Felipe. Venía a proponer a tío Norberto un negocio. "Debo regresar hoy mismo a la ciudad." Pero en la tarde, cuando la Señora visitó la casa, brillaron sus ojos, vibraron las aletas de su nariz y sorprendido y encantado a la vez sin vacilar emprendió la conquista de la dama.

Órficus pensó que iba a odiar a su hermano.

Con perfecto dominio de sí misma la Señora frenó al audaz sin ofenderlo, con respuestas agudas y precisas que desconcertaron. Pero Felipe, avezado a las lides amorosas, se recuperaba fácilmente y volvía al asedio. Lanzó burlas y pullas, contó un cuento atrevido que hizo sonrojar a las damas. Luego volviéndose a la Señora dijo agresivo:

— La solitaria incomprendida, lindo papel, ¿ verdad? En el arte dramático es lo más difícil.

Tía Carolina saltó indignada:

— ¡Calla, sobrino! Nuestra amiga es una dama. Anda con tus burlas donde las jovencitas que admitan tus impertinencias.

Felipe, cínico, pidió excusas y se retiró altanero.

La Señora sonreía bondadosa:

— Es muy joven — comentó — ¿cómo podría dejar de ser petulante'?

Su mirada se cruzó con la de Órficus. Decía: "esto no se refiere a tí." El joven, agradecido, daba la respuesta muda: "he comprendido."

La señora Julia pidió los álbumes de fotografías y se entretuvo enseñando a la visitante las imágenes de sus seres queridos. Pronto se restableció la armonía.

A poco entraba Felipe, impetuoso:

— Tío — anunció — me quedaré hasta el lunes. Tengo otros asuntos que proponerte.

La Señora se levantó y se despidió. Órficus se preparaba a acompañarla pero Felipe se le adelantó:

— Yo seré su caballero — dijo gentil — para que la dama perdone mis impertinencias.

Y salió con ella.

Órficus, angustiado, siguió a corta distancia, disimulándose entre los árboles para que no se advirtiera su presencia.

Caminaban hacia la reja de entrada; ella erguida, sin voltear moviendo la cabeza, él solícito, inclinándose a la mujer, moviendo las manos como quien trata de dar mayor énfasis a cuanto dice.

Al llegar a la reja ella hizo un gesto negativo. "No quiere que la siga acompañando" —pensó Órficus alborozado. Felipe hablaba y seguían los ademanes expresivos. El estudiante se hallaba a cierta y distancia; no podía ver bien la escena ni escuchaba lo que decían. De pronto quedó asombrado: la Señora se erguía como una amazona en cólera y descargaba un bofetón tan fuerte a Felipe que éste se tambaleó retrocediendo unos pasos.

Ella se alejaba mientras Felipe, aturdido, sacaba un pañuelo para limpiarse la sangre de los labios.

Pasó cerca de Órficus, de regreso a la casa, y éste le oyó murmurar: "la muy estúpida, ya sabrá quien soy..."

Al entrar a la sala, Órficus recogió la voz de la señora Julia que reprochaba a Felipe:

— Estuviste muy atrevido; ¿no veías el disgusto en los ojos de la dama, y para qué acompañarla si la habías ofendido antes?

Felipe, seguro de que nadie había observado el incidente en la reja y cuyo rostro no acusaba señales de haber sido golpeado, soltó una carcajada:

— Solo quería hacerla saltar, señora Julia. Me gusta perturbar esa serenidad olímpica de las que se creen diosas cuando sólo son mujeres.

Tía Carolina, a su vez, se molestó:

— Todos la quieren en este hogar, tienes que respetarla si vas a permanecer aquí.

Felipe volvió a reír con fuerza:

— ¿Me estás despidiendo, títa? Ya te olvidaste que yo era tu preferido cuando éramos chiquitines. Vamos, vamos, no prives de tu cariño al pobre sobrino que dió un mal paso. Perdónalo y que tu bondad nos siga alumbrando a todos.

Se aproximó y besó con falsa ternura a tía Carolina, pues los ojos relampagueantes decían otra cosa.

¿Por qué no se iba su hermano, qué negocios tendría con tío Norberto? Ambos se encerraron en el escritorio.

Al día siguiente Felipe anunció que llevaría una carta para la Señora pidiendo disculpas por su conducta. Recibió general aprobación. Regresó algo amoscado: "no quiso recibirme — aclaró— pero sí la carta y creo que ella restablecerá la armonía."

La Señora volvió a "La Alborada". Luego todos fueron invitados a su residencia. En ambos casos Felipe se condujo en forma irreprochable. Discreto, recatado, hablaba poco, daba siempre la razón en cuanto decía a la dama. Su talento y simpatía brillaban con gracia natural. Bromas inocentes, sin malicia alguna. Se esforzaba por caer bien a la Señora, mas sin insistencia, en modo respetuoso. Órficus leía en los ojos de la dama la sorpresa por el cambio en la conducta de su hermano. "¡Ah el astuto! — pensó angustiado— Está fingiendo. Ahora es más peligroso que antes. Quiere conquistarla haciendo de "chevalier servent". ¿Cómo prevenirla?"

Una tarde, descorazonado porque no tenía ocasión de encontrarse con la Señora, fuese al peñón favorito y contemplando la belleza tranquila del paisaje se puso a reflexionar sobre cuanto sucedía. Era lógico, tenía que ser así. Felipe, audaz, ambicioso, para quien no existían obstáculos, gentil y arrogante, insinuante y lisonjero a la vez, acordaría mejor con la altiva personalidad de la Señora, digna de un gran carácter varonil más que de los sueños de un estudiante introvertido. Dejaría de pensar en ella, porque estaba claro: cambiando sus tácticas operativas, Felipe, el irresistible, lograría conquistarla. Seguramente: la conquistaría. Poseía tantas seducciones, el pérfido, para agradar a las mujeres... ¿Cómo pudo soñar, el reconcentrado, en llegar hasta la hermosa dama? Si el imbecil del marido la dejaba sola, terminaría, fatalmente, por caer (no, ella no caería, se daría voluntariamente) en brazos del varón que su corazón eligiese. Había sido un tonto: pensar que la altísima descendiera hasta él... Una tristeza hondísima lo conmovió: habría sido tan bello ser amado por la Señora, o al menos amarla en silencio sabiendo que no existía otro... Brotaron dos lágrimas de sus ojos. ¿Se volvería un sentimental? Eso no, eso no! El gran sueño terminaba. "No volveré a pensar en ella —profirió en voz alta — es un sueño imposible."

Se limpió la huella de las lágrimas con el dedo y de súbito advirtió una sombra que se proyectaba por el lado derecho. El cuerpo que la proyectaba avanzó y se sentó junto a él.

¿Habría escuchado sus palabras, adivinaba su tristeza?

Se sintió envuelto en una ola de alegría y de ternura: ¿vino en su búsqueda al peñón, era simple casualidad? El perfume de la Señora lo ceñía con sus mágicos efluvios. Absorbía los invisibles rayos de su cálida presencia sin atreverse a mirarla. Tampoco la Señora lo miraba contemplando en silencio la naturaleza. Permanecieron o a así, juntos y callados, un largo rato. Órficus feliz y pesaroso un tiempo, presintiendo que lágrimas y palabras fueron advertidas.

Ella rompió el silencio:

— Es el sitio de donde mejor se puede admirar el paisaje.

Órficus comprendió la delicadeza conque evitaba avergonzarlo. Volteó la cabeza y quedó ofuscado por su hermosura. Una dulzura extraña brotaba de los ojos oscuros Y la boca se plegaba en semisonrisa alentadora. El recuerdo de la amazona castigando a Felipe acudió a su mente, pero la faz de la Señora resplandecía serena y pura, disipando al punto la mala imagen. ¿Para qué las palabras? Ella lo miraba fijamente, y aunque el estudiante no podía descifrar exactamente lo que ocurría, creyó entrever una rara confusión de sentimientos: curiosidad, afecto, recelo, pudor, algo de tierno y misterioso que se negaba a descubrir la razón íntima de su presencia.

Para salir de su embarazo interrogó:

— ¿Qué pasó con mi hermano?

La fisonomía de la mujer se ensombreció:

— Es un descarado — repuso — cualquiera hubiese obrado como yo. Propuso algo tan ofensivo que solo podía ser castigado así, como usted lo vió...

— ¡Cómo! — preguntó Órficus ¿usted sabía que yo los observaba?

— Lo presentía.

El joven añadía, desconfiado:

— Pero ahora está perdonado, se esmera en serle grato y usted no parece disgustada.

La Señora sonrió con velada tristeza:

— Qué niños son ambos. Felipe no volverá a ofender a una mujer; eso me basta. Olvidar no es perdonar.

Sin poder esconder su desencanto, el joven agregó:

— Mi hermano siempre cautivó a las mujeres. No sería extraño que su conversación le atraiga más que la mía.

— Si fuera así no estaría en el peñón.

Órficus se turbó:

— Perdóneme — dijo — siempre digo tonterías.

La Señora puso la mano en la del joven y o miró con cariño:

— Son ustedes tan distintos, se mueven en mundos tan diferentes... Yo prefiero el suyo.

Al contacto turbador el estudiante balbuceó:

— Señora... ¡Oh, Señora...! ¿Qué puedo yo decir, si usted lo sabe o adivina todo? Discúlpeme, soy un tonto... Soñé demasiado... Quisiera no haberla conocido...

Ella presionó varias veces su mano, sus ojos amenazaban cuajar en lágrimas — ¿o era una ilusión? — y al último contacto dulce y tierno, Órficus recogía las palabras inolvidables:

— No todo ha sido sueño, pero es tan grande el abismo que nos separa. No quiero que sufra por mi causa, tampoco deseo aumentar mis penas. Seamos buenos amigos, Órficus. Es lo único sensato.

Se separaron tristes, confusos, pero una secreta alegría rondaba los corazones trémulos.

## VI

Pasó el tiempo.

La vigilia de los exámenes lo mantuvo concentrado en los libros. Tenía, además, que enfrentar la ciudad y la familia; ésta con sus seres encontrados, aquella con su estrépito y sus aglomeraciones desagradables. Felipe violento, arrogante, siempre irónico como queriendo desquitarse del fracaso masculino en la finca. Deodoro con ínfulas de caudillito, enemigo de la sociedad y del gobierno, a los cuales había que derribar; ¿para qué y cómo? No importaba. "La juventud es rebelde y debe estar siempre en movimiento." Bettina frívola, maligna, sólo pensaba en amoríos pasajeros y enredar intrigas: le gustaba suscitar enconos. Sólo la dulce Marcela se le acercaba pero era tan inocente que temía herir su alma pura. El padre un señorón, distante de los hijos a los cuales miraba como si aun estuviesen en la infancia. Su madre, si, lo amaba y comprendía a su manera. Reservada, no buscaba el diálogo. Carecía de la curiosidad femenina siempre dispuesta a sorprender secretos ajenos. Llevar la casa, adaptarse al carácter difícil e irritable del marido, educar a cinco hijos de temperamentos tan distintos ya era tarea pesada; y cuando Órficus estaba a punto de iniciar confidencias, la veía tan cansada que una ola de ternura lo inducía a buscar temas sencillos para distraerla.

La ciudad, la familia: parecen tan simples y resultan, en verdad, tan complicadas.

Caminaba con sosiego, distraído, pensando en las fórmulas que debía repetir en el último examen. La Facultad de Ingeniería lo esperaba a pocas cuerdas. No era fácil moverse entre la

apretada muchedumbre, unas veces empujado, otras tropezando, "disculpe" o "permiso", pero él no era de los impacientes y cuando los grupos se apiñaban aguardaba que se disolvieran para seguir adelante. El vocerío callejero le producía desazón. Las bocinas de los taxis y los buses que se irritan con mayor frecuencia que las gentes, lo molestaban con mayor fuerza. ¿Qué puede hacer un pobre viandante frente a la colmena de vehículos y enredado en la madeja de la multitud? Aguantar es la primera ley del habitante de la urbe.

Por la avenida en cuatro filas desfilaban a regular velocidad los vehículos. De pronto un auto grande y pesado, saliendo de la calzada subió a la acera amenazando barrer con la gente. Orficus oyó los gritos despavoridos de las mujeres y saliendo de su ensimismamiento, en un segundo captó el peligro: frente a una vitrina, de espaldas al peligro, una señora con tres niños iba a ser aplastada. Se concentró, rapidísimo, sintió el rayo que lo atravesaba y con las dos manos que desprendían una fuerza monstruosa detuvo al auto a pocos centímetros de las presuntas víctimas.

Salió un clamor de la multitud. Gritos histéricos. La muchacha que conducía no llevaba brevet. La señora se desmayaba. Los tres niños lloraban. El agente de tráfico no podía imponer orden en el incidente. "Es un hércules" — dijo alguien. Todos querían estrechar la mano del salvador. Dos periodistas buscaban fotógrafos. Unos vociferaron pidiendo sanción para los que dejan manejar a menores de edad. Otros arrojaban toda la culpa a la Municipalidad, al Tránsito; no faltó quien culpara al Gobierno. Aumentaban los gritos y los ademanes amenazadores: el incidente amenazaba terminar en gresca general.

Órficus se escabulló doblemente gozoso, por haber salvado a la mujer y sus niños y por recuperar sus facultades sobrenaturales.

Una hora después salía de la Facultad: vencido el último examen podía considerarse ingeniero. La entrega del título, una semana después, en ceremonia académica, sería simple formulismo.

Al día siguiente fué a pasear a los cerros, a despedirse del paisaje admirable y tempestuoso que encantó su infancia. Estaba contratado para trabajar en una mina y le quedaban pocas semanas de descanso. Ahí estaba, él, "su paisaje", grandioso, temible, fascinador a un tiempo. El vasto anfiteatro de montañas, al fondo el Gran Nevado, irrumpiendo por todos los ángulos las cresterías y los pináculos térreos que el vacío acrecentaba con fauces múltiples. "La tempestad petrificada" lo llamó un poeta y era en verdad un taller de prodigiosa actividad detenido en el crucial instante. Un suscitador de ideas y de imágenes sin igual. Porque "su paisaje" hablaba, imponía, deslumbraba: era una gruta mágica de sugerencias revelaciones, ofreciendo siempre nuevas relaciones de fuerza y de sentido, una geometría estática y movable a la vez, de infinitas combinaciones, que jamás cansaba al ojo ni a la mente.

Sintió el deseo de levitar y suavemente se elevó algunos metros del filo del monte. Suspendido en el aire no lo amenazaba el vértigo. Quiso avanzar sobre el vacío y a poco fué desplazado hacia la derecha. No podía creerlo y era verdad: inmóvil sobre el vacío, sostenido por un poder misterioso, se sustentaba en el aire como si éste fuera tierra firme. Y el paisaje surcado de ondas escondidas parecía convergir a él. ¿Soñaba, estaba despierto? Se frotó los ojos, hizo un poderoso esfuerzo de voluntad, se concentró mentalmente para esclarecer lo que ocurría. Su pensamiento discurría con fluidez: no, no había turbaciones ni confusión. Estaba, simplemente, suspendido en el aire, cosa maravillosa, cosa increíble, tan cierta como el sol que brillaba en la clara mañana invernal. Sintió miedo ¿quien era él, o qué extraña fuerza o espíritu lo habitaba? Luego alegría: recuperada la facultad de transportarse al plano de los imposibles, aun conocería experiencias prodigiosas. ¿No era el rey de un reino invisible y sin embargo real, así, suspendido sobre el gran espacio cóncavo donde las formas adquirirían nuevos perfiles, donde todo lucía nuevo y distinto? Dió algunos pasos y el aire como un pavimento móvil lo transportó algo más allá. Quiso subir y subió... montañas y accidentes del paisaje se miraban cada vez más pequeños, diminutos. Nuevamente lo visitó el pánico ¿qué hacía, él, a esa altura espantable, desde la cual su paisaje favorito se alejaba cada vez más, cada vez más? Temeroso quiso volver, bajar sin velocidad vertiginosa y su deseo se cumplió: descendió sin precipitación, las cosas fueron recobrando sus anteriores proporciones y otra vez estuvo inmovilizado en el vacío, a pocos pasos del cerro. Absorbió la rara sensación de sentirse un hombre-ave, que no volaba en realidad, pero que se movía en los aires a su sola voluntad. Y lentamente, mientras el paisaje fantástico



atisbado desde el vacío se iba disolviendo para dar paso al otro, al paisaje habitual que se mira desde el suelo, fuése aproximando al monte. Una doble corriente de júbilo y de tristeza lo sacudió: es mejor pisar la tierra materna, aunque resulten tan seductor el reino de los aires.

Mientras bajaba del cerro pensó que la concentración en el estudio y en los exámenes tuvo alejada su mente de la Señora. ¿Qué sería de Ella, volvería a verla?

En casa las altanerías de Felipe y las impertinencias de Deodoro, sumadas al genio irritable de su padre lo indujeron a retornar a "La Alborada", donde transcurriría la última vacación antes de ingresar a la vida profesional.

Fué acogido con demostraciones de afecto, como siempre. Pasó una semana sin ver a la Señora. ¿Dónde estaría? No se atrevió a preguntar por ella.

Una tarde que Órficus jugaba con Diana y Orlando sometiéndose a sus caprichos infantiles, la Señora reapareció inesperadamente. ¿Más joven, más seductora? De sólo verla sintió el joven que jamás renunciaría a ella. Su presencia alegraba la finca, influía benéficamente en todos. A su lado se transformaba en otro ser, sentíase fuerte, sereno, confiado. Un secreto regocijo inundaba su alma: si pudiera ser la compañera de su vida Mas pertenecía a otro, le llevaba varios años, nada podía ofrecerle un ingeniero novel. Luego tan fina, sagaz, inteligente ¿cómo podría atraerla con su temperamento retraído y calmo? Era ciertamente un imposible... La miraba en silencio, ajeno a la conversación, gozoso de seguir su menor ademán, recogiendo la música de su voz, dichoso de mirarse en los ojos oscuros que furtivamente se detenían en los suyos. La Señora... ¿que podía atraerla en "La Alborada", por qué todos se entendían con ella? Órficus: ¿por qué alzar los ojos a una diosa si habría sido menos doloroso fijarlos en una simple mujer; en ésta victoria o renunciamiento habrían sido menos duros.

Sumido en sus reflexiones, sólo atinó a recoger la voz amada cuando se oyó nombrado dos veces:

— Órficus: debemos felicitar al flamante ingeniero.

Todos aplaudieron. Tío Norberto, afectuoso, pidió champán y al brindar expresaba:

— Hijo: tu vida será dura en la mina. Cuando puedas escapar ya sabes que aquí siempre te aguardaremos con cariño. ¡Muchos éxitos!

El joven captó un rayo de ansiedad en la Señora cuando oyó mencionar la mina.

Tía Carolina y la señora Julia demostraron su horror. Elizabeth y el Preceptor cambiaron una mirada que decía: "contigo aunque fuese en la mina."

Tío Norberto se explayó sobre las ventajas de que todo comienzo fuera duro, porque así se temple el carácter. "Lo cómodo y lo fácil sobrevienen en el mediodía, cuando ya se ha luchado mucho. Y es mejor que sea así."

Un aura de admiración rodeaba al ingeniero.

Caía el crepúsculo y sus tintes purpúreos encendían la tarde. La Señora se despidió de la familia y el joven la acompañó hasta su casa. El astro lunar surgió detrás de la ceja del monte como un disco de oro. Una brisa tibia mecía los altos álamos. La hora indecisa entre la tarde muriente y la noche cercana traía fragancia de jazmines próximos. Órficus pensó despedirse en la forma habitual, pero sin saber por qué las palabras brotaron de sus labios:

— Quisiera despedirme de usted... Mañana regresaré a la ciudad.

Ella expresó su sorpresa: Tía Carolina le tenía dicho que permanecería algunas semanas en la finca antes de partir para la mina. En voz confidencial insinuó:

— ¿Huyendo de algo, aburrimiento?

El joven se turbó:

— ¡No, nada de eso! Era, era... otra cosa. Tal vez lo mejor que podía hacer.

La dama se sentó en el poyo de la entrada y lo invitó a colocarse junto a ella.

— Si quiere irse — dijo con tristeza — todos lo sentiremos.

Órficus se situó a su lado y se embriagó con la cercanía de la Señora. Su belleza resplandecía dulce y cálida. De pronto la voz musical sonaba suave:

— Si ha de ser la despedida, conversemos.

El joven no podía hablar por la emoción profunda que lo embargaba. Contemplaba fijamente a la dama y en sus ojos se leían ansiedad, desesperación, una pena impotente de expresarse.

Ella insistió:

— En el fondo somos dos desconocidos. Nada sabe uno del otro...

Dominando su confusión, Órficus respondía:

— Usted puede saberlo todo de mí; yo no espero el honor de sus confidencias.

La Señora sonrió melancólica:

— No tengo mucho que confiar y si lo hiciera no tendría mejor confidente.

Quedaron en silencio largo rato. Luego inquisitivo el joven preguntaba:

— ¿Por qué nunca viene su marido?

La Señora contestó:

— Prometa que jamás dirá a nadie lo que le diré: no hay marido.

— ¿Cómo — dijo Órficus sorprendido — divorciada, separada?

Ella volvió a sonreír maliciosa:

— Nunca lo hubo. Ningún hombre cruzó por mi vida.

— ¿Y sus viajes, ese fingir que es casada, para qué?

— Por algo que no deseo o no puedo revelar. Una mujer sola se ve asediada; creyéndola casada todos la respetan. Así vivo más tranquila.

Sintió el joven que lo traspasaba la hermosa esperanza.

— ¡Entonces usted es libre, no pertenece a nadie!

— ¿Quién es verdaderamente libre?

Vibrando de ternura el ingeniero no se atrevía a confesar su amor. Ensayaba tímidas caricias en la mano de la Señora. Nuevamente un nudo le cerraba la garganta.

La dama se tornó jovial:

— Hay que prepararse para la vida ruda en la mina. Usted posee una fuerza oculta que lo llevará lejos.

¿Cómo lo adivinaba? ¿Pero qué valían todas las fuerzas conocidas o ignoradas si no podría retenerla junto a sí?

— Señora —dijo el joven— desde que la conocí todo cambió en mi vida. Quisiera, quisiera...

La dama le cerró la boca con la diestra:

— Calle, mejor no decirlo.

La palma suavísima y fragante lo estremeció. La besó levemente y cuando se hubo retirado añadió:

— Usted lo sabe todo, lo comprende, lo adivina. ¿Acaso es necesario que yo se lo diga?

— Lo sé, mas no debo aceptarlo.

El joven la contempló amargado:

— Claro: yo soy para usted sólo un pobre muchacho. ¿Qué podría esperar si otros, seguramente mejores que yo, no turbaron su orgullo ni ganaron su confianza?

— Si sólo se tratara de orgullo y de confianza...

Órficus la miró consternado:

— Tiene miedo de amar.

— Sí, tengo miedo.

— ¿Por qué?

— Porque el amor lo imagino más allá del deseo momentáneo. Una vida entra en otra vida, y para siempre; ¿no es milagro?

— Pienso exactamente igual.

Otra pausa de silencio. La luna, alta, seguía esparciendo su influjo de misterio y poesía.

La voz de Órficus resonó firme, vibrante:

— La amo para toda la vida.

La Señora lo miraba apenada:

— No puede ser... Nos separan tantas cosas

— Yo, por usted las vencería a todas.

—Yo también, yo también...

El joven miró los ojos oscuros: brillaban misteriosamente irradiando ternura y recelo, tristeza y bondad.

La Señora se levantó como si fuera a despedirse. Órficus la imitó. La emoción impedía las palabras. Sus manos se entrelazaron y lentamente se encaminaron hacia una alameda de álamos. Cuando la mano varonil presionaba, la otra respondía dócilmente. Se miraban, azorados, trémulos de una dicha secreta que les impedía razonar ¿Y para qué razonar? La luna hablaba por ellos, filtraba una luz mágica por la arboleda, niquelaba el paisaje, esparcía una onda sutil, casi imperceptible, a la manera de un mensaje largamente esperado. Decía y prometía tanto... Un

tiempo sin medida los envolvió en su hechizo. "Vuelvo a ser jovencita, cuando tenía pura el alma y confiado el ánimo. Si fuese verdad." Y él, vibrante de impaciencias: "nada le pido, nada obtendré; sólo haré entrega de mi ser; si me acompañase siempre me elevaría sobre todos." La noche calma y enigmática ardía en revelaciones, brotaba todo limpio y nuevo de su seno, o ellos proyectaban su entusiasmo al mundo y el mundo, renacido al influjo de su amor, se revestía de una presencia sagrada que a su vez les devolvía su júbilo secreto. Ignoraban qué les depararía el destino, si podrían vencer de la distancia y los obstáculos que los separaban, pero intuitivamente sabían que nadie les arrebataría este encuentro maravilloso en la noche lunada que los álamos musicaban con ritmo lento, mientras del cielo profundo bajaban guiños de oro de las estrellas. Pensaron, ambos, lo mismo: "que dure, que dure, que no termine nunca..."

El curso del astro que se inclinaba al horizonte los sacó del ensueño.

Siguieron, silenciosos, hasta el umbral de la casa. Se acentuó la tristeza en la cara de la Señora y Órficus le oyó decir:

— Esto no debe repetirse, no puede ser...

Los ojos, velados de lágrimas, negaban lo que afirmaban los labios. El joven vaciló un instante; luego un impulso de audacia lo dominó; las palabras brotaron del fondo de su ser plenas de resolución:

— Ya nada podrá separarnos. Haremos juntos el camino de la vida. No importa lo que se haya de esperar.

Ella lo contempló conmovida. Y por primera vez la amazona se rendía a la voluntad del muchacho:

— Esperaré —repuso en voz baja.

Pasó una semana sin que la Señora se dejase ver. ¿Quería poner a prueba mi amor, recapacitaba, estaría muy ocupada? No lo sé. Yo transcurría en ese dichoso estado que sucede a una confesión de cariño no rechazada. Amaba, era amado. Si a veces me asaltaba la duda de haber inspirado sólo afecto, ternura compasiva, un sentimiento casi maternal, pronto se ahuyentaba la desconfianza. El tono de su voz, las lágrimas veladas, los dedos trenzados, esa larga caminata en silencio bajo los álamos fueron más, mucho más que un sentir fraterno. Ella me amaba, uniría su vida a la mía. ¿Qué significaban cinco años más? Sólo de pensar en la Señora mi hombría maduraba: sería digno de a su amor, me elevaría a su temperamento equilibrado disiparía para siempre su melancolía.

Escondí celosamente mi secreto, nada dejé traslucir que revelara v mi alegría. Pero una tarde al valer la Señora a "La Alborada" y aunque me esforcé por no acercarme a ella, tal vez porque captó un cambio furtivo de miradas o por simple intuición femenina, tía Carolina sorprendió mi secreto.

Me retiraba a dormir cuando las palabras de tía Carolina me fustigaron con duda y temor:

— Órficus: ella es muy buena, muy comprensiva, pero tu sueñas demasiado. Eso es imposible... Pon los pies en el suelo.

Marcela llegó por pocos días a la estancia y fué acogida con alborozo por los chicos que la adoraban. Todos se esmeraban en atenderla. Se sumó el ingeniero al tropel, hizo pasear a la hermana, compartió los juegos de los niños. A la hora crepuscular los dejaba para regresar al peñón favorito solo: tenía a pensamiento lleno de la Señora, no podía pensar en otra cosa.

Tuvo la intención de confiarse a la hermana: era tan suave, tan bondadosa, pero tuvo miedo de no ser entendido y guardó su secreto.

Antes de volver a la ciudad, Marcela le confió que sus padres lamentaban su decisión de irse a las minas; "Padre dice que en la ciudad podrías hallar algo mejor y subirías más rápido." ¿Subir rápido, para qué? — pensó el joven —.Hacerse rico, poderoso, no era su meta. De pronto

lo asaltó una duda: ¿Y si la Señora quisiera poder, dinero? No, no... sería porque entonces dejaría de ser la Señora, el ideal hecho mujer.

Partió Marcela y Órficus intentó refugiarse en sus experimentos anteriores: levitación, invisibilidad, trances sobrenaturales. La Señora no apareció varios días y él pudo concentrarse en lo suyo, lo rigurosamente escondido que nadie, ni Ella conocía. Se reconcentró intensamente, pero el rayo estremecedor no lo visitaba. No pudo levitar ni hacerse invisible. Lo asaltó una idea extraña: si se despojara de todo pensamiento de dicha o sensual ¿podría volver al perdido estado extraordinario? "Bien, esto es absurdo — pensó— la Señora no es para mí. Me iré sin despedirme, no la volverá a ver, sería inútil. No quiero su compasión, sino su amor. Renunciaré a lo que no puede ser..." No había terminado de fijar su pensamiento, cuando el venablo eléctrico lo traspasaba y sus pies se desprendieron del suelo: levitó suavemente, recorrió una corta distancia en el aire y se detuvo en una loma próxima.

Respiró con fuerza: entonces debía ser puro, renunciar a los goces del mundo, evitar la carne y el amor, el poder y el dinero para sumergirse en la naturaleza invisible y ella le entregaría sus secretos, sus poderes que no son para dominar el mundo ni sus seres, sino una marcha hacia adentro, el espíritu que sin vanagloria se realiza silenciosamente, en entrega desinteresada.

Se acercaba a los pájaros y cuando sentían peligrosa su proximidad, éstos alzaban vuelo en enjambre encantador. Se concentró para hacerse invisible, lo atravesó el rayo estremecedor y pudo acercarse a los pájaros sin que éstos se espantaran: podía, otra vez, ejercer sus poderes incomprensibles por el solo hecho de haberse propuesto renunciar al mundo y sus placeres.

El soliloquio mental le infundió calma y bienestar. Era nuevamente Órficus, el de antaño, no turbado por ambición ni deseos furiosos. El solitario y callado, despojado de esa fuerza loca que parece guiar a todos para dominar el mundo.

Pero la Señora era tan bella, mirarse en sus ojos como asomar a la mente de toda dicha, oír su voz un don inapreciable...

Transcurrieron los días en dos fases contrapuestas: cuando pensaba intensamente en la Señora, los poderes extraordinarios lo abandonaban; al alejarse de su recuerdo, ellos volvían. Órficus presentía que un oscuro designio bifurcaba su camino: la felicidad con la Señora, o un destino misterioso con los poderes extraordinarios. Metas contrapuestas, que parecían repelerse. El amor a lo desconocido y la íntima alegría se alejaban entre sí. El amor de la Señora, su presencia, su compañía, —¿no sería como traer el paraíso a la tierra? La soledad, la privación de las tentaciones mundanas — ¿no equivalía a una apertura a la suprema aventura espiritual? Y qué era él, finalmente: ¿un hombre ansioso de dicha mortal, un iluminado en marcha hacia verdades más altas?

Un estremecimiento turbó sus meditaciones. Sintió el frío invasor de la más grave responsabilidad: el destino estaba en sus manos; la dicha remansada o el descubrimiento del enigma que asedia el alma.

El día que la Señora volvió a visitarlos, llegaron de la ciudad dos amigos de tío Vicente: el banquero Limases y el arquitecto Menéndez. Ambos frisaban entre los 35 y 40 años. Gentes maduras. Uno soltero, el otro divorciado. Moreno el uno, expansivo, muy elocuente. El otro rubio, de ojos azules, mas bien callado. Ambos simpáticos, de palabra fácil, cultos.

"Cualquiera de ellos le convendría a la Señora" — pensaba tía Carolina.

Y era evidente que apenas la vieron los dos quedaron fascinados por el encanto de la Señora.

Órficus, receloso, asistía al coloquio de la familia con los visitantes, advirtiendo que Ella era el centro de la conversación. Como antes, con su hermano Felipe, los celos volvieron a morderle el ánimo. Ella coqueteaba con los visitantes, finamente, con gracia contenida. Nada provocativo, nada con descaro, sólo un deseo natural de agradar, de hacer fácil la conversación. Desechó el pensamiento de que pretendiese darle celos: era muy noble para entregarse a esos sutiles artilugios femeninos.

Al oír mencionar su finca, el banquero Limoses que no desprendía sus ojos de la Señora dijo con entusiasmo:

— Me encantaría conocerla!

La Señora le contestó amablemente:

— Cuando la señora Julia y la familia quieran honrarme otra vez con su visita, me será grato recibirlo a usted también.

Limoses quedó cortado por la lección: estaba claro, una dama, casada, ausente el marido, no puede recibir a un hombre si no es en compañía de otros amigos.

Como Elizabeth elogiara la belleza de su construcción, Menéndez alegó a su vez, mientras los ojos azules cobraban un destello de júbilo:

— Si usted lo permite, me gustaría conocer su casa.

Luego se ruborizó y sin poder disimular su confusión, agregaba:

— Curiosidad puramente profesional.

La Señora dejó escuchar su risa encantadora:

— Por supuesto. Serán todos satisfechos. Los espero mañana a la hora del té.

Los ojos oscuros miraron al sesgo. Sólo Órficus recogió su mirar tierno y fugitivo.

La visita a la casa de la Señora fué un suplicio para el ingeniero. Como era lógico, Ella tenía que enseñarla a los nuevos amigos, ya que los demás conocían sus primores. Tío hacia bromas Norberto y tía Carolina se esmeraba en atender a los huéspedes, pero ambos buscaban la figura y la atención de la Señora.

Órficus como de costumbre callado asistía a la conversación evitando tomar parte en ella. Una ligera discusión entre Limoses y el Preceptor, de un lado, y tío Norberto y Menéndez del otro, sobre si las reservas de hidrocarburos daban para muchos años o estaban a punto de agotarse, fué diestramente soslayada por la Señora: "podrían decir los señores si necesitamos el puerto sobre el Pacífico?". Las opiniones coincidieron y la armonía se restableció.

Al atardecer el sol y el cielo azul se filtraban por los amplios ventanales poniendo áureos fulgores en muebles y objetos. Se hizo una pausa de silencio. La naturaleza, de afuera, pugnando por entrar y el ambiente interior armoniosamente organizado, conjugaban perfecciones. Los muebles cómodos y bien dispuestos, un armario coreano de madera negra con aplicaciones de cobre, mesitas de época sabiamente, distribuidas con bellos objetos de plata tres estanterías con libros ricamente empastados, en un ángulo el piano de cola, algunas porcelanas, pocos cuadros de factura clásica — sólo uno impresionista—, lámparas de cristal, miniaturas en las paredes, encantadoras mesitas chatas, candelabros antiguos y vasos con flores frescas, todo tan bellamente arreglado y combinado, que parecía obra de magia. Sobre la gran alfombra azul que cubría el vasto recinto, tapices orientales rivalizaban en trama y colorido. "Tener una casa así... " —suspiraba Elizabeth.

La casa era muy bella, acogedora, pero cuando la Señora se movía por ella su figura retenía todas las miradas. Erguida, alta la cabeza, caminaba con tal gracia y distinción, sin apresurarse, y sus movimientos parecían obedecer a un ritmo musical no estudiado sino espontáneo. "¿Por qué diablos una mujer admirable como ésta tiene que encerrarse en una finca?" — pensaba el banquero Limoses. Tampoco el otro visitante podía ocultar su interés por la dama que repartía atenciones y palabras gratas sin olvidar a la viejecita señora Julia. Era tan natural en todo cuanto hacía que no despertaba celos de las mujeres y solo asombro en los varones. Hasta tío Norberto le echaba miradas furtivas. "Estoy loco — pensó Órficus — tengo celos de todos. ¿Por qué la miran tanto? "Quería que el rostro maravilloso sonriera y hablara solo

para él; que el cuerpo de formas esbeltas y armoniosas se moviera para que únicamente él recogiera su desplazamiento musical.

Al despedirse el arquitecto Menéndez formuló una invitación para visitar su propiedad al borde del Titikaka. Vendría con tres movi­lidades a recogerlos el domingo temprano; la excursión duraría tres días y habría hospedaje para todos.

Las cabezas comenzaron a inclinarse en señal de asentimiento. Órficus miró angustiado a la Señora. Ella comprendió.

— Me privaré del placer de acompañarlos —dijo— mañana me ausentaré por una temporada.

Los ojos del muchacho brillaron de alegría y el desaliento cundió en los demás. La excursión al lago sin la Señora perdería su mejor atractivo.

El domingo la familia partió de excursión. Órficus prefirió "La Alborada" al lago y quedó solo. El lunes transcurrió sin novedad. A la mañana siguiente el joven madrugó dirigiéndose al peñón favorito desde donde sorprendía los deslumbramientos del paisaje. Disipados el malhumor y los celos, meditaba sobre los frágiles lazos que parecían acercarlo y alternativamente alejarlo de la Señora. "Esperaré..." —había expresado, ¿pero cómo podía esperar a un principiante la dama perfecta que andaría por los 28: Sentimientos encontrados de admiración y de fastidio lo recorrían: ¿por qué tan seductora de cuerpo, de cara, de conducta? Si fuese menos atractiva la mirarían menos y él podría aspirar a tenerla solo para sí. La beldad irreprochable no daba resquicio a la crítica. Dominaba su cuerpo y su alma, lo que suponía someterse a disciplinas rígidas, y luego la creación de un carácter no dócil que conocía sus caminos y sería no apartado de ellos. Un rayo de esperanza lo conmovió: entonces, si tenía dicho "esperaré", sabría esperar. Era él, Órficus, el que fallaba, acosado por celos, dudas y temores. La Única —la llamaría así porque no se parecía a ninguna— podía escoger entre los mejores, los tenía cautivos de su encanto, y sin embargo aceptaba el amor de un principiante que por ahora nada podía ofrecerle. ¿Vivir en la casa de la dama, a sus expensas? ¡Jamás! Quien ama debe ser digno de la amada, ganarle con su esfuerzo residencia, otorgarle todas las comodidades que ella merece. Pero esto se consigue en años y él apenas tenía en perspectiva un modesto trabajo en las minas, donde dada la crudeza del clima ni siquiera podía llevar a la elegida. Y estaban, además, los constantes asedios de otros que lo superaban en posición, sus viajes, el tiempo en contra, el misterio de su vida, extraños círculos de fuerzas ocultas que se oponían a su sueño, al sueño de convertirla en esposa y compañera para toda la existencia...

El joven se levantó pronunciando en voz alta como si se amonestara a sí mismo:

— Todo se opone a este amor imposible, pero —jamás renunciaré a ella! Aunque a veces me siento poco más que un niño frente a la Señora.

Detrás suyo una voz tierna dijo suavemente:

— Ese niño es el que yo amo.

Órficus se volvió sorprendido. La Señora le sonreía entre maliciosa y melancólica:

— ¿Porqué dudas? Sólo la fe nos permite alcanzar nuestros sueños. No pudo contestar el joven. Los ojos oscuros decían tanto y tan hondo Miróse en ellos: dos gotas de oro anunciaban una larga vida dichosa. Y como siempre, la presencia de la Única infundía una doble sensación de confianza y de alegría. Se tomaron de las manos, se aproximaron, una emoción profunda los invadía más allá de las palabras. Finalmente el ingeniero dijo:

— ¡Qué buena eres! Adivinaste que yo también me quedaría y por eso suspendiste tu viaje.

La Señora contestó suavemente:

— No había viaje; ví tu pena y comprendí que no deseabas el paseo al lago.

¿Cómo lo presientes?

— Te conozco, te comprendo; eso es todo.

— Cómo quisiera yo entenderte a tí —Eso es más difícil, he vivido más y existen circunstancias que aun no puedo explicar.

— ¿Dejarías todo, el pasado, los enigmas que te ciñen, tu casa y tus riquezas para compartir conmigo una vida sencilla? .

— Debo cumplir un deber... después lo dejaría todo.

Órficus tomó a la Señora de la cintura, la aproximó a sí, y la besó en la boca con infinita ternura, sin arrebatos de pasión, con un beso casto, encantado, como los caballeros y trovadores medievales soñaban juntarse a la elegida.

— Jamás volveré a dudar — dijo el joven. Somos novios y no cejaré hasta convertirte en mi esposa.

La Señora lo miró con ternura y una sombra melancólica velaba sus ojos. Órficus la advirtió preguntando ansioso:

— ¿Dudas que alcancemos a realizarlo?

— No desconfío de nosotros, pero hay tantas cosas que se interponen en nuestro camino.

— Las venceremos.

— Me infundes tu fe, pero... ¿Has pensado en lo que será quince años después? Tu estarás en la flor de la edad, yo seré viejita.

— Tu no envejecerás jamás; hoy mismo aparentas ser menor que yo.

— Creo en tí, mas existen otras fuerzas que no dependen de nosotros; el destino, la naturaleza, quienes nos rodean, a veces el pasado que pesa como un lastre adverso, el futuro oscuro...

— Filósofa pesimista —se burló el joven. La vida la haremos nosotros, nadie podrá impedirlo.

La Señora se puso grave.

— Tengo que hacer un largo viaje — dijo con tristeza.

— ¿ Cuánto durará?

—Tres o cuatro meses.

— Está bien. Nos escribiremos.

— Te ruego no hacerla. Después te explicaré todo.

El joven la contempló extasiado.

— Confío plenamente en lo que hagas. No importa, esa pausa de algunos meses fortalecerá nuestro amor.

Entrelazaron sus dedos y bajaron del peñón. Borearon el lago, se perdieron por una alameda de cipreses y mientras caminaban se enredaron en ese diálogo interminable de los



enamorados, que no tiene comparación con ningún otro diálogo porque es un puro fluir de mínimos sucesos y palabras encantadoras.

Llegaron al recodo desde el cual partían senderos diferentes para sus casas. Debían despedirse. Entonces Órficus, vehemente, dijo:

— ¡Quédate así, inmóvil, sólo unos instantes, como si estuvieras posando para una fotografía! Quiero grabar tu imagen en mi mente para siempre.

Ella obedeció sonriendo.

La perfectísima. Cuanto más la miraba más hondo se sumergía en la seducción de la muy amada. Pleno y esbelto, tentador, elegante, su cuerpo no tenía par. Recordaba la gracia de sus movimientos, el ritmo majestuoso de su andar y ahora, contemplándolo inmóvil, erguido, en extático suspenso, sugería en sus líneas armoniosas la presencia de una diosa mitológica. El rostro que jamás olvidaría, bellissimo, respirando nobleza y bondad. La sonrisa dulce y tierna. Y los grandes ojos oscuros de vicuña, cuyo mirar traspasaba de alegría como si el misterio de la vida se hubiese refugiado bajo el arco encantado de las cejas. Conocía la fortaleza de su carácter, la dignidad de su conducta; como las mujeres fuertes de La Biblia no requería protección, pero de pronto el mirar cándido sugería la inocencia de una niña. La deidad era, a un tiempo, mujer y criatura. El joven, al admirarla, presentía el caudal de amor y de ternura escondido en la Señora. Y en un relámpago comprendió que no podría vivir sin su presencia.

— ¿Es bastante? —preguntó ella — y se conmovió viendo asomar lágrimas en la faz del joven.

Profundamente emocionado Órficus no podía hablar. Después de un breve silencio replicó:

— Ahora sé que no podría vivir sin ti. Si no volvieses mi vida no tendría sentido...

La Señora se alarmó. Con voz persuasiva dijo:

— No es bueno entregarse en exceso. Modérate.

Pero los ojos oscuros decían otra cosa, porque ella también sentía subir por sus venas el soplo ardiente de la pasión.

Un beso cálido, vibrante selló la despedida.

## VII

Pasaron tres meses. Nada se sabía de La Señora. Órficus en la mina, próxima a la ciudad, alternaba sus días en el trabajo rutinario y en las pausas dominicales con su familia. Bettina novió. Felipe seguía su carrera victoriosa de mundano y conquistador de mujeres. Deodoro quería ser pintor. La dulce Marcela lo miraba furtivamente y aunque no decía nada, el ingeniero adivinaba que la hermanita conocía su secreto. Estaba profundamente enamorado.

Durísima la prueba. ¿Por qué aceptaría la separación? El insensible, el frío calculador, habíase tornado en caviloso, en impaciente. ¿Qué enigmas escondía la vida de la Señora, por qué su larga ausencia? No dudaba de su palabra. Ignoraba el amor antes de conocerlo, era virgen de cuerpo y de alma. Le estaba reservada, como él a ella. Nada podría separarlos... ¿Pero sería digno de la mujer ideal que turbaba, sus sueños?

Mejor no pensar en ella. Esperar serenamente lo que el destino resolviera. En los cuatro meses que aun faltaban, se concentraría en el trabajo, en el estudio y la lectura, alternaría con la familia, buscaría amigos. Y bruscamente le despertó el deseo de volver a las experiencias sobrenaturales.

Las primeras tentativas fracasaron lamentablemente: ni el menor indicio de poder volver a ellos. En la aridez del paisaje minero no había donde pasear. Las gentes se dispersaban por

todas partes. Tenía que cuidarse para no ser observado. Después de nuevas tentativas se convenció de la inutilidad de tomar precauciones: nada sucedería porque Órficus enamorado había perdido los antiguos dones. Se conformó; ¿de qué le servirían esas facultades extraordinarias si amaba y era amado? ¡Bah, olvidarlo!

El trabajo en la mina lo entretuvo muchas horas. Había problemas por resolver y aunque él era sólo un técnico-principiante, a órdenes de cuatro profesionales de mayor experiencia, le gustaban sus labores. A veces solía sorprenderlos con toques de intuición, pero en realidad ellos sabían más, cosa natural.

Sólo trabó amistad con el ingeniero, —Jefe de Linares hombre maduro, sereno, de poco hablar que sólo se expandía en el descanso fumando su pipa y tomando mates de coca. Gustaba de libros y de música. Evocaba a la esposa y a los tres hijos y bajo la seca apariencia del profesional escondía un alma delicada.

— Es usted un raro muchacho. Lleva tanto dentro que lo ignora todavía —lanzó cierta vez cauteloso.

Órficus lo miró desconcertado. ¿Cómo lo había "cateado"?

— Sólo soy uno que aprende la profesión... bueno... y a veces sueño despierto —replicó.

— A veces le brillan los ojos — añadió Linares— como si recordase un gran secreto o un gran tesoro. Guárdelo, no soy curioso y no quiero conocerlo.

Trepando una cresta empinada en el cerro, se lastimó el tobillo. Anduvo cojeando por el dolor. "Cosa de nadar" — explicó el médico del campamento —; en ocho días pasará, es un ligero desgarrón.

Sorbiendo lentamente el mate de coca y guardando los largos silencios que placían a Linares, pensaba: "si Ella estuviera aquí me cuidaría, oyéndola me olvidaría del dolor."

La Compañía trataba bien a sus trabajadores y en especial a los técnicos. La pieza asignada, de regulares dimensiones, tenía su estufa dos ventanas, muebles sencillos y cómodos, un sillón acogedor para leer, un pequeño estante para libros y un toca discos. No le faltaban su música clásica ni sus autores favoritos: Melville, Ibsen, Homero, Goethe, Balzac.

Le gustaba la vida dura y sobria de la mina. Endureciendo el cuerpo sentía que su alma acrecía en soledad. Aunque algunos técnicos vivían con sus familias, no se daban ocasiones de sociabilidad; cada cual andaba con sus problemas. Mejor.

Órficus transcurría absorbido por el trabajo, en sus instantes de música y lectura, y en el recuerdo de La Señora, cada día, cada hora más intenso y placentero.

Una carta vino a quebrar la rutina de sus pensamientos.

Decía, simplemente: "Haz una experiencia que ambos necesitamos. Durante 45 días, esfuérzate por alejarme de tu mente y de tu corazón, como si no me hubieras conocido. Yo haré lo mismo. Si vencemos de esta nueva prueba, quiere decir que estamos destinados." Nada de frases cariñosas para despedirse. Sólo dos palabras en italiano: "Ti penso".

¿Qué extraño consejo y por qué? Resolvió acatarlo. Se despertaba ahuyentando su imagen, se dormía evitando su nombre. Con firme voluntad impedía que crecieran los recuerdos. Debía olvidar, debía olvidar...

Pronto le asaltaron las dudas. ¿Por qué tan dura prueba: deseaba alejarlo, quería romper, era sincera en esa tentativa de pausa recíproca? Y el número 45 ¿tenía importancia cabalística? La primera semana transcurrió muy irregular, alternando los períodos de pensamiento con los de vacío voluntario. Finalmente venció su desconfianza y resolvió acatar el pedido de la Señora: cumpliría estrictamente lo sugerido: 45 días de abstinencia rigurosa durante los cuales alejaría su imagen y su recuerdo, procurando alejarla de su mente y de su corazón.

Fué duro, muy difícil. Vencidas dos semanas, con gran esfuerzo de voluntad, consiguió evitar la presencia ideal de la amada y entonces comenzaron, sin buscarlo, esos viejos fenómenos que creía perdidos.

Al anochecer, regresando de un paseo por los cerros se abría una ancha y profunda quebrada a su paso. Debía bajar un largo sendero serpeante y subir otro más empinado para volver al camino próximo a la mina: casi tres cuartos de hora de marcha. Movi6 la cabeza resignado: si pudiera cruzar la quebrada por el aire serían pocos minutos. No había terminado de cuajar la idea en su cerebro cuando sintió el relámpago habitual breve y fulminante, se desprendió a corta altura del suelo cruzó la quebrada deslizándose por el aire y como si una mano invisible y gigantesca lo condujera fué depositado suavemente al otro extremo. ¿Minutos, segundos?

Lo invadió la alegría: era otra vez poseedor de los antiguos dones. Decidió ponerlos a prueba. Al día siguiente, mientras visitaban una galería en la mina, a gran profundidad, se hizo invisible. Era un carrito para ocho personas. Él iba junto a un minero en los dos últimos puestos y como el túnel era muy extenso, débilmente alumbrado, apenas si se veían los cuerpos pero al llegar a un cruce mejor iluminado el minero dió la voz de alarma:

— ¡No está el ingeniero!

Otro repuso consternado:

— Se habrá dormido y no lo sentimos caer.

Órficus, aun siendo nuevo, era querido por los trabajadores por la sencillez de su trato. Todos se bajaron del carrito y deliberaron lo que había que hacer. "Tenemos que retroceder todo el trayecto vencido. "No, mejor buscar en los recodos. "Haremos dos grupos, uno por el trayecto y otro por el desvío; puede que el "Tío" (el espíritu maligno de la mina) lo haya embrujado y se lo haya llevado por un paraje peligroso. El ingeniero miraba sonriendo la escena, agradecido a la inquietud de sus compañeros de trabajo. Nadie advertía que permanecía en su asiento.

Resolvió terminar el juego. Bajó del carrito, se alejó un trecho y de pronto, ya visible, avanzó hacia los obreros:

— ¿Qué pasa? — preguntó jovial.

— Señor ingeniero: creímos que se había caído usted...

Órficus los miró con simpatía:

— Gracias, amigos. Me bajé poquito antes de llegar al cruce. Conozco el trayecto. Vamos, un trago de pisco y adelante.

Reanudada la marcha, un obrero comentaba con otro:

— El ingeniero debe ver en la oscuridad; nadie puede avanzar sin lámpara por el socavón. O a lo mejor el Tío lo protege...

Después de estos incidentes extraños lo invadía un vago no debía jugar ni abusar de esos poderes que ignoraba por qué se le otorgaban.

Prosiguió su vida normal de trabajo en la mina. Le gustaba penetrar al interior, cosa que casi todos los técnicos evitaban y aprendía muchas cosas sobre la ruda y misteriosa vida del minero, sus creencias y supersticiones. Al atardecer y en la noche estudiaba, hacía música alternando con lecturas. No aceptaba invitaciones a las casas de los otros técnicos ni tampoco invitaba a la suya. Lo dejaban tranquilo comentando "es un neurasténico". Pero solía reunirse con los obreros y al calor de una fogata les contaba raras historias, unas leídas, otras inventadas, que encantaban a esas gentes sencillas acicateadas por los vuelos de la imaginación que si al esplendor del día pasan con ritmo lento, en la nocturna tenebrosidad de los socavones se desatan sin freno.

Un mes evitando pensar en la Señora.

Una madrugada de fina lluvia, domingo, encontró casualmente una veta e estallo e alta ley. Guardaría el hallazgo para hacerlo conocer el Día de la Virgen de la región: eso alegraría más a los mineros.

Faltaban 15 días para llegar al término de la prueba propuesta por la Señora. "No la he conocido, no la he conocido" — se repetía constantemente y se esforzaba por alejarla de su mente. Disciplina penosa que cumplía con rigor: él podía conducir su mente y concentrarla donde se proponía.

Entonces aconteció el suceso final que suscitó la gran crisis interior.

Trabajaba en un proyecto que debía presentar a la Gerencia Técnica cuando un clamoreo lo llevó a la puerta.

— ¡Derrumbe, derrumbe! — gritaba un obrero enloquecido.

Lo calmaron y luego explicó:

— Es en el nivel 7. No se puede entrar para salvarlos porque la bocamina está tapada por una roca tamañaza.

Una voz de mujer irrumpió angustiada:

— ¿Como cuántos serán?

— Treinta o cuarenta, tal vez más.

.Técnicos y familiares, empleados y otros obreros que acudían de diversos puntos corrieron al lugar del desastre.

El derrumbe no era interior sino en el ingreso mismo de la bocamina; algo incomprensible. Gruesos pedrones se acumulaban cerrando el acceso a la que fuera inmensa abertura. Aunando esfuerzos pudieron removerlos lanzando gritos de alegría: salvarían a los compañeros enjaulados. Pero al dispersar los pedrones se dieron con una inmensa roca negra que obstruía totalmente el ingreso al socavón. Las gentes se miraban desaladas; ¿quién y cómo se podría mover al coloso? A esa altura no subían las grúas. Una explosión de dinamita podría ser peor pues se ignoraba lo sucedido dentro del socavón. Consultas entre técnicos y capataces. Se intentaron varios sistemas para remover el terrible obstáculo. Cadenas, sogas, picos, palas, barretas, el esfuerzo concertado de un centenar de hombres y la roca pesante de muchas toneladas no se movió.

Órficus intervino haciendo ciertos cambios en el sistema de salvamento, distribuyó de otro modo a los hombres, hizo deslizar aceite por los resquicios del pedrón y concentrándose anheló fervientemente poder mover la roca.

Sintió que a un ritmo velocísimo cruzaban su cuerpo legiones de relámpagos, descargas eléctricas que amenazaban destruirlo. Las venas de su frente se hincharon como si fuesen a estallar. Los obreros veían con asombro cómo su cara pasaba del rojo violáceo a la extrema palidez, como si la sangre hubiese huído de sus venas, y esto varias veces. Corría un sudor abundante por su cuerpo. Alto y delgado de pronto adquirió la consistencia de un poderoso atleta, todo él musculado y tenso en el esfuerzo prodigioso. Pero nadie sabía lo que pasaba en su interior. Y conmovido, sacudido, amenazado por las corrientes eléctricas como jamás le sucediera, Órficus supo sin oír voces ni palabras que para realizar el portento se le pedía renunciar al mundo y a la carne: si prometía alejarse de la Señora, podría salvar a los encerrados. Vaciló: ¿su dicha era más importante que muchas vidas? Con profundo dolor ofreció renunciar a Ella, cesaron los relámpagos interiores, siguió apoyado en la tremenda roca ya sin hacer esfuerzo alguno y ésta comenzó a moverse lentamente, sin apartarse del todo de la abertura del socavón, mas dejando un espacio suficientemente ancho para que pudieran salir todos los enclaustrados.

La multitud estalló en clamores de entusiasmo. El nuevo ingeniero era un mago, un atleta, un titán: con sus nuevas disposiciones y su fuerza intelectual y física había ganado la batalla. Varias mujeres se arrodillaban y lo bendecían, los obreros salvados le besaban la mano, otros quisieron alzarlo en hombros, pero Órficus, confuso se limitó a decir: "demostramos gracias a Dios, ha sido un milagro. " Y corrió a refugiarse a su cuarto escapando de felicitaciones y extremos de simpatía.

A la medianoche expiraba el plazo: 45 días esforzándose en ahuyentar su imagen. Ahora Ella volvía con presencia intensa. Cuando se aprestaba a recuperarla una voz interior inexorable señalaba: "renunciaste a tu dicha por la vida de los mineros." ¿Cómo pudo ser? Aun seguía aturdido por los hechos, la rápida sucesión de sus estados de ánimo. Do fue la decisión de un instante, lo recordaba bien, sino que entre las constantes descargas eléctricas que sacudían su cuerpo, él había oscilado muchas veces entre el "sí" y el "no". Transportado a una dimensión desconocida sin tiempo ni espacio, debió haber luchado largamente para decidir entre la Señora y la vida de los sepultados. Al final debió imponerse la generosidad sobre el egoísmo ¡pero a qué precio! Tenía que renunciar, había renunciado ya a la Señora, no podía ligar su vida a la suya, mas nada le impediría seguir soñando con Ella, porque el pacto secreto no tocaba a la libertad de su mente ni a la inclinación de sus sentimientos, sino sólo a la materialización de su íntimo deseo. ¿Locura, realidad? ¿Y cuál es la frontera entre intención y voluntad? Al Dios de los templos solemos defraudarlo, pero a esos dioses invisibles que lo guiaban y mandaban en los trances extraños ¿se los podía burlar? Un relampagueo fugaz y doloroso de la cabeza a los pies vibró como severa advertencia. No podría, estaba en su poder. Debía cumplir su promesa alejándose para siempre de la Muy Amada. ¿Y cómo hacer comprender a la Elegida el muro infranqueable que los separaba? Lo juzgaría cobarde, veleidoso, falso... O simplemente débil de carácter, incapaz de conocer sus propios sentimientos. O no creería nada de lo que él dijera. De sólo imaginar la tristeza en los ojos oscuros se avergonzó. ¿Cómo herirla si estaba dispuesto a dar la vida por la Señora?

El suceso del socavón fué materia de variados comentarios. Y mucho tiempo.

— Cosa de Dios, un milagro — afirmaban las ancianas.

— Cosa del Tío, pariente del Diablo — replicaban mineros poco creyentes.

Uno que estuvo próximo al ingeniero cuando removió el pedrón, sostuvo que fué algo sobrenatural: había visto el esfuerzo físico del salvador, como si cien hombres empujaran dentro de su cuerpo alto y nervudo. Otro afirmaba que el sudor corría por su cara como si le estuviesen derramando toneles de agua por encima. No faltó la jovencita que aseguraba haber divisado unas alas de Ángel ayudando a Órficus. Ni tampoco el incrédulo que se mofaba de los amigos de lo extraordinario: "¡Bah! Había sido un simple triunfo de la inteligencia: cálculo, medidas adecuadas, el aceite y el vinagre si no disuelven, movilizan las grandes rocas, luego había sido la buena distribución de cables y hombres." Milagro para muchos, fruto de lo humano mezclado con lo divino para otros. De cualquier modo, algo excepcional que jamás se olvidaría, el suceso del socavón dió origen a diversas leyendas para terminar con las cuales un grupo de ingenieros y de técnicos, analizando rigurosamente las dimensiones, el peso, la posición de la roca, las condiciones del terreno que la sustentaba, el máximo esfuerzo muscular de los hombres que intervinieron en remover el pedrón, y las menores circunstancias concurrentes en el hecho, forjó un cuadro geométrico de posibilidades tratando de demostrar que el salvamento sólo era consecuencia del esfuerzo inteligente y concertado de ciencia humana y energía operativa. En suma: una victoria más del saber contra la naturaleza.

Después de minuciosos estudios y cálculos, algunos de precisión matemática, se llegó a la conclusión desoladora: se habrían precisado cinco nuevos puntos de apoyo, varios cables más, y el esfuerzo de 90 hombres más para mover la roca. ¿Quién había puesto esos materiales y la energía faltante de 90 hombres más? Los técnicos se miraron desconcertados, hasta que el más viejo dijo sentencioso:

—No vale la pena insistir. Ha sido algo raro, y pasan tantas cosas raras que no podemos comprender en la mina...

Órficus no se envanecía de lo sucedido; al contrario: mantuvo su soledad, evitaba sobresalir, cuidó de no demostrar sus facultades. Sólo cierta vez que los técnicos frente a un problema que aparentaba insoluble se miraban confusos, sintió el relampagueo anunciador y sin querer brotó la solución de sus labios: parecía tan simple y no la habían visto.

Los técnicos lo miraron sorprendidos. ¿Era un sabio, era un mago?

Pero ya el joven, confundido entre los demás se revestía de su coraza de gravedad y de silencio.

Bajó a la ciudad con encargos de la mina. El domingo de cielo índigo y sol radiante fué a las serranías de Calacoto. Trepó los familiares cerros colorados. Después se internó hacia el Valle de la Luna, se encaramó sobre un peñón elevado y se sumergió en la tremenda movilidad del paisaje. ¿Qué era, en verdad, este gran escenario cósmico que se alza como música bravía entre la augusta mole de nieve, el lejano y poderoso altiplano, el suelo encrespado y los vértices agudos que custodian Mallasilla, y la honda depresión por donde corre el río de La Paz?

Subyugado por la presencia viva del paisaje, recordó su primer encuentro con el Hombre Negro, ese pináculo disforme que en intrusión volcánica corona una de las serranías calacoteñas. Tenía entonces 15 años. Nada sabía aun de la tradición del "Chiar-Kake", el hombre negro de las tradiciones kollas que —lo sabría varios años después— fué un rey maligno petrificado por Wirakocha junto con el ministro servil que atizó muchos de sus crímenes. Por eso, junto a la gran figura erguida se ve otra menor que se diría arrodillada. Y estos dos —añade la leyenda— son los genios oscuros que muchas veces extravían a los viajeros, y otras castigan a los que osan encaramarse en su osatura. Pero nada de esto sabía Órficus, quinceañero, esa tarde inolvidable esmaltada con celajes de púrpura y topacio, cuando sentado en el mismo peñón sólo miraba una alta formación rocosa que suscitaba la idea de un gigante de pie.

Por entonces aun no sabía leer el alfabeto de las cumbres; se limitaba a embriagarse en la contemplación visual. Se acercaba el crepúsculo: lentamente como cuchillos alevosos las sombras surgían de cavidades cóncavas, pero el sol relevaba todavía masas y crestas con fuerza penetrante. Fascinado por el movimiento del paisaje, de pronto su mirada se detuvo en la gran roca negra. Curioso: parecía una persona imponente encaramada en la serranía. "Un sacerdote, un rey, un guerrero, tal vez un mago milenar" — pensó absorto. Y cuanto más contemplaba más admiraba la excelsa figura inmóvil desafiando al cielo. ¿Inmóvil? De pronto ella giraba lentísima, hacia él, en una rotación incomprensible. Vió el largo ropaje negro, una especie de corona o caperuzas, y un rostro oscuro pero nítido se dibujó en la cima. Estaba lejos y estaba tan próxima. Hizo un signo amistoso con la diestra y abrió diálogo, un diálogo sin palabras, porque Órficus preguntaba lo que le bullía dentro sin abrir los labios y la Figura Negra emanaba sus respuestas por ondas mentales. Escuchó verdades profundas y tenebrosas insinuaciones. Le pareció que la gran roca humanizada diseñaba dos círculos diversos: uno miraba al naciente, otro al poniente. En uno predominaban paz y dicha, en el otro lucha y dolor. Y ambos cerraban sus anillos tratando de evitar contactos recíprocos. No comprendió, entonces, el significado de los dos círculos ni pudo retener lo hablado con la Figura Negra. Ella volvió a girar pausadísima, hizo un gesto final de despedida, la cara grave sonrió melancólica y finalmente recobró su forma primitiva: sólo una pirámide rocosa que sugería un enorme bulto humano.

Órficus recordaba que transcurrido el éxtasis visual, lo sacudió un viento de revelación: la naturaleza era un ser vivo, como el paisaje, compuestos, ambos, de infinitos seres grandes y pequeños. Todo tenía forma y personalidad, a su manera. Carecía de conocimientos filosóficos y religiosos que pudieran orientarlo, en su temprana mocedad, para comprender las misteriosas relaciones del alma y del mundo, pero una secreta intuición le decía que al que sabe mirar y meditar en cuanto mira, le es abierta la puerta de las comprensiones.

El paisaje calacoteño y la Figura Negra habían hablado para él. Muchos años después conocería la leyenda del "Chiar-Jake".

Preparaba el retorno a la mina, cuando su padre le presentó al presidente de un consorcio minero, un danés seco y conciso. Necesitaba un ingeniero-jefe joven y activo, capaz de organizar los trabajos en una nueva mina de estaño. Órficus alegó, honestamente, ser muy joven, que carecía de experiencia para manejar una mina y muchos hombres. Sus reservas fueron

despejadas. El industrial danés le ofreció un sueldo veces mayor al que ganaba en “El Centinela”. “No se preocupe — agregaba — yo sé formar hombres, me gustan los jóvenes, porque son moldeables, no tienen vicios, aprenden con rapidez.” Luego planteó tres condiciones; respuesta inmediata, acompañarlo mañana mismo a la mina, y suscribir un contrato por tres años y otros tres renovables.

El joven vaciló: tenía que dar 30 días de aviso a la otra empresa, necesitaba meditar sobre su proposición, el contrato debía estudiarlo antes de suscribirlo.

El presidente del consorcio se mostró inflexible. Y con torpeza, añadió:

— Yo pago y yo mando. Usted tiene que aceptar mis condiciones.

Órficus se encolerizó:

— Soy un hombre libre — repuso — no me interesa su oferta.

Y salió de la estancia sin escuchar las voces de su padre.

La familia no pudo comprender sus razones. “Has rechazado una oferta que jamás volverá a presentarse — comentó su padre. En materia de negocios y trabajo profesional hay que dejar el orgullo a un lado.” La madre lo besó con ternura. Felipe y Deodoro lo miraban extrañados, con un cierto gesto conmisericordioso el primero. Sólo la tierna Marcela le murmuró al oído: “Me gusta que seas libre y valeroso.”

Regresó en el “jeep” a la mina. Al divisar las cumbres de roca y hielo, lo invadió un sentimiento de confianza: éste era su mundo, su patria, la escuela de varonía para hacerse hombre y afianzar el futuro. Respiró con fruición el aire helado de las montañas. Fué recibido con grandes expresiones de cariño por técnicos y obreros y reanudó sus labores. A pesar de su retraimiento, no tenía émulos porque siempre procuraba hacer resaltar la capacidad de los otros con olvido de la propia. Pero como siempre estaba dispuesto a “dar una mano” a quien lo requería, su retorno encantó a todos.

Aun estaba fresca la huella del salvamento en el socavón.

Leyendo o escuchando música, de pronto se interrumpían sus centros de atención: volvían con fuerza inusitada el recuerdo de la Señora y la promesa secreta el día del accidente. Sabría cumplirla, tenía que renunciar a la Elegida, a la soñada felicidad de una vida compartida. Mas nada le prohibía pensar en Ella, soñar con el edén perdido, imaginar cosas que pudieron ser... Habría sido tan grato, tan cálido, regresar del trabajo y hallar a la esposa en el umbral, beber el té caliente mientras cambiaban impresiones, y sobre todo sumergirse el misterio en de los ojos oscuros que encerraban la dicha que no se puede expresar.

La Señora... Iría a “La Alborada” para comunicarle que una muralla infranqueable se interponía entre ambos. ¿Y si a Ella le ocurriese algo semejante? Ojalá fuera así, porque no deseaba herirla, prefería ser él abandonado.

El joven se desempeñó con tal dedicación a sus labores, que cuando solicitó dos semanas de vacación por motivos personales, aunque no había vencido el tiempo suficiente para solicitarla, el gerente la concedió de inmediato.

También en la finca fué recibido con alborozo. Los tíos siempre acogedores, doña Julia finamente irónica en su charla sabia, Elizabeth y el Preceptor próximos a matrimoniar, Diana y Orlando asediándolo para que les contase cómo era la mina y si era verdad que existían duendes y fantasmas en los socavones. Este era su verdadero hogar de gentes sencillas y tranquilas. Y estaban, además, la casona, el hermoso paisaje, los animales, los árboles, los pájaros, la vida libre y pura del campo.

A los pocos días llegó la Señora e hizo anunciar su visita a los dueños de “La Alborada”.

Fué otro día de fiesta. Ella trajo regalos para todos y entregó el último a Órficus: un volumen grueso en papel biblia, lujosamente empastado: Obras Completas de Shakespeare. ¿Cómo adivinó que sería el mejor regalo?

Durante la visita ninguno dejó entrever el sentimiento que los unía. Fingieron indiferencia, procuraron acercarse ni hablar mucho entre sí, pero la Señora advirtió con angustia que de tanto en tanto la frente del joven se fruncía celando preocupaciones. También el ingeniero se inquietó sorprendiendo una sombra de tristeza que Ella se esforzaba por disimular. “¿Habremos cambiado los dos?” O la Señora seguía prisionera del misterio que envolvía su vida. O habría surgido un impedimento mayor. Qué sería...

A la hora de la despedida, doña Julia profería maliciosa:

— ¡Cuidado: esta señora es muy linda y tu estás creciendo como un árbol joven!

## VIII

Órficus cogió del brazo a la Señora y al contacto del cuerpo tibio, palpitante, lo invadió una onda de ternura: cuán bello sería transcurrir la vida junta a la Elegida. Ella sonreía sin poder esconder el velo sutil de tristeza que velaba sus ojos.

La emoción no dejaba hablar al ingeniero. También ella callaba. Hicieron en silencio el largo trecho que separaba las dos fincas y al llegar a la hermosa alameda de álamos dijo el joven:

—He pensado tanto en ti... No sé cómo podría expresar lo que siento.

La Señora lo miró con intenso amor. Lucía más joven, más hermosa, más seductora. Cerro los párpados y le apretó la mano, los dos modos significativos con los cuales manifestaba su sentir

Órficus, turbado, prosiguió:

—Tenemos tanto, tanto que contarnos. Sólo puedo decirte que cada día te quiero más, pero...

—... Lo sé — repuso ella — tampoco yo varíe mis sentimientos, no obstante ese “pero” lo anuncia todo.

El joven la contempló angustiado:

—Te soy fiel, nadie se interpone entre nosotros.

La Señora replicó con suavidad:

—No solo personas pueden separar a dos que se aman.

Enmudecieron por unos instantes al cabo de los cuales el joven explicaba:

—Nadie, nadie separarnos. Eres la única mujer que entró en mi corazón. ¿Puedo esperar lo mismo de ti?

—No necesitas preguntarlo; bien sabes que no amé antes de conocerte, ni estuve ligada a hombre alguno.

Órficus ahuyentó los celos. No se atrevía a interrogar qué le ocurría a la amada, adivinando que ella tenía, asimismo, un problema de magnitud que perturbaba su idilio.

Se sentaron en el poyo de la entrada. La Señora le acarició la mano lentamente, vacilando, desveló su inquietud.



—No puedo decirte el enigma que me envuelve; ahora menos que antes. Mas queda tranquilo: ningún hombre nos aleja. Es, es... algo difícil de comprenderse, y más de ser explicado. ¡No puedo, no puedo decirlo! No depende únicamente de mi voluntad, y no puedo decirlo, no puedo decirlo! Antes era un problema que acaso habría podido superar; ahora se agravó, ya no puedo vencerlo.

—¿Y esto significa que debemos separarnos? — preguntó ansioso Órficus?

—En cierto modo, así. Con la carga que llevó no sería la esposa que necesitáis, ni la compañera sólo a ti consagrada.

El ingeniero estalló en la confidencia. Lo suyo podía explicarse y despejarse, "pero lo mío es insalvable". Y le narró el incidente en "El Centinela", la promesa que hiciera para salvar la vida de los mineros sepultados. Ella lo escuchaba con viva atención y conforme avanzaba en su relato la pena afloraba a los ojos hermosísimos.

—Lo sabía — dijo — o lo sospechaba. Tus silencios, tu retraimiento, tu soledad, tus paseos solitarios, la mirada profunda de tus ojos me hicieron comprender que eres un ser espiritual destinado a caminos singulares. A mi lado serías un esposo vulgar, un padre de familia cualquiera. Y debe haber más, mucha más de los que me cuentas. Nadie se vuelve santo o taumaturgo de golpe. Tu tienes una vida oculta, llena de cosas sobrenaturales, que presiento sin conocerlas.

—Lo sabes y conoces todo — contestó el joven. No necesito explicarlo.

Se Miraron consternados.

—Lo mío tal vez podría superarse con tiempo, esfuerzo y paciencia, mas lo tuyo es diferente —dijo la Señora. No se juega con el destino. Tu no puedes escoger. Llevas encima el peso de muchas vidas. Te inmolaste por bondad y a ella te debes: tu promesa no puede quebrarse.

Órficus la miró desesperado:

—¿No habría una manera de suplir mi juramento con otra acción? ¡No puedo renunciar a ti...!

—Ya renunciaste — replicó la Señora con dulzura — y no te lo reprocho. Sé la hondura de tu amor y la inmensidad de tu sacrificio.

De pronto la fuerza de la pasión los envolvió en su llama vertiginosa. Se besaron delirantes, repetidamente. Sus cuerpos jóvenes sentíanse atravesados por el fuego del amor sensual que transfigura las caras y las alma.

Al separarse, ambos estaban profundamente conmovidos.

—Calla, no digas nada —dijo la Señora. Esto nadie ni nada puede impedirlo: seguiremos amándonos, pero no podemos ligar nuestras vidas. Lo supe desde el comienzo.

Callaron. Después de unos instantes de silencio, el joven preguntaba:

—¿Qué fuerzas nos gobiernan? ¿Por qué hice esa promesa? ¿Por qué no puedo renunciar a ti?

La Señora sonrió con tristeza:

—Hay tantas cosas que no pueden explicarse. Desde el primer encuentro algo extraño me acercaba y me distanciaba de ti: presentía la separación, un largo sufrimiento, tal vez este derrumbe final...

—Mi amor hacia ti, jamás perecerá. Si no es contigo no me casaré nunca.

—Eres muy joven, la felicidad puede buscarte muchas veces.

—La felicidad eres tu.

—Me idealizas

—Digo verdad. Así lo siento.

Luego ella agregaba con gravedad:

—Lo mío acaso podría salvarse. Te lo confiaré más tarde, y con largo y penoso sacrificio tal vez podría superarse; pero lo tuyo no puedes quebrantarlo. Es algo sagrado que de romperse aniquilará la integridad de tu conciencia. Y además, además... está la diferencia de edad: con el tiempo te cansarías de mí...

Órficus protestó vigorosamente:

—No digas eso. Mary Ann llevaba a Disraeli 14 años y fueron dichosos hasta el último día. Tu sólo me excedes en 5 ¿Por qué desconfiar? Si pareces una jovencita. Nunca declinaras.

Los ojos oscuros brillaron de gratitud.

—No sabes cuánto me costó volver. Presentía que algo insalvable nos separaba. A veces sueño el porvenir: he visto esto que sucede ahora entre los dos. También puedo decirte que, que... nos encontraremos nuevamente pero antes pasará mucho tiempo, mucho tiempo... y eso más oscuro: no sé si podremos ser felices o si sólo será un encuentro...

—¿Acaso te irás tan pronto?

—Sólo vine para cumplir mi promesa: quería despedirme de todos.

Sintió Órficus que el mundo se derrumbaba en su interior. ¿Qué podría significar la vida lejos de la Señora? ¿Cómo sobrevivir lejos de los ojos lindísimos, son oír la voz amada, sin la presencia encantadora? Tal vez consultando a un sacerdote podría ser desligado de su juramento; mas no había sido hecha la promesa a Dios ni a la Virgen ni a los Santos, sino a esa fuerza invisible que solía dominarlo y que — lo adivinaba — provenía mas de un fuente maligna que de un impulso religioso. Estaba irremediamente atado: tenía que renunciar a Ella. Había sido un juguete del azar: ¿por qué tuvo que tomar parte en el salvamento de los mineros, quien le arrancó la promesa que destruía su futuro, su dicha? Era un hombre, un hombre libre, constructor de su destino: olvidaría lo sobrenatural, renunciaría para siempre a ejercer esos poderes extraños, al diablo la promesa! Casaría con la Señora, serían felices, y él un simple ingeniero, alejado definitivamente de todo lo que no fuere un vivir normal. Nada de magia ni de sucesos maravillosos que ahuyentaría de raíz. El ingeniero Órficus y su esposa serían una pareja normal lejos de secretos y misterios incomprensibles. El afrontaría varonilmente lo que pudiese sobrevenir. ¿Era o no era una conciencia, una voluntad, en suma: un hombre dueño de sus actos? Desafiaría a esa fuerza oscura que pretendía dominarlo, la enfrentaría, la arrojaría de su mente... Quería ser sólo un buen profesional, un buen esposo.

También la Señora cavilaba. Cogidos de las manos, ambos sentían las vibraciones tumultuosas de su apasionado amor y de su tortura imaginación. Esta vez el silencio se prolongó. Cada cual meditaba en lo difícil y desesperado de la situación: un túnel sin salida.

Finalmente Órficus se resolvió: rompería con su extraño pasado, se uniría a la Señora. Se aprestaba a comunicar su decisión a la elegida, cuando un fuerte escalofrío le recorrió el cuerpo, algo semejante, pero distinto a los antiguos relampagueos precursores de hechos extraordinarios. Creyó desvanecerse. Primero un sudor frío, luego se le nubló la vista y al recuperarla, como entre brumas divisó tres pequeños conteniendo sendos infantes. Junto a ellos dos siluetas lloraban. Quedó aterrado: comprendía el aviso.

Al volver al estado normal, ella le limpiaba el sudor de la frente:

—Has tenido una visión —dijo con voz trémula. Dime qué fue.

El ingeniero, desolado, replicó:

—Algo muy triste, algo fatídico... No quiero apenarte más,

La Señora no insistió. Y a su vez explicaba:

—Yo no tengo visiones frecuentes, pero he pensado que estaos, ambos, en los extremos opuestos de un puente larguísimo, tan extenso que no se divisan sus puntos terminales, y que ni siquiera podemos movernos para marchar a nuestro encuentro.

El joven la contempló angustiada:

—Te amo — balbució. Nada podría separarnos aunque sigamos caminos diferentes.

Ella cerró los párpados en señal de asentimiento y al levantarlo los ojos oscuros miraban a Órficus tan hondo, tan hondo que permaneció extasiado.

—No te aflijas —dijo la Señora. Te pertenezco aunque no podamos seguir juntos. Pero volveremos a encontrarnos, estoy segura.

Se despidieron con un casto beso.

Pasaron los meses. Ni cartas, ni noticias: ninguno sabía del otro. Como si la promesa en la mina sólo tuviera relación con la separación física, él podía pensar constantemente en ella, la “sentía” en una esfera más allá de los sentidos. En los instantes decisivos de su vida, en los momentos de meditación, o bruscamente, en el trabajo o en situaciones inesperadas, ella reaparecía — presencia sin presencia — y encantaba sus horas. Entonces comprendió que la fuerza oculta que lo dominaba no tenía poder en lo espiritual, quedáronle plena libertad para pensar, imaginar o recordar.

Siguieron produciéndose, esporádicamente, los sucesos extraños: levitaciones, invisibilidad, vuelos, cálculos increíbles, y cosas rarísimas que llegaban por sí mismas, pues el joven evitaba conjurarlas.

Como aquella ocasión en que un niño lisiado, hijo de un minero, que jamás pudo dar un paso por sí mismo, al contemplar un radiante arcoiris después de la lluvia, dijera a su madre: “quisiera estar allí arriba, encima de esos colores, aunque sólo fuera un momento”. De pronto la carita del niño se transfiguró, como si estuviera lejos, muy lejos, dibujándose la sorpresa gozosa en el rostro extasiado. Pasó un largo minuto, tal vez más y al volver el niño del trance, decía todo nervioso: “¡Mamita: estuve allá, allá arriba, encima de esos colores, era como un columpio, todo se miraba tan lindo y tan chiquito! No sé cómo subí ni cómo bajé, pero era tan lindo, tan lindo...”

Órficus sonría junto a los padres y al niño.

Y aquella otra en que, agotaba la veta madre, exhaustos los relaves y explorados todos los parajes de posible explotación sin hallar la menor posibilidad de proseguir explotando la mina “Juliana”, se anunció el cierre definitivo: 350 obreros y sus familias sin trabajo. Órficus se perdió un día tarde por los cerros del lugar y al anoecer, lleno de polvo y fatigado anunciaba al personal: “re encontré la veta-madre; había una falla descomunal; hay reservas de mineral para muchos años.” La mina siguió explotándose.

Podía pedir para otros, jamás lo hizo para sí. No quería deber nada a la fuerza invisible que impidió su felicidad.

Pasaron tantas cosas en esos años. Murió su padre, Felipe casó con una rica heredera, altiva y exigente que no simpatizó con el ingeniero. Siguió frecuentando “La Alborada”, donde residía su “verdadera” familia. “También se fue doña Julia. Elisabeth y el Preceptor tenía ya tres

niños. Diana estudiaba psicología y Orlando finanzas. Bettina, mujer de un arquitecto, era feliz madre de dos criaturas.

Deodoro, el hermano menor, se graduaba de subteniente en el arma de artillería. La madre agostada por la ausencia del esposo, requería más mimos y cuidados. Tío Norberto y tía Carolina seguían siendo la pareja feliz; los años no les hacían mella, la vida campestre los mantenía físicamente jóvenes. Todos se iban realizando bien, pero él, Órficus, seguía siendo un oscuro ingeniero de minas. ¿No era el destino elegido? Cada vez más retraído, cada vez más solo.

Al cumplir 30 años, cambió súbitamente su suerte. Mr. Wilmott, un inglés culto y fino — ¿por qué diablos andaría metido en empresas mineras? — le cobró simpatía, se lo llevó al grupo de su minas, que giraba con fuertes capitales. Sagazmente, pudo aproximarse a su nueva adquisición; al corto trato se hicieron amigos. Órficus resultó un buen elemento: sus años en minas chicas le habían dado experiencia en el manejo de hombres y en el reconocimiento de parajes explotables. Ayudó a reducir los gastos e ideó ingeniosos sistemas para mejorar la producción. Ganaba la confianza de los obreros y el respeto de los técnicos, sin que faltaran dos o tres envidiosos de su ascendiente sobre el principal. Cuando aquellos supieron que el nuevo ingeniero había rechazado dos aumentos de sueldo, alegando que era muy nuevo y sugiriendo que más bien se les aumentara a esos desafortunados, quedaron sorprendidos: ¿qué buscaba éste en la mina? Vivía sobriamente, sólo libros y discos delataban un refinamiento espiritual.

Mr. Wilmott lo llevó a Londres en corto viaje de negocios. Conforme pasó el tiempo, le concedía anchas vacaciones pagando generosamente viajes de recreo. “Usted los necesita —decía lacónico — y volverá más animoso al trabajo.”

Así pudo viajar por Suiza, Australia, Francia. Pero fue en la visita a Grecia donde le aconteció una rara experiencia.

Por grande que fuese la fascinación de ruinas y monumentos en las ciudades — Atenas basta para satisfacer al viajero más exigente— fue en las pequeñas islas donde encontró la paz espiritual: Hydra, Santorini, Mykonos. Habría sido tan hermoso estar con la Señora... La “pensaba” constantemente, a veces soñaba con ella, creía sentirla a su lado, mas las imágenes fugaces solían desvanecerse con rapidez. ¿Qué habría sido de ella, cuál era el enigma que la rodeaba, seguiría siéndole fiel? Las pausas meditativas confluían siempre en su recuerdo. Entonces lo asaltaba la nostalgia del bien perdido. No se conformaba con la renuncia que había desprovisto de interés su vida, porque desde que conoció a la Señora no concebía otra manera de ser dichoso que compartiéndola con ella. Cuando la pena la vencía, interrumpía sus cavilaciones, se entregaba al trabajo aun dentro del período de vacaciones, o se trasladaba a otros parajes donde la atracción de lo nuevo le impedía concentrarse en la devoción de la Señora.

Una mañana, en Santorini, contemplaba un breve islote coronado por un agudo penacho rocoso. No llevaba los lentes oscuros para protegerse del sol y ciertos reflejos de la luz solar en el mar herían su vista. Pero el islote y su penacho eran tan bellos, tenían una atracción misteriosa que no pudo sustraerse al hechizo de su contemplación. Lentamente la aguda y empinada roca cambió de color: de negra pasó a pardo, luego a un azul zafíreo que derivó en turquesa. Luego advirtió, estupefacto, que el islote surgía de las aguas hasta convertirse en una amplia isla con bahías, puertos y ensenadas que fulgían llenos de gentes, extrañas máquinas, y ruidos nunca escuchados.

Lo separaba una gran distancia de la isla brotada del mar, y sin embargo advertía todo lo que en ella transcurría como si estuviera muy próximo a ella. “Efecto de la Luz” — pensó el ingeniero. Divagaba, se dejaba arrastrar por la imaginación... Pero la isla, grande hermosa, estaba ahí, próxima, tentadora y podía recoger el movimiento febril de sus muchedumbres. Era todo tan extraño: palacios, templos, edificios de muchos pisos junto a otros de perfecta horizontalidad, y viviendas redondas y otras en forma piramidal sin que nada recordase la arquitectura dórica. Cosa distinta a todo lo estudiado en los libros, ni siquiera a las pacientes reconstrucciones de arqueólogos y dibujantes. Recordó las imágenes de las antiguas civilizaciones: aqueos, dorios, carios, egeos, cretenses, mas esto no se parecía en absoluto a nada semejante al ámbito de cretenses, egeos, carios, dorios o aqueos ni en la conformación

urbana ni en la vestimenta. Hombres musculados, vigorosos, mujeres arrogantes y bellas, luciendo todos cortos faldellines relumbrantes, las cinturas desnudas, los pechos cubiertos por fajas tornasoladas. Llevaban pendientes en las orejas. Tenían largas cabelleras lustrosas y un disco que refulgía como el oro en la cabeza, rematado por un triángulo de cristal. ¡Extrañas criaturas! Caminaban con parsimonia, sin agitarse. Los grupos no denotaban excitación. Hablaban pero no se escuchaban sus palabras ¿o comunicaban mentalmente? Serenidad, acaso un oculta dicha se revelaban en su mirar tranquilo. Y en un mercado próximo, en un campamento militar, en una escuela al aire libre bajo tupidos arbolares, se veía siempre gentes tranquilas realizando ordenadamente sus tareas. Inmensos globos de colores provistos de abiertas cabinas circulares conducían pasajeros: subían y bajaban suavemente, en silencio. Pero de otras zonas ignoradas ascendían ruidos, sonidos raros. Nada estrepitoso ni molesto; mas bien un gran rumor como de olas lamiendo los bordes de una playa, o un estremecimiento de árboles azotados por el viento, y todo ellos mezclado con una música suave de timbres armoniosos que parecía transmitir su ritmo pausado a la escena.

No llevaban armas los soldados sino un corto mango metálico. Y los jinetes cabalgaban cada uno sobre dos corceles. De cuando en cuando, algunos que parecían jefes por sus distintivos, realizaban grandes saltos que los transportaban a muchos metros de distancia, con gracia contenida, sin denotar apresuramiento. Las multitudes se movían con ritmo retardado, y aunque la isla estaba llena de ciudades, máquinas y muchedumbres, todo ocurría ordenadamente sin que nadie ni nada turbase a sus habitantes. Súbitamente del templo mayor salió una mujer alta, esbelta, hermosísima. “La Sacerdotisa” — le pareció escuchar y las gentes próximas a ella se tendían en el suelo con los brazos en cruz y el rostro hacia abajo.

Quiso acercarse a ella Órficus, pero la Sacerdotisa lo miró con dureza, hizo un gesto con la diestra y la escena desapareció: ni isla, ni ciudades, ni multitudes. Sólo el islote y su penacho rocoso, allí lejos, frente a Santorini, separado por una larga extensión marina.

Turbado quedó el ingeniero. ¿Ilusión, desvarío, soñar despierto?

Tenía que saber...

Y recurriendo al oculto pidió ardientemente conocer la verdad.

Sobrevino el toque electrizante y luego una voz misteriosa — voz sin voces — deslizaba:

—La grande isla sumergida tuvo muchos nombres. Antes de Santorini se llamó Thera, Strongylé, Kallisté, “la muy bella” y muchos nombres más, porque fue muchas veces y dejó de ser para volver a florecer. La habitaron aqueos, dorios y fenicios y muchos más. Pero antes, mirando para atrás, fue residencia de pueblos y culturas desaparecidos. La isla que viste, hoy sumergida en una vasta hoya submarina, se llamaba Apanoia-Thersina. Lleno a tener 200.000 habitantes. Fue una civilización muy avanzada que inventó técnicas sutiles para dominar la naturaleza. Sus gentes fueron felices porque se movían en el ritmo lento y majestuoso de Thera-Atlantea, la diosa abolida de los dichosos tiempos antiguos.

Quiso saber más el ingeniero y deseó conocer en qué tiempo transcurrieron esas gentes.

Y el revelador escondido respondió con cuatro palabras:

—Setenta mil años atrás.

Al volver a la patria, Mr. Wilmott lo incorporaba al directorio de sus empresas: de ingeniero-técnico, pasó a ejecutivo, cargo que no le agradaba del todo porque prefería la vida ruda y rica de sorpresas de la mina.

—Ya sé que usted no busca el poder, ni le interesa dominar — dijo Mr. Wilmott. Justamente por eso quiero formarlos para que no se pierda esta inmensa organización industrial que cuando yo me vaya podría caer en manos de la piratería internacional. Vamos a crear una gran Fundación para técnicos e inventores...

—¿Y por qué no, también para escritores y artistas? — interrumpió el joven.

—¡Hombre! No lo había pensado. Tiene usted razón: la Fundación fomentará la ciencia y el arte.

Visita a “La Alborada”. Tía Carolina comenzaba a sufrir de la vista: cataratas incipientes, en ambos ojos. El diagnóstico del oftalmólogo fue terminante: se harían dos operaciones, primero un ojo, luego el otro. Ambas sencillas, sin peligro alguno, pero lo incómodo será el proceso de maduración, que puede durar de 1 a 3 años, y en el curso del cual la paciente tendría muchas molestias. “Figúrate —decía la dama— a mí que me gusta tanto leer y bordar. Ya son tres meses que unas sombras malignas me impiden ver bien.”

—Te vas a sanar —dijo a Tía Carolina. Hay cataratas que se reabsorben.

Para disimular la curación que iba a producir, sugirió tres cosas: primero tener fe, rogar a Dios o a la santa predilecta (¡“Santa Rita, Santa Rita!” — proclamó la tía) la ayuda del cielo. Luego un vaso de jugo de zanahoria todas las mañanas. Finalmente despreocuparse en absoluto de las sombras, no hacerles caso, no pensar en ellas, hacer la vida normal, leer, bordar, pasear en el jardín como si nada hubiese ocurrido. Pronto desaparecerán las cataratas.

Al despedirse, la tía Carolina exclamó alborozada:

—¡Hijo, estoy sanado! Ya veo mejor.

Órficus comprobaba, una vez más, que su apelación a la fuerza escondida nunca fallaba, si se refería a los otros. Verdad que nunca solicitaba nada para sí. ¿Y si hubiera pedido unirse a la Señora: habría dado resultado? No lo creía, porque precisamente para separarlo de ella surgieron el incidente de la mina y la promesa arrancada contra su voluntad. Pero había pasado tanto tiempo... ¿Para qué pensar en ello?

Órficus transcurría en un tiempo sin nubes pero también sin esos horizontes mágicos que mueven la inquietud del hombre. “No hay por sí mismo — solía pensar con cierta amargura — carezco de la ambición que eleva, estoy despojado del ansia de dominio, no quiero mandar, gozar de poder ni sobresalir en actividad alguna, tampoco me atraen las ventajas del ejecutivo ni el manejar millones. En cambio ejerzo mis facultades sobrenaturales en beneficio de otros y estos si me hace dichoso: poder auxiliar a los demás. Soy, en suma, un instrumento manejado no sé por qué ni por quien, trabajo para todos. Me realizo sin realizarme, y no puedo o no debo pregonar mis acciones. Finalmente: soy sin ser. Ingeniero de minas, ejecutivo de empresa ¿qué más da? Mi vida interior carece de sentido: ¿para qué, para quienes? Tal vez habría sido buen esposo, buen padre de familia, el compañero fiel de una mujer admirable. Habría podido ser... Y esto me habría concedido el entusiasmo, la pasión de elevarme que ahora me faltan.”

Su colaboración era altamente apreciada por Mr. Wilmott, cuyos negocios progresaban. Hasta que sobrevino la crisis de minerales: bajaron fuertemente los precios y muchas minas producían por debajo de sus costos. “No me preocupa — expresó el inglés — tenemos reservar acumuladas para soportar cinco años, pero sí me inquieta lo que sucede en el mercado europeo; después de muchos años, están reduciendo sus pedidos y esto sí influye gravemente en nuestro futuro. Las fundiciones nacionales absorben sólo el 30% de mi producción, y si la reducción de la demanda europea sigue descendiendo, no tendremos donde colocar nuestro minerales. Por otro lado malayos y holandeses me presionan: quieren adquirir nuestras minas. ¿Y qué me haría yo con tanto dinero? Treinta años en las minas y les tengo cariño, a ellas y a sus gentes.”

Ahora necesito más que nunca de su ayuda — había dicho Mr. Wilmott. Irá usted a Londres, luego a Malasia e Indonesia y descubrirá usted qué intrigas se mueven para pretender despojarme de las minas. Usted es hábil, intuitivo, sabe comprender los móviles ajenos. Llevará plenos poderes y estoy seguro que podrá arreglar las cosas.

“Se arreglarán” — replicó lacónico el ingeniero.

Y partió para Londres anticipando el éxito: haré feliz al viejo, nadie le quitará sus minas.

## IX

Estuvo en Kuala-Lumpur, en Yakarta, en Singapur a la búsqueda de informaciones que le permitieran descubrir el nudo de lo que se tramaba. Porque se tramaba algo de magnitud en el mercado mundial de minerales, cosa que corroboraría a poco de llegar a la metrópoli inglesa.

Había inquietud y reserva a la vez. Nadie soltaba prenda y menos al productor sudamericano. Órficus se dio cuenta, con alarma, que en este viaje de singular importancia para su principal había sido abandonado por los poderes ocultos. Ni levitar, ni hacerse invisible, menos leer el pensamiento de los otros. No podía vencer las barreras naturales.

Ponía en juego su inteligencia, si firme voluntad, aguzaba sus sentidos. Aplicaba ese don de sagacidad que le valiera tantos éxitos en el pasado, mas todo su empeño se estrellaba contra el helado desvío de negociantes y hombres de empresa. Reserva, reserva absoluta en las comidas o en los tratos directos. Lo trataban cortésmente sin que nada dejase traslucir el fondo de sus intenciones. El sudamericano las adivinaba sin poder precisarlas por el silencio que se producía al acercarse a los grupos.

Una tarde, cansado de indagar y atar cabos que no le daban la explicación buscada, entró a un bar en Picadilly Circus. No estaba muy lleno. Tomó asiento junta a una mesa con vista a la calle y distraído con las gentes que pasaban apresuradas, trató de ordenar sus pensamientos.

Era increíble. Hablaba un inglés correcto, conocía la manera de introducirse por los canales psicológicos para comprender a europeos y orientales, había puesto en juego todas sus dotes de simpatía para ganarse la confianza de sus interlocutores, pero en todos sólo encontró amistad y reserva: el representante de los negocios de Mr. Wilmott merecía buen trato mas no confianza. Se le abrían las grandes puertas del mundo financiero e industrial, nadie se negó a estudiarle y sin embargo fue muy poco lo que obtuvo. La baja de minerales afectaba a todos — le dijeron — y todos andamos preocupados. Pero los ojos inquietos, las miradas furtivas entre ellos y una fina ansiedad en los juicios de los expertos desmentían la calma apariencia. Indudablemente: algo muy serio, muy grueso, se tejía en los medio bursátiles y comerciales, en el cual jugaban su parte las minas de estaño, de zinc y de antimonio de Mr. Wilmott.

Tanto como la imposibilidad de ver claro en la gestión que se le encomendara, le preocupaba la suspensión o la pérdida de sus facultades extraordinarias mediante las cuales ganaba lo que se proponía. ¿Qué demonios estaría ocurriendo? Por qué ahora y sólo ahora, cuando más requería de su ayuda, se evaporaban dejándolo en la condición de un pobre mortal, reducido a sus pequeñas posibilidades de individuo común?

Enigma sobre enigma. No averiguaba nada y se sentía abandonado.

Del bar se propuso dirigirse a un almacén de discos. En el trayecto tropezó con un puesto de claveles que invitaban a ser adquiridos: tan frescos y gallardos se veían. ¿Pero a quien podría, él obsequiar claveles? Recordó que la señora de uno de los propietarios de la firma comercializadora de minerales — tal vez el que menos esquivamente lo tratara — elegante y hermosa mujer, le sonrió significativamente. Le repugnaba el hecho — tratar de sorprender secretos aprovechando la frivolidad femenina — mas ¿qué podía hacer? Sería el último recurso antes de abandonar Londres después del fracaso.

En la elegante mansión del potentado fue acogido fríamente por el mayestático mayordomo. “Creo que la señora salió”; no obstante pasó la tarjeta y a poco anunciaba; “La señora lo recibirá.”

La bella dama elogió los claveles, la delicadeza del visitante, y lo condujo al amplio living donde se apreciaba la riqueza y el buen gusto de su dueña. Fue informado que el señor Rawlinson tardaría en llegar a la casa.

Temeroso al principio, vacilante después, afirmándose conforme avanzaba la conversación, Órficus intentó sondear a la dama. Hablaron de viajes, de las grandes empresas, del espíritu organizador de los británicos. Pero la mujer ni muy inteligente ni muy locuaz no aportaba nada esencial a lo buscado, limitándose a observaciones generales.

Era mucho más joven que el marido. No podía esconder su coquetería: sonrisas y miradas cuyo sentido el ingeniero comprendía resuelto a evitar el trance final poco disimulado.

Cómo Órficus manifestara que debía pasar por París antes de volver a Sudamérica, la londinense preguntó con ansiedad:

—¿Dónde se alojará usted? Yo también iré pronto a París.

Luego, como ruborizada por su audacia aclaró:

— Es tan agradable encontrarse en París con un amigo... Una mirada ardiente desconcertó al ingeniero: por linda que fuese la dama, él no pensaba ir tan lejos.

Prudente, se limitó a expresar:

—Soy muy amigo de su esposo. Aprecio altamente sus cualidades de gran empresario. Celebro que esté casado con una “Lady” tan bella y tan fina (sonrisa conmovedora de la señora Rawlinson) y no comprendo cómo podría separarse de usted.

La dama hizo un mohín despectivo:

—George —dijo— ¡oh, con George no se puede contar para nada! Y ahora que está con su gran proyecto menos que nunca.

—¿Tiene un nuevo proyecto? —inquirió Órficus tratando de ocultar su sobresalto.

—Sí, lo tiene, pero es algo tan reservado que ni siquiera yo sé en qué consiste. Oí llamados telefónicos, a veces recogí parte de charlas con otros empresarios, y se ha encerrado más de una vez en el estudio para redactar él mismo cartas, cosa que no hizo en veinte años. Sí. George se trae algo entre manos; no quiere decírmelo mas yo lo descubriré, claro que lo descubriré.

Ya tenía la pista: si Rawlinson, uno de os magnates en el mercado internacional de minerales tenía un gran proyecto, él sería la clave del asedio a Mr. Wilmott. Y la esposa del inglés haría de hilo conductor para descifrar el acertijo.

La dama se levantó, cogió el teléfono y tras leve charla invitaba a cenar al ingeniero.

—Rawlinson está de acuerdo: usted me acompañará a cenar, pero yo invito.

El ingeniero se irritó:

—Jamás fui invitado de una dama.

Ella se encogió de hombros:

—Si usted insiste, sea el anfitrión.

Durante la cena en un restorán de lujo, Órficus fue objeto del asedio de la dama. Contactos disimilados, miradas ardientes, frases provocativas. No era insensible a los encantos de la bella, mas tenía absoluto control de sus actos. Rawlinson, su amigo, merecía respeto, y estaba además lo otro: la investigación que podía peligrar si se enredaba con la fogosa inglesita. No podía fallar a Mr. Wilmott. Procuró mantenerse en un plano de discreción, de equilibrio; sin rechazar a la mujer, jugó de tímido y caballeroso. “Pensará pobre tonto y acaso sea lo mejor.”



Lidia Rawlinson no era muy culta, pero en artes amatorias emulaba con la mejor cazadora de sensaciones nuevas. Le gustaba el sudamericano y no lo dejaría escapar.

Terminó la cena: los dos insatisfechos. Órficus no pudo obtener la información que buscaba. Lidia desencantada de no haber rendido la fortaleza masculina.

Al subir al “Rolls- Royce”, la dama lo invitaba: tomarían un “cognac” en su residencia. El hombre alegó que debía trabajar aun, pero Lidia Rawlinson con risa aguda pasó a señalar que nadie trabaja después de la medianoche. Además Rawlinson ya debía estar en casa y lo vería con agrado pues simpatizaba con él. Finalmente —agregó la pérfida — usted no me ha dicho una sola galantería, lo que es increíble en un latinoamericano y esto me tiene profundamente abatida: ¿soy vieja o fea?

El ingeniero se sobresaltó:

—Señora, usted es una dama muy hermosa, muy gentil. Soy amigo de su esposo... ¿Compre usted?

Ella lanzó un risa fingida:

—¡El caballero medieval! Decir cortesías a una dama, mostrar interés por ella no son pecados.

Con un movimiento calculado la mujer descruzó las piernas acercándose peligrosamente al hombre. Órficus no quería ver, pero de soslayo atisbó el muslo soberbio bajo la falda recogida. El perfume de Lidia Rawlinson lo enervaba. Sintió que la suave mano femenina tomaba la suya y la colocaba sobre el muslo firme y ardiente de la dama. Suspiró ella, entreabrió las piernas, se deslizó en el mullido asiento invitando a una exploración. La tentación era muy fuerte. Órficus vaciló: acariciar a una mujer excitaba era sencillo y también agradable, pero un arrebato de los sentidos podía hacer peligrar su misión. No retiró su mano del muslo incitante para no herir a la mujer, mas cuando ella presionó para llevar su mano más adentro, resistió con firmeza. Lidia Rawlinson gimió en voz baja, apretó las piernas y casi desvanecía de placer.

Al llegar a la casa la dama perfectamente recuperada bajó con soltura.

En una sala acogedora tan suntuosa como el gran living central y llena de valiosos objetos de arte, tomaron el “cognac” y hablaron de trivialidades.

Rawlinson no llegaba. De pronto la mujer estalló: mi marido me juzga niña, inexperta, cree que soy frívola y que no capto las cosas importantes. ¿Usted también? Pues se equivocan. Usted busca algo, no sé qué... Ya lo sabré. Yo podría ayudarlo, si fuera más comunicativo, si me tuviese confianza, si fuese más galante.

¿Fiarse de una mujer astuta que buscaba sus propios fines? Trató de esconderse detrás de una cortina de pretextos: no, sólo estaba en viaje de estudio, había terminado sus observaciones, quiso conocer el señor Rawlinson, una eminencia en el mundo financiero, celebrada que tuviese una esposa tan bella y distinguida, estaba encantada en la regia mansión, le gustaba mucho Londres, y en tres días más volvería a Sudamérica donde lo aguardaba mucho trabajo.

—¿Casado o noviado? — preguntó la dama.

Antes que Órficus pudiese contestar, entraba Rawlinson con un habano en los labios sonriendo cordialmente:

—Espero que el joven ingeniero haya sido un buen acompañante para mi querida Lidia.

Con la llegada del esposo la señora Rawlinson se puso más atrevida. Ensayaba posturas provocativas, tratando de excitar a los hombres. Órficus sorprendió miradas de complacencia en

el marido: lo tenía agarrado por la carne. Comprendió que no solo quería con pasión a la mujer — era una hembra magnífica — sino que además le agradaba que fuese admirada y deseada por otros. “Perversión erótica” — pensó. Durante la conversación procuró eludir el espectáculo de los encantos femeninos, aunque muy a pesar, casi tangencialmente, bruscos relampagueantes visuales y fugaces le dejaban entrever los incitadores juegos sensuales de la señora Rawlinson y la miradas voluptuosas del marido. Dos que se entendían bien. El vicio en las altas esferas. No caería en la red, no sería el instrumento de los extraviados.

Se despidió cerca de la madrugada sin haber podido arrancar nada al financiero, que embobado en la contemplación de su mujer contestaba distraídamente a sus preguntas.

Los dos últimos días, considerando fracasadas su misión, se entretuvo recorriendo librerías, realizó una visita a las sala egipcias del British Museum. La víspera del viaje cenaba en Flete Street, cuando vió entrar a Rawlinson con su mujer y un hombre joven. De cuando en cuando Lidia y el joven salían a bailar. La mesa de ellos estaba muy próxima a la suya y Órficus pudo observar cómo brillaba los ojos del financiero al ver como bailaba la pareja, muy ceñidos, con las caras pegadas, frotándose indisimuladamente los cuerpos. Lidia, muy descotada mostraba ostentosamente parte de los seños. El vestido, corto y abierto lateralmente casi hasta las caderas, dejaba ver las soberbias piernas que se movían felinas durante el baile. Todos tres —bailarines y el hombre que los miraba — parecía muy satisfechos.

Instintivamente, desconfiando de ser complacido, súbitamente deseó el ingeniero poder sorprender los pensamientos del financiero. El antiguo golpe electrificante lo sorprendió. Una onda relampagueante le sacudió el cuerpo, lo mordió al punto de arrancarle un grito de dolor que apenas ocultó bajo el pañuelo. Pasó el fenómeno muy rápido e instantáneamente vió, leyó o le fue transmitido lo que ocurría en el complicado cerebro de Rawlinson.

Era un paisaje gris, penumbroso, cruzado de luces fugaces. Primero una acumulación, luego una dispersión de bultos, seres, ideas, perfiles, cosas. Una línea sinuosa de cordillera, luego un fondo submarino lleno de peces y flora acuática. Giraban torbellinos de aire llevándose hojas secas y trayendo desperdicios y cenizas que turbaban la visión. Aparecían y desaparecían tropes de búfalos y de ovejas en rara alternancia. Unos órganos altísimos junto a finos laúdes taraceados. Y de un limo agitado brotaban curiosos chisporroteos fosfóricos. ¿Era el país interior de un loco? Órficus se sintió conmovido y se disponía a abandonar el experimento, pero de súbito en el paisaje confuso, caótico, brotaron dos bandas blancas con letras rojas que se movían lentamente, y pudo leer lo que decían. En una las frases, intermitentes, con breves pausas, decían: “...que la estreche más... así... que le meta la pierna... ¿por qué no le roza el seño...? ... si está a su alcance... si fuese más audaz la besaría... me haré el que no veo... mas quiero verlos... más juntos.. ella está excitada, como me gusta... él no ha comprendido todavía el juego... la desea pero tiene miedo...¡qué bruto!..cuando regresen haré que le acaricie las piernas... bajo la mesa.. sin que nadie se de cuenta... sólo yo gozaré del placer de verlos excitados... Lidia es maravillosa...¡qué mujer...! Le encantan los hombres... Y verla ardiente, provocativa... acariciada por otros me excita a mí...” La otra banda, igualmente nítida decía: “El ingeniero cree que no lo tomo en cuenta...claro que sí... no conviene acercarse... que se vaya como vino: ignorando todo...nadie debe saber que preparo el gran trust...concentrar en manos inglesas todo el mercado internacional de estaño y de antimonio... sólo nos faltan tres grupos... y entre ellos el grupo Wilmott.. pero el maldito no quiere vender... hasta triplicaría lo ofrecido... cuando toda la producción la controlemos, será fácil entrar en combinación... esos mercaderes de armas... y nuestros minerales... la transnacional invisible sería perfecta... decretaremos guerras y trastornos ...en las regiones escogidas... eliminar al testarudo Wilmott si es preciso...”

Bañado en sudor por la excursión al antro cerebral de Rawlinson, Órficus salió a la noche londinense, excepcionalmente despejada. Llegó al hotel y no pudo conciliar el sueño: ya sabía todo lo que debía saber. Wilmott estaría contento de su misión. ¿Pero qué podría hacer su pequeño grupo productor frente a las maniobras gigantescas de Rawlinson? No pudo conciliar el sueño.

Otra vez de regreso a la ciudad natal. Buscó al señor Wilmott y le contó todo.

—¿Cómo pudo arrancarle la confesión? —preguntó el principal —Rawlinson es el hombre más reservado.

Órficus se turbó:

—Una noche tragos —explicó— le hice beber mucho y soltó todo...

—¡Pero si Rawlinson no bebe!

—Conmigo lo hizo.

—Habrá cambiado, qué raro... ¿Y qué nos importa? Lo esencial es que conocemos sus planes.

Finalmente Wilmott confió al ingeniero su estrategia: tendremos que operar muy alto, buscar contactos con las potencias mayores para impedir que se forme ese monopolio de minerales y armamentos. ¡Y vaya si lo impediremos!

Y así fue cómo, de modesto ingeniero de minas, Órficus pasó a ser una pieza más de las altas finanzas y la estrategia de los grandes capitanes de la industria.

En sus frecuentes viajes o en las reuniones con los “capos” del gobierno y de las fuerzas económicas, tuvo que vérselas con gentes hábiles y experimentados, hombres astutos que escondían celosamente sus objetivos finales. Fue una lucha larga y difícil en el curso de la cual vanamente intentó recurrir a sus antiguos poderes sobrenaturales: no le respondieron. No podía leer en sus mentes ni adivinar sus propósitos. Inútil pretender hacerse invisible o levitar. Desde el incidente con Rawlinson volvía a ser una persona normal, incapaz de sorprender los enigmas ajenos.

Pasaron los días. Una noche, sin poder conciliar el sueño, paseaba solitario en el viejo parquecito empinado sobre la ciudad cuyas luces fosforescían en todo el contorno del promontorio térrico. Deseó hallarse en el aire, suspendido unos metros sobre el parquecito y pronto sintió que se elevaba suavemente remontándose en el espacio: era fantástico contemplar el montículo desde cierta altura sosteniéndose sin saber cómo en el vacío. Había recuperado las perdidas facultades.

Pero al siguiente día cuando quiso hacerse invisible o tratar de leer en lamente de un político contrario a Wilmott, fracasó nuevamente. Creyó comprender que el poder oculto — ¿quién era el Otro? —jugaba con él. No acudía cuando Órficus lo necesitaba sino cuando se le antojaba. Era su juguete, su prisionero. En un impulso de ira lo maldijo, pensó librarse para siempre de su yugo. Una extraña vibración lo sacudió. Sus músculos se endurecieron. Sintió como si la sangre se solidificara en sus venas. Dejó de respirar y sin embargo no se asfixiaba. La vista, fija, sólo miraba al frente. Era una estatua ¿estatua de qué si se sabía el mismo de siempre sólo que privado de movimiento? Duró pocos segundos mas la advertencia había sido rotunda: no podía alzarse contra el poder que lo dominaba.

Mr. Wilmott advirtió su desaliento.

—Muchacho: o es la fatiga de los últimos meses o te desalienta el mundo de intrigas en que te metí. Aprende a mentir, a engañar, a espiar, a tener celadas a tus adversario. No te desanimas. La moral es para la vida privada, en los negocios cálculo y perfidia.

Un poderoso consorcio norteamericano-asiático, ofreció ponerse al lado de Mr. Wilmott para deshacer los planes del bloque londinense, pero exigía estudios que demandarían semanas si no meses y una respuesta en el plazo de 48 horas.

Rodeado de sus técnicos y consejeros Mr. Wilmott expresaba desanimado:

— Es humanamente imposible; en menos de 45 días no podríamos tener los datos y estadísticas que se requieren.

Se discutía cómo acceder al pedido del consorcio y las opiniones se sumaban de una en una: absoluta imposibilidad material.

Mientras todos cambiaban frases de desaliento, Órficus sintió el latigazo de fuego y de pronto la solución se dibujó nítida ante sus ojos. Pidió un papel, realizó unos cálculos algebraicos y entregó el resultado a los técnicos. Estos se miraron asombrados:

—Una computadora no lo habría hecho mejor ni más rápido.

Alguno, deslumbrado, preguntó al inglés:

—¿De dónde ha sacado usted esta joya?

—Mi muchacho suele darnos sorpresas — contestó Mr. Wilmott — y sus ojos brillaban de entusiasmo.

Órficus pensaba qué objetivos finales movían a la fuerza invisible: ¿en contra suya, en su favor? No comprendía por qué los largos períodos de receso, por qué no se plegaba a su voluntad, por qué, sin embargo, en los trances supremos lo convertía en vencedor. El orgullo se alzaba en su interior: no quería ser manipulado, habría deseado deberlo todo a su mente, a su voluntad, sin que intervinieran ayudas portentosas. Al principio los sucesos prodigiosos lo pasmaban, lo dejaban encantado. Luego la costumbre les fue quitando su carácter insólito. Y ahora que sobrevenían inesperadamente reduciéndolo a simple sujeto de experimentación del otro o de otros cuya naturaleza ignoraba, se despertó en su alma un ardiente impulso de independencia. Buscaría un sistema, un método de acción para desprenderse del poder oculto que pretendía dominarlo. ¿O lo habría dominado ya?

Cuanto más pensaba en ello menos comprendía. Ni estudios de psiquiatría ni meditaciones sobre lo maravilloso la daban la clave. ¿Era uno, era dos, era varios? ¿Cómo podía desdoblarse en dos vidas desiguales, la habitual y la extraordinaria, en un señor absoluto de sus actos, en la otra sujeto a la energía desconocida que en un principio dócil a sus llamado, ahora se había liberado y parecía actuar sólo por sí misma?

Decidió no cavilar mas sobre el caso y volvió con renovado ardor a su trabajo. A veces, visitando a sus hermanos y viendo jugar a los pequeños sobrinos una sombra de tristeza velaba sus ojos: la Señora... si hubiese formado hogar con ella, habría colmado la sensación de vacío que la habitaba.

Pero el encuentro con la Señora y su desaparición eran tan misteriosos como el enigma de su mente. ¿Qué era, en suma, un esquizofrénico, un disociado, un ovillo de mentes múltiples, un loco, un hacedor de milagros? y Ella, a pesar de su gran bondad, ¿habría podido comprender su extraña naturaleza, o adivinarla, ya que jamás revelaría ha nadie los portentos transcurridos? Y éste también resultaba un enigma: el pudor, el temor, una barrera infranqueable le impedían contar “eso” que vivía en su interior y que se manifestaba esporádicamente, cuando al Otro se le antojaba.

Un domingo almorzando al aire libre en el vasto jardín de la casa de Mr. Wilmott, Órficus y su principal. Sonó el timbre, los perros se dispararon ladrando. Sin temor a ellos y apartando al mayordomo con el brazo un minero entró corriendo, desalado:

—¡Patrón! En la mina hemos encontrado una veta así de ancha (extendía los brazos), casiterita pura, el mejor estaño, con sesenta por ciento de mineral. Es junto al paraje donde el Ingeniero (señalando a Órficus) halló la falla que permitió mantener la vida en “La Juliana”.

—Si verificamos la noticia, tendrá tu casa propia: te la regalará la empresa.

Cuando el minero partió con un generoso regalo en dinero del inglés, éste se volvió al ingeniero:

—Más dinero —dijo— ¿y para qué? Luego añadió con un dejo de amargura: yo no tengo familia y tu te empeñas en no formarla. ¿Para quién trabajamos?

Órficus sentía en su interior el mismo desencanto.

“La Juliana” pasó a ser la primera mina de estaño del planeta. Llovía el dinero al país, a la empresa, a Mr. Wilmott y al propio Órficus, que se negaba a recibir tanta riqueza, pero el inglés depositaba cada quincena fuertes sumas en su cuenta. Regaló casa y automóvil a cada uno de sus hermanos, becó a 25 hijos de mineros en la universidad, hacía donativos silenciosos a instituciones de beneficencia y aun le sobraba dinero.

Púsose a pensar: ¿quién era, en realidad, Órficus? Uno entre millares o millones de ingenieros de minas. Amaba las letras y las artes sin cultivarlas. Jamás quiso sobresalir entre los demás; sin embargo el azar lo había convertido en un hombre influyente a raíz del encuentro con Mr. Wilmott. Ayudaba a las gentes que a él recurrían, sin que ese otorgamiento de favores o beneficios hubiese suscitado el ansia de dominio que advertía en todos cuantos gozaban de autoridad y de poder en la empresa. ¿Qué buscaba, entonces? Leía libros de religión, la sabiduría, textos remotos de culturas orientales, a veces obras de ocultismo, pero ni ellas ni su propia reflexión le abrían la ruta segura que habría deseado seguir. Todo era claro y oscuro a la vez. Podría manejarse y manejar a los otros sin gran esfuerzo; lo que no alcanzaba era descifrar el sentido de la vida y de la muerte, comprender su propio destino, romper las fronteras del más allá, explicarse por qué en la fugaz brevedad de una vida humana soplan hábitos de eternidad que pocos escogidos llegan a captar. La ambición, la violencia, la codicia, la envidia, el resentimiento, la perfidia que lo rodeaban ¿no constituían el motor primero del quehacer humano? El ansia de dominio, concentrar poder, satisfacer todos los deseos con olvido de las leyes éticas ¿no parecían ser el ideal mayoritario de las gentes? El Bien cada vez más endeble, el Mal cada día más extendido, ¿no anuncian el final apocalíptico que se acerca? No tenía temor a morir, mas sí un recelo indescriptible a lo que podía suceder una vez vencida la frontera oscura. ¿Por qué el misterio? Atribuirlo todo a causas físicas, a la relación Tierra-Sol se le antojaba infantil. ¿Quien los movía y por qué? y el infinito universo con sus infinitos mundos y planetas ¿se movería también por lo que nosotros llamamos leyes físicas, fruto de una mecánica ultraceleste, o sería consecuencia de ligaciones y re-ligaciones incomprensibles como fluyen las ideas Di de un cerebro acosado por el deseo de saber? Y si el universo fuese una mente infinita... Si sólo existiera en la medida de la capacidad receptiva de cada cual: para el astrónomo un sistema caótico, siempre en expansión de astros, luces, vacíos y distancias mensurables sólo en mínima proporción; para el salvaje un manto de estrellas donde se cobijan los dioses del rayo, del trueno y del relámpago. Y volviendo a lo suyo: ¿por qué fué elegido, desde la adolescencia, para alcanzar y realizar cosas vedadas a la naturaleza humana, y luego reducido a simple instrumento o prisionero de esa fuerza desconocida que se manifestaba a través de su mente y de su cuerpo?

Un lampo de luz lo iluminó: sí, su vida tendría un sentido. Lucharía contra esos poderes ocultos, hasta vencerlos o al menos hasta poder comprender por qué lo habitaban y manejaban a su antojo. Porque estaba bien claro: había perdido su antigua facultad de dominio sobre ellos y ahora sólo servía de vehículo de transmisión para que ellos se expresaran.

Mr. Wilmott logró convencer a personajes con poder decisivo en los gobiernos de Estados Unidos y de Rusia, sobre el peligro de la unión entre los monopolios minerales y los de armamentos. Ambas naciones concentraron esfuerzos para destruir al consorcio absorbente de Londres. La caída de Rawlinson y la frustración de sus planes, determinaron el ascenso de Mr. Wilmott. Sus negocios prosperaron abarcando fábricas, empresas, grupos internacionales. Órficus siguió siendo su hombre de confianza.

— Muchacho — preguntaba cierta vez el potentado — ¿te has preguntado para quien trabajamos?

El ingeniero vaciló:

—Para este país, para sus gentes, para ayudar al mayor número ¿No es el objetivo de todo hombre de empresa?

—Está descontado que no somos una simple máquina de hacer dinero, que crear una nueva empresa es brindar otra fuente de trabajo, que nosotros administramos y distribuimos las ganancias mejor que muchos, con un sentido de repartición proporcional entre todos los que la sustentan. Mas no me refiero a eso. Aquí, en lo íntimo: sólo confío en tí. Los demás, por rectos y capaces que sean únicamente los veo como a profesionales: rinden por una paga; en el fondo les

interesa un pito la compañía. Todo esto que formé en 40 años de esfuerzo y sacrificio, desaparecerá cuando tu y yo desaparezcamos. Tu mismo ¿cuando yo me vaya, te harías cargo de la suprema conducción de todo lo que tenemos aquí y de lo que hemos organizado en el exterior? Dílo con sinceridad.

— No — repuso Órficus —. Estoy aquí por usted. No nací para financista ni para conductor de grandes empresas. Cuando usted falte me retiraré.

—Peor todavía. ¡Mira: yo no tengo familia ni puedo ya tenerla! Casé arriba de los 40 y la perra que llevó mi nombre, al ser sorprendida en adulterio mató mi fé en las mujeres. (Hizo un gesto con la mano como aventando ideas imposibles) Ahora que me aproximo a los 70 ya no puedo ni quiero pensar en casarme. Pero tu, muchacho, en la flor de la edad, sí podrías hacerlo. ¿Por qué no lo intentas? Si viese pequeñuelos de tu sangre y una buena mujer a tu lado... entonces, sí... ya tendría una familia...

El joven miró emocionado al principal.

— Señor — dijo — yo no merezco tanto afecto. Usted hizo mucho por mí. Me bastan su cariño y su confianza.

—Tu también me diste mucho. ¿Olvidaste los episodios de "El me Centinela", cómo sorprendiste a Rawlinton y me librate de vender las minas? Además está lo otro, lo que no se compra con dinero: las veladas hablando de libros, de esas creaciones sublimes de los grandes, del padre Bach o del exquisito Watteau, y nuestras disquisiciones sobre filosofía y temas ocultos: Blake y Swedenborg. Claro yo no pienso tan hondo como tú, pero tus reflexiones me hicieron pasar horas muy gratas. ¿Quién diría que Wilmott y su consejero Órficus en lugar de reunirse para planear negocios, lo hacían para descargarse de la tensión lucrativa en especulaciones ideales? (Riendo con fuerza) Muchacho: hemos compartido grandes jornadas. Tu eres mi heredero.

—Señor: no hable así. Usted es sano, vigoroso. Vivirá cien años. A su lado, yo soy físicamente débil.

—¿Tu débil? Has olvidado el pedrón en "El Centinela". (luego astuto, en voz baja, interrogó:

—¿O era otra cosa?

—Era otra cosa...

Tampoco esa noche cerró los ojos. Heredero de Mr. Wilmott, hacerse cargo del terrible dédalo de empresas y negocios; no lo quería de ningún modo. Detestaba la actividad mercantil, ese mundo laberíntico de valores, cifras, estadísticas, manipuleo de certezas y cálculos cuidadosamente evaluados, ese conjunto torrencial de técnicos, trabajadores, y personas influyentes que se debían manejar con el mismo celo y sagacidad que máquinas, empresas, sistemas de organización y de trabajo. El amaba al viejo, le sería fiel hasta el último, pero no a los negocios en sí ni la servidumbre sin reposo que entraña su constante vigilancia: cuanto mayores y más extendidos, absorbiendo con más fuerza el tiempo, la energía, la capacidad total de alma y cuerpo. No, de ninguna manera, él no sería el sucesor de MR. Wilmott. Le aconsejaría dos cosas: dotar de grandes recursos a la Fundación Wilmott para profesionales y artistas; y entregar su inmensa fortuna al Estado que cobijó sus sueños y protegió sus actividades de industrial.

Construiría una casa en Achokalla o a orillas del Titikaka. Viviría en soledad con sus libros y su música, a la espera de esa nueva inquietud que él presentía lo aguardaba para dar sentido final a su vida. Y entonces Órficus — el verdadero — se realizaría en plenitud.

El segundo ingeniero-jefe de las minas del complejo Wilmott, Ricardez, guardaba profundo resentimiento contra Órficus: antes de su aparición, el principal lo tenía por su hombre de confianza. Ricardez confiaba que con el tiempo él sería máximo conductor después del dueño. Pero el viejo, al designar apoderado general con plenos poderes a Órficus, automáticamente había relegado al segundo ingeniero a un tercer plano. De nada le valía esforzarse en el trabajo, urdir iniciativas; siempre el odiado Órficus, el nuevo, seguía siendo favorito. Ciertamente que sabía, acertaba en el manejo de minas y otros negocios, pero también, él, Ricardez poseía capacidad para hacer todo lo que se confiaba al otro. Próximo a la cincuentena, contaba con larga experiencia. El primer ingeniero-jefe no le hacía sombra: era un gringo, solamente un técnico, contratado por cinco años que pronto expirarían. Sólo sería un ascenso: más jerarquía en lo técnico, sueldo mayor, pero no entraría a la órbita mágica de la intimidad de Mr. Wilmott, cuyos umbrales conociera antes de la llegada de Órficus.

Este doble sentimiento de odio y envidia lo escondía celosamente en su interior, sin dejar traslucir nada a Mr. Wilmott, menos al objeto de su despecho. Había otra circunstancia que acrecentaba su ira contenida: su hija mayor, Evelina, una linda rubia, de 24 años, dotada, a juicio del progenitor, de todas las excelencias físicas y espirituales, sentía viva atracción por el taciturno favorito de Mr. Wilmott, sin merecer mínima correspondencia de su parte. Esto enfurecía más, aun, al resentido. ¿Quién era Órficus para desdeñar a su encantadora Evelina? También esto fué bien escondido; nadie sabría cómo lo lastimaba la indiferencia del joven.

Órficus intuía la animadversión de Ricardez y el interés que despertaba en la hija. Decidió cuidarse de ambos. En repetidas ocasiones se esforzó por mejorar y dar la razón al segundo ingeniero-jefe, siendo a la vez cortésmente frío con la hija. Ni uno ni otra se dieron por aludidos. Ricardez no parecía agradecido ni Evelina desalentada.

"Ambos son peligrosos — pensaba el joven — no quiero acercamiento con ellos."

Ricardez siguió intrigando finamente, sutilmente, sin dejar entrever sus intenciones para dañar a Órficus. Evelina, a su vez, no perdía ocasión para acercarse y ganar la simpatía del joven. Lo amaba desinteresadamente, no por la posición económica, sino por su carácter abstraído y silencioso. Quería invadir su mundo privado, compartir sus inquietudes, ser la compañera de ese hombre reservado, misterioso, que ganara la confianza del principal y el respeto de todos.

Despreocupado de padre e hija, reparando sólo incidentalmente en ambos, Órficus se embargaba en su trabajo y en sus responsabilidades que acrecían con la magnitud de los negocios del complejo Wilmott.

Tuvo que viajar a Europa por asuntos de la empresa. Por fortuna en este viaje todo le salió bien: obtuvo las informaciones requeridas, cumplió las misiones que le dieron y aun tuvo donde pasó tiempo para dar un salto a Dubrovnik donde pasó tres días encantadores, vagando de un lugar a otro, solo con sus pensamientos, despojado de toda preocupación.

Como debía realizar una última diligencia en Francia, viajaba de Marsella a París en tren. En una estación el tren se detuvo algunos instantes. Otro tren pasó a su largo lentamente y en sentido contrario. Órficus miraba, distraído las caras del otro convoy. De pronto sintió una tempestad en su alma: ¡esa mujer, esa mujer en el tren que se movía lentamente! Esos ojos oscuros, esa cara inolvidable... ¡Era Ella, la Señora! Pero la mujer no había dado señales de reconocerlo o estaba abstraída... Y su tren arrancó sin darle tiempo para indagaciones.

Cumplida su tarea en París tomó a avión para Lyon, porque averiguó que el otro convoy se dirigía a Lyon. Quedó allí una semana, visitando hoteles, lugares de información en las estaciones, mas no halló rastro de la dama: ¿la Señora o una desconocida que se le parecía?

Ricardez, en La Paz, hacía notar a Mr. Wilmott que el apoderado general tenía un retraso de diez días en volver.

—No importa —replicó el principal — Órficus sabe lo que hace.

Al bajar del aeropuerto en el suntuoso "Chrysler", Mr. Wilmott sondeaba al viajero:

—¿Hubo alguna "otra cosa", hijo?

— Sí —dijo Órficus con acento de tristeza — pero se desvaneció.

"Una mujer..." —pensó el viejo mas no lo dijo.

Noches después, escuchando a Tartini, bebiendo el "cognac" predilecto y fumando sendos habanos, el inglés insinuaba:

—Muchacho:¿no te animarías a casarte, aunque solo sea para que nos veamos rodeados de niños?

Órficus meditó antes de contestar.

—No puedo explicarlo... Sería destruir mi vida espiritual.

"Dí en el clavo — se dijo Mr. Wilmott — hay una mujer y su recuerdo le impide darse a otra." Luego suavemente indagó:

—¿No podríamos encontrarla?

El joven quedó desconcertado: ¿cómo había penetrado en su secreto?

—Creí verla... Fué una alucinación. Hace tiempo que salió de mi vida.

—¿Y por qué no la retuviste?

—No puedo explicarlo... Es algo muy intimo, casi sagrado, por encima de mi voluntad.

El viejo fondo céltico, rico de espiritualidad del inglés, afloró con dulzura:

—Pero Ella te habita, muchacho y si no la vuelves a encontrar estamos condenados a ser dos endiablados solterones.

Órficus sonrió melancólico:

—Usted lo intuye todo.

Se desencadenó una crisis mundial que a su vez se reflejó en la crisis interna del país. Todos pasaron días duros, tanto en el mundo oficial como en la esfera de los negocios privados. El complejo Wilmot se mantuvo firme, debido a sus fuertes reservas, a sus múltiples vinculaciones en las finanzas internacionales, y a la prudencia con que Mr. Wilmott y su apoderado, bien asesorados por los expertos siguieron conduciendo las empresas.

Como de costumbre, se conspiraba, atribuyendo al Gobierno las penurias que en verdad se debían a causas externas. En esas circunstancias, tanto grupos del Gobierno como de la oposición conspiradora se aproximaron al gran financiero para pedir le gruesa ayuda económica: unos para reforzar sus sistemas de vigilancia y represión, otros para comprar armamento y derribar a los de arriba.

"Nunca quise hacerlo — había dicho Mr. Wilmott — pero ahora me presionan con insistencia y amenazas veladas de confiscación." Si no ayudaba al Gobierno, éste tenía muchos recursos a mano para hostilizarlo y aun despojarlo de sus minas. "Tenemos capitales de mayor magnitud en el exterior — expresaba el principal — pero amo este país y no quiero abandonarlo a los azares de una lucha civil." Órficus tuvo a su cargo el contentar al Gobierno y apaciguar a los



revoltosos. Se otorgó empréstitos blandos o a fondo perdido ( 20 años es mucho plazo y al 3% de interés) para escuelas, caminos, y hospitales al Gobierno, y se concedió generosas pensiones para mantener a los exilados. Mas no hubo dinero para reforzar los sistemas represivos ni para armas. Todos quedaron igualmente descontentos y desaparecieron las veladas amenazas. ¿Quien podía alzarse contra la munificencia de Mr. Wilmott?

Una rara desazón invadió a Órficus: no se sentía contento en el mundo laberíntico de las finanzas, de la política, del roce social que no podía eludir por la importancia de sus funciones. Astucia, falsedad, fingimiento, intrigas. Todos ávidos de poder y de dinero. La bestia acechando detrás de las personas. Y estaba lo otro: Evelina, la hija del ingeniero Ricardez, que sin llegar a beldad poseía innegable atractivo; y Domenica da Forli, joven Y exuberante hermana del superintendente de minas que lo asediaba cuando iba a la ciudad. Evelina más discreta, más fina. Domenica más atrevida, más hembra. El ingeniero no creía poseer el magnetismo masculino para deslumbrar incautas, atribuyendo a interés de ambas a su posición financiera. Andaba equivocado, pues aunque no dejara de ser alucinante la posición del acaudalado, ambas buscaban al hombre. El no lo comprendía, acaso porque ninguna lo atrajera suficientemente. Un encuentro pasajero, el trato ocasional con mujeres lindas, refinadas, es grato. Y nada más. No podía imaginarse en la eterna compañía de Evelina ni de Domenica.

Más perspicaz, la hija de Ricardez se esforzaba en adivinar sus predilecciones, buscaba temas agradables en la conversación. Cauta en sus juicios y firme en sus principios, no tardó el joven en descubrir que bajo la apariencia de un carácter dócil, Evelina emboscaba una personalidad dominante. “Esta no dejará en paz al marido; será un instrumento de sus deseos.”

Domenica da Forli, atlética, bulliciosa, era más natural, más espontánea. No trataba de ocultar sus defectos. Su tipo sensual, provocativo, contrastaba con el recogimiento de Evelina. Irradiaba salud, alegría. Coqueta por temperamento se mantenía dentro de límites aparentemente correctos. Por mucho que le gustara uno, en las fiestas quería siempre estar rodeada por varios. Hermosa, rica, codiciada por muchos ¿por qué se empeñaba en conquistar al ingeniero? Su indiferencia la irritaba. Su posición era envidiable. Su apostura física y su misma reserva acicateaban su deseo: tenía que rendirlo, aunque no fuese sino para convertirlo en su marido.

En el baile de fin de año — Órficus bailaba poco y no muy bien — el ingeniero procuraba sustraerse al interés de las bellas, pero las más audaces lo sacaban del círculo de conversadores masculinos para bailar. Comenzaba el sufrimiento de Órficus: ¿de qué hablar a estas jóvenes desenvueltas, frívolas, despojadas del misterio femenino que se refugia en el recato y las pausas de silencio?

Con Evelina andaba más tranquilo. Distinguida, sagaz, la joven no lo acosaba con palabras. Era en verdad, una compañera agradable, fácilmente adaptable a sus estados de ánimo, a su mayor o menor locuacidad.

Durante la cena vió la pena reflejada en los ojos de la hija de Ricardez, cuando Domenica, cogiéndolo del brazo, lo hizo sentar a su lado. Los comensales eran muchos teniendo que estrecharse en torno a la inmensa mesa. Fuese la proximidad obligada de los cuerpos, fuese calculado o casual, pronto Órficus advirtió la frecuencia con que la da Forli le entregaba pierna y muslo en contactos eléctricos que alteraban su equilibrio de ánimo. Entre risas y cambios bruscos de actitud —tan pronto locuaz, ocurrente, tan pronto esquiva o callada — Domenica dosificaba sabiamente su poder de atracción. Buscaba la mirada de otros, se volvía hacia el compañero del otro lado, y el momento que Órficus respiraba, apaciguado, creyendo que había dejado de interesar a la bella, sintió un roce insinuante en el tobillo: Domenica, con el pie desnudo, iniciaba el juego erótico que volvió a turbarlo. Más tarde, en el baile, se ceñía atrevidamente al ingeniero, piernas y busto en muda entrega. Órficus guardó hasta donde pudo la compostura, sin poder sustraerse del todo al vibrante sensualismo de la joven que desplegaba sutiles toques para incitar al varón. Esos dedos ágiles rozándole la nuca, la mejilla ardiente apoyándose en la suya, un movimiento invasor de las caderas, los labios incitantes, y la mirada maligna de gata traviesa, los ojos verdes cruzados por relámpagos malignos. Su naturaleza sensual se revelaba en los menores detalles: Domenica, sacerdotisa de Eros, no se había dado a ninguno, ni provocado escándalo. “Hasta ahora” —pensó el ingeniero. Cuando la hembra rompiera los hilos que la frenaban...

La hija del superintendente era más peligrosa que Evelina, sin duda alguna. La trampa carnal puede voltear a los más fuertes. Con Evelina resultaba fácil evitar su atracción: maneras suaves, cortesía, atender sus preguntas, demostrar cierto interés que la muchacha agradecía. Con Domenica inventó una técnica soslayante que le dió eficaz resultado: cuando la joven ejercitaba presiones, contactos, roces físicos destinados a sobresaltarlo, él se concentraba intensamente en otra cosa, en ideas distintas, alejando su mente de las tensiones corporales. Así pudo sustraerse a la ofensiva erótica de la bella que no atinaba a comprender su imperturbabilidad después de haberlo visto a punto de sucumbir.

Evelina, Domenica, dos tentaciones no bastante fuertes. Ni otras que lo buscaban. Órficus habría querido complacer a Mr. Wilmott fundando hogar y dándole esos nietos fictos, acaso tener él mismo esposa y compañera, pero no hallando la amada ideal, la mujer cuya presencia jamás fatigaría, su recuerdo volvía a la Señora, ella que pudo ser su refugio, su fuerza, la fuente de una dicha perdurable.

Varios años después, sentía los hálitos de esa fresca y rica inquietud de juventud que emanaba de la Señora. Escuchaba su voz, hablando suavemente, como temerosa de turbar algo que en ella todavía estaba dormido; y otras veces rotunda, vibrante, diciendo cosas justas y agradables. ¿Por qué el mundo sufría una transmutación mágica cuando Ella lo miraba? Esa cara maravillosa que, despierta, parecía mirar desde el fondo de un sueño... El encanto de su ternura soñadora, la mirada velada de misteriosa profundidad... El doble encantamiento de la diosa indescifrable y de la compañera comprensiva que todo lo volvía tierno y sencillo. Cuanto más evocaba a la muy amada, sentía con mayor intensidad el bien perdido.

Y era, en verdad, la imagen de la Señora la que ahuyentaba a Domenica, a Evelina y a las mujeres que lo rondaban.

El superintendente da Forli llamó al apoderado del complejo Wilmott a su despacho. Le hizo ver que debido a la crisis, el gobierno debía reducir los cupos de exportación de minerales. El, de su parte, habría querido favorecer a Wilmott, siempre correcto y al lado de cuanto significara beneficio para la industria nacional, pero esta vez las condiciones críticas del mercado exterior aconsejaban tratar con mayor rigor a las grandes compañías para salvar a las pequeñas.

Ustedes tienen que comprender —dijo da Forli— tendré que aplicar estas tres medidas técnicas de previsión, que afectarán gravemente a sus reservas.

Situación excepcional: jamás había tratado el gobierno con tal dureza a la firma. Mr. Wilmott saltaría al saberlo.

Luego el superintendente, mirando con fijeza a Órficus, agregaba:

—Domenica me ha pedido que atenúe el rigor de las medidas... talvez reducirlas a la mitad...

El ingeniero sabía que da Forli adoraba a su hija. Creyó comprender el precio de esa ayuda. Su gratitud hacia Wilmott luchó contra su orgullo varonil. Pensando, luego, en el interés general de la industria y del país, repuso:

—Señor: haga usted lo que su conciencia le dicte. Primero es la Nación, después nosotros. Piense, además, que una complacencia suya, podría costarle el cargo: lo atacarían de todos los ángulos.

—Lo sé. (Y mirándolo con mayor penetración) Estoy ya cerca del retiro, tengo fortuna. Preferiría complacer a Domenica.

Órficus observó el mirar penetrante de los ojos astutos y se limitó a despedirse:

—Informaré a mi principal. Buenos días.

No quedó precisamente satisfecho Mr. Wilmott. ¿Por qué no aceptar el lazo de da Forli? Después de todo Domenica era una mujer de raza, podría ser una buena esposa y madre de lindas criaturas. "Pero claro, la mujer no le interesa, no está enamorado ti" —pensó con tristeza. Luego para disimular su decepción, inquirió:

—¿Pensaste que si las tres medidas se aplican en totalidad cerrarán cuatro de nuestras minas y dejaremos en la calle a 1.600 obreros? En cambio, escuchando al superintendente, los daños se reducirían a la mitad.

— Lo pensé. Y también que nosotros podemos resistir el paro temporal, evitando que cierren 50 minas pequeñas y éstas definitivamente.

Mr. Wilmott pareció resignarse. El muchacho tenía razón. ¿O pensaba en que sus mayores capitales estaban situados en el exterior? Órficus sospechaba su desencanto: no era el simple afán de lucro, sino el ver reducido su campo de acción, el área de su mando, el freno al ansia de poder que buscaba siempre extender su imperio industrial, manejar más hombres, más problemas, más organismos productivos.

Otra noche el industrial confiaba reposado:

—Tenemos que planear la manera de conjuncionar todas mis empresas en un vasto "holding", para que todo quede en tus manos cuando yo desaparezca.

—No puedo aceptar esa responsabilidad — replicó Órficus — ni aspiro a heredarlo. Alguna vez usted habló de devolver los beneficios que le dió este país. Pues hágalo: que el "holding" quede en manos del Estado con intervención de la empresa privada o instituciones respetables para no se destruya todo por acción política.

—Si no quieres ser rico ni manejar mi emporio, allá tu. Acaso seas más sabio, pero yo aseguraré tu futuro. Y ampliamente.

—Gracias — contestó el ingeniero — sabe usted que no es el interés, sino afecto y gratitud los que me ligan a su persona.

Solía visitar "La Alborada" donde los tíos acogían siempre con cariño. Elisabeth tenía dos niños. Diana era ya una linda jovencita, Orlando entraría a la Universidad. Ambos hermanos vivían con parientes en la ciudad y sólo visitaban a los padres el fin de semana por sus estudios. El paraje se había poblado: más alumnos en la escuela, una parroquia. El Preceptor y Elisabeth tenían su propia casa. "Ya ves —apuntaba melancólico tío Norberto — nos han dejado solos". Tía Carolina lo miraba con ternura: "Nunca estás solo — apuntó. Me tienes a mí, los chicos vienen con frecuencia (y dirigiéndose a Órficus) hasta tus hermanos Marcela y Deodoro suelen visitarnos. Además nunca te faltan ni tus libros, ni tu música, ni tus investigaciones arqueológicas. Te agradan el huerto y los jardines, ahí están tus montañas. ¿No soñaste vivir así?" Verdad — suspiraba tío Norberto, y Órficus advertía mm un gesto de indecisión en el querido rostro. "Son los años — pensó — está envejeciendo."

Indagó por la Señora. Ya no volvió. Hacía tiempo que la ~ quinta seguía cerrada al cuidado de dos fieles servidores que ignoraban su paradero. Cada tres meses, una carta lacónica les traía fondos para cubrir sus sueldos y los gastos de mantención de la propiedad.

No quiso saber de dónde provenían las cartas. ¿Para qué? La Señora viajaba mucho, se trasladaba de un lugar a otro, y nunca dejaba de recordarlos con lindas postales y frases afectuosas. Antes andaba por los 28, ahora lindaría los treinta y cinco; una mujer madura, desprovista de la frescura y el encanto de la juventud. ¿Para qué pensar en Ella? Se había desvanecido en el tiempo... Mas al recorrer los parajes donde floreció su amor le parecía sentirla viva, real, a su lado, aspiraba el fino perfume, su olor indecible, creía escuchar su voz, se sumergía en el mirar hondísimo de los ojos oscuros. Y una tarde fué la evocación tan intensa que creyó sentir la dulce presión de su mano y el roce de sus labios en las sienes. Cerró los ojos y recogió el murmullo de la voz amada: "estamos separados, pero nunca te abandoné." Volvió a sentirse confiado y feliz. El recuerdo de la Señora era tan fuerte como la vida. Descendió de la

colina lentamente. Una presencia sin presencia lo acompañaba. Y cuando los dos planos, el visible y el invisible cruzaron sus ejes, Órficus comprendió que la Señora estuvo con él.

La crisis prosiguió Mr. Wilmott, acentuado su carácter áspero, evitaba los viajes. Aunque se mantenía vigoroso y activo a los 75, se lamentaba: "soy un viejo gruñón, ya no me gusta ir a discutir con mis competidores." Instruyó cuidadosamente al ingeniero sobre los puntos que debería sostener en sus reuniones con financieros del mercado internacional.

Una vez más Órficus partía a los Estados Unidos, a países europeos y al Japón para defender los vastos intereses del complejo Wilmott y tratar de organizar el "holding" que apoyado en otros consorcios les permitiría superar los malos tiempos.

En el "jet" que lo conducía a Tokio el ingeniero repensaba su vida. Primero el joven solitario, esquivo, amigo de la naturaleza. El soñador en "La Alborada!", el extraño en su propia familia. Después el sujeto de raras experiencias que rompían las leyes naturales. El encuentro con la Señora y el desesperado amor que no alcanzó feliz desenlace. Los primeros años en las minas, el peñón en "El Centinela" que impidió su dicha. Luego la amistad con Mr. Wilmott y su inesperado ingreso al mundo de las altas finanzas que lo alejó de la naturaleza y de su natural inclinación a la soledad y al estudio. ¿Vivía, realmente, o era vivido por ese vértigo impersonal de los negocios que lo arrastraba de tumbo en tumbo, de proyecto en proyecto, de planificación en planificación para concentrar cada vez más dinero, más poder, más control en diversos mercados del mundo? Porque ahora Mr. Wilmott y él no se abastecían para abarcar el monstruoso crecimiento de las empresas. Tenían intereses en muchos países, manejados por directorios idóneos, por expertos y abogados de experiencia. Pero el inglés los conocía a todos, vigilaba sus actos y quería estar bien informado de cuanto ocurría. Órficus era sus ojos y su voz: tenía poder absoluto sobre todos, que ejercía con discreción. El viejo era distinto: el ansia de riqueza y el afán de dominio circulaban en su sangre. Moriría tranquilo porque se había realizado en plenitud: de simple industrial minero a capitán de las finanzas mundiales. El, en cambio, el ingeniero Órficus convertido contra su voluntad en industrial y financiero, desenvolviéndose en un ámbito que no le agradaba (¿mas cómo abandonar al viejo que se aferraba a su compañía y comprensión?) solo y desencantado en la flor de la existencia, se preguntaba: ¿qué sentido tiene mi vida, qué hice por mí mismo? Aparte de esos sucesos extraños, de esa fuerza invisible que no discernía bien si lo servía o se servía de él, en realidad usufructuaba de la genialidad creadora, del poder organizador de otro, pues se había limitado a colaborar con Mr. Wilmott. Y lo peor: no tenía fe en ese inmenso esfuerzo acumulador de energías y riquezas, no le agradaban ni los siempre negocios ni los viajes transatlánticos para tratar siempre de cifras, de volúmenes de producción, de fusión y diversificación de empresas, cálculos, siempre los odiosos cálculos... Un hombre envidiado y respetado por todos porque un inmenso poder, una riqueza fabulosa le guardaban las espaldas. Estaba cansado de admiración y servilismo las dos culebras que se enroscan en los acaudalados. Y ese torrente de la publicidad... Claro que él sabía evitarlo. "¿A qué obedece su venida al Japón, qué nuevos planes tiene el Sr. Wilmott?" Su respuesta era invariable y lacónica: "Nada". El viajero más antipático para periodistas y fotógrafos ansiosos de novedad: nunca tenía nada que contar, pero siendo representante general de uno de los potentados del planeta, tenían que contentarse con reproducir su imagen y el clásico "nada" para informar a los lectores. Un personaje mundial ¿no equivalía al payaso de un circo, repitiendo ocurrencias y gestos para hacer reír a las gentes? Si se descubriera su interior: el presunto heredero de un imperio industrial, era en el fondo el desencantado solitario sin amigos, sin hogar. Sólo el recuerdo de la Señora y el cariño de Mr. Wilmott lo ligaban al mundo afectivo. ¿Mas quien era, efectivamente, para qué trabajaba, qué sentido tenían su vida y su pensamiento? ¿Debería acompañar al inglés hasta el último, o abandonarlo para hacer la vida tranquila y retirada con la que siempre soñara? Vacilaba entre el afecto y la gratitud a su principal, y la natural inclinación a un transcurrir menos agitado y sobre todo menos expuesto a la curiosidad pública. Órficus se sentía prisionero del destino; era ya tiempo de romper sus amarras y recuperar el camino fidedigno. ¿Cuál? Al volver al terruño plantearía el problema...

En ese instante el "jet" entró en un vacío de aire y los pasajeros sintieron la fuerza del sacudón. Gritos de miedo y de furor cundieron por la cabina. ¿Qué ocurría? Un japonés explicó en perfecto inglés:

—El piloto es un loco suicida. Se le advirtió que no se aproxime al Fujiyama, nuestro monte sagrado.

La enorme máquina recuperó su estabilidad momentánea. Un respiro de alivio invadió al pasaje. Pero a poco el pájaro herido volvía a vacilar en su vuelo. Poderosas turbonadas de aire lo llevaban de un lado a otro, sin que el poder de sus turbinas pudiese contrarrestar el envión huracanado que lo envolvía. Volvieron los gritos, los rezos, la confusión. En la penumbra crepuscular, algunos divisaron el cono agudo del Fujiyama.

—¡Aléjense, aléjense! —gritaba el japonés desalado.

Sacudida por los bandazos, la puerta de los pilotos estaba entreabierta. Se veía a los tripulantes esforzándose por sustraerse al turbión tempestuoso que los zarandeaba. Cosa increíble: el "jet" no avanzaba en línea recta; desviado de su rumbo, se bamboleaba indeciso, como si aprisionado dentro de un férreo anillo invisible no pudiera salir del gran círculo tormentoso que amenazaba destruirlo. Los mirones aumentaron el pánico de la mayoría: "¡Estamos tan cerca del monte que pan podemos estrellarnos!" "¿Pero qué hacen los pilotos que no pueden alejarnos del peligro?" "¡Dios mío: es el final!"

El "Jumbo" seguía sacudido como una cascarita. Vientos furiosos lo impelían desordenadamente hacia arriba, hacia abajo y en desplazamientos laterales. Debido a la brusquedad de los movimientos de la aeronave, habían varios heridos cuyos acompañantes lanzaban gritos de angustia. Las aeromozas no podían tranquilizar el terror reinante.

Órficus, sangrante por un golpe en la cara tuvo la serenidad ¡para enfrentarse al peligro. ¿Y si volviera al poder superior? Se concentró intensamente. No una vez, sino varias sintió el latigazo eléctrico como si fuese a ser despedazado. Luego una voz interior lo impulsó a gritar con fuerza:

—¡Calmarse todos! Antes de un minuto estaremos a salvo.

Algunos se miraron, sorprendidos, mas la mayoría siguió gritando y manoteando con desesperación. De pronto se oyó una imprecación y una voz airada:

—¡No le hagan caso, otro loco más! Nadie puede salvarnos.

Cuarenticinco segundos después del aviso dado por el ingeniero, el "Jumbo" recuperaba totalmente la normalidad, de su vuelo. "Fué algo increíble —explicaba después el comandante de la aeronave — estuvimos largos minutos a merced de una fuerza terrible que anuló el poder de la máquina, descompuso los instrumentos y nos impedía realizar toda maniobra. Oímos el grito del pasajero y a poco se aflojó la tensión que nos ahogaba, como si la espantosa fuerza que jugaba con el "jet" y nuestras vidas se alejara, y todo regresó a su cauce: estábamos salvados."

Órficus fué loado y abrazado por el pasaje: había sido el vigía salvador, el primero en anunciar que pasaría el peligro cuando todos se juzgaban perdidos.

Un matemático que viajaba en compañía de otro científico, mentaba al descender del avión: ¿Cómo supo, ese, que faltaba un minuto para que pase el peligro?" El físico se alzó de hombros: "La casualidad, pura casualidad. Nadie viaja en el tiempo." Pero el matemático seguía perplejo; recordaba que la mirada del ingeniero reflejó, primero, un sufrimiento desgarrador y luego una llamarada estremecedora de intensidad diabólica.

De mucho tiempo, el poder invisible lo visitaba una vez más. Verdad que él no lo había invocado, o que no lo necesitó, pero el incidente del "jet" le devolvía vigencia: seguía unido, misteriosamente, a esa fuerza extraña que lo habitaba.

En Tokio comenzó la primera batalla entre Estados y monopolios. Órficus comprendía que en buena parte los Gobiernos tenían razón: no podían dejar la fabulosa acumulación de riqueza y de poder en manos de las compañías transnacionales, cuyos tentáculos se extendían por la superficie terrestre colocando a los gobiernos en manos de financieros e industriales. ¿Y qué eran éstos en suma: genios del mal, energía pura y desatada, apátridas o pilotos de humanidad? Le habían confiado una misión, salvar la gran organización mercantil de Wilmott buscando

vinculaciones con poderosos consorcios del exterior, y se encontraba con una crisis de poder entre Estado y Finanzas, dentro de la cual se aminoraban los problemas singulares.

Sentado en la vasta sala de conferencias, entre 1500 delegados de países y consorcios financieros, el ingeniero se limitaba a ver y escuchar. Él pertenecía a la clase de los dirigentes industriales, debería apoyar sus tesis, pero un sentimiento de justicia le hacía ver que la razón estaba de parte de los Gobiernos: la excesiva concentración de poder en manos de los grandes capitanes de la industria mundial, de los banqueros, de los bolsistas y especuladores, acentuaría el desequilibrio crematístico: pocos tendrían mucho y muchos carecerían de lo elemental. Su voz y su voto poco suponían en una asamblea tan numerosa; mejor callar. Súbitamente sintió la voz interior que mandaba: "¡Apóyalos, son tus iguales, tus amigos, no los abandones!" Supo que si tomaba con tacto con la fuerza extraña, concentrándose, ésta le daría la fórmula para engañar a los Gobiernos y fortalecer a los monopolios.

Entonces un soplo de rebeldía conmovió su espíritu: resistiría, se negaría a cooperar. Al diablo las transnacionales y las astucias financieras, aunque eso comprometiera a Mr. Wilmott y a él mismo. Si no se concentraba y la invocaba la "fuerza" innominada no podía influir en su voluntad. Sentía que ondas extrañas le recorrían el cuerpo. Apretó mandíbulas y puños y resistió con toda energía mientras su mente ordenaba: "¡no quiero, no quiero, no cederé!". Un sudor frío lo invadió. Y mente y cuerpo, al unísono funcionaban en sentido de negación: nada, nada con "eso" desconocido que pretendía manejarlo a su antojo. Con un esfuerzo, final intensísimo pensó: "Soy libre, no me dejaré manejar, no apoyaré a los monopolistas." La tensión aflojó. Recuperó la calma y un fuerte sentimiento de alegría lo conmovió: había vencido, no era un prisionero, podía luchar con la "fuerza" y derrotarla.

En ese instante se le aproximó el japonés que gritara el peligro en el "jet", y ocupó el asiento vacío a su lado:

—Lo he reconocido — dijo — usted es el mago que previno que nos salvaríamos. Adivino que tiene también la solución para que venzamos de los Gobiernos; ¿por qué no la da?

Órficus lo miró con dureza:

—No soy mago, ni nada que se le parezca. Podría dar la fórmula mas no lo haré.

Y se encerró en absoluto mutismo dejando que el otro hablara nervioso y porfiado, hasta que cansado de no recibir respuesta se alejó con expresión de fastidio.

Las reuniones posteriores en Londres, Berlín, Moscou y Nueva York ajustaron los acuerdos finales cuyos resultados fueron favorables en dos tercios a los Estados y sólo en un tercio a los consorcios transnacionales. Estos se sintieron derrotados.

Por contraste las gestiones de Órficus para mejorar al complejo financiero Wilmott progresaron rápidamente. El inglés descontento por el resultado general, sería compensado con el éxito individual de sus empresas.

Órficus tuvo una pausa de alivio: después de varias semanas de viajes y contactos extenuantes —¡cómo lo irritaban las discusiones de negocios! — le quedaban algunos días libres de descanso.

Se propuso pasarlos, libre y tranquilo, bordeando la costa dálmata. En avión hasta Dubrovnik y luego en auto por Drenik, O-Hvar, Stari-Grad, hasta Spalato.

Sería un remanso, entre los altos y fuertes yugoeslavos cuyo idioma desconocía, aislado en la multitud o en rincones sosegados, devuelto al encanto indecible de la naturaleza y la soledad que aun en ciertos parajes restituyen al hombre a su natural condición de hijo y no esclavo del planeta.

Ragusa-Dubrovnik, encrucijada de fieras luchas y de las antiguas culturas serbias, croatas, eslovenas, marcadas todas por el férreo puño romano.

Paseaba distraído por Plaza Stradun, ese largo martillo de casas de piedra, recinto cerrado que a la caída del crepúsculo se puebla de gentes y turistas, ansiosos de atisbar las tiendas y “boutiques” repletas de mercadería.

En las vitrinas se apiñaban los paseantes, alegres, confiados, como fuera del vértigo europeo. Ancianos, gentes maduras, jóvenes, niños. Ni vehículos ni estrépitos odiosos. En ritmo calmo se vive en Dubrovnik. Se diría que su pequeña población ignora en absoluto la fiebre vertiginosa de las urbes. Nadie se apresura, nadie aparenta inquieto. Órficus podía detenerse a contemplar un muro vetusto, el campanario de la iglesia, tiendas y rostros que se le presentaban llenos de encanto y novedad. Ni cumplidos ni brusquedad, las personas se movilizaban con natural armonía.

De pronto se sintió levemente presionado, frente a una vitrina con artículos típicos de la región. Aspiró el perfume inolvidable, volteó la cabeza y ahí, rozándole el brazo, estaba la Señora linda y fresca como antaño, vencedora del tiempo. Quedó mudo de sorpresa y antes que reaccionara del trance extático, ella apuntaba con el índice a un hombre alto, vigoroso, que aparentaba el medio siglo el cual discutía en el umbral con el propietario de la tienda. La mirada de los ojos oscuros decía de amor y de angustia a un tiempo. Luego el índice sobre los labios de la dama pedía silencio. Un instante fugaz la áurea sonrisa iluminó su rostro. Pero ya el hombre alto, sin duda su compañero, se despedía del dueño. La Señora fingió estar absorta en la vitrina. El desconocido la tomó del brazo y se alejaron. Órficus los siguió: ¡con qué gracia y majestad caminaba ella que se desasí del brazo del hombre! ¿Debía o no debía seguir la persecución? La Señora pidió silencio, no deseaba ser reconocida. Respetaría su deseo.

Esa noche, cuando pensaba haberla vuelto a perder, en el vasto comedor del “Libertas”, tuvo la segunda sorpresa: ella y el desconocido acompañante cenaban en una mesa próxima, algo al sesgo, de modo que la dama podía verlo casi de frente podría y el hombre le daba la espalda. Bendijo su suerte: podría contemplarla libremente.

El hombre, concentrado en la cena, daba poca atención a la Señora, a la cual se dirigía de tanto en tanto. Pudo así el joven reparar en ella sin pausa, comprendiendo que con la traba del acompañante y su deseo manifestado de no ser reconocida, sólo fugazmente podría responder a sus miradas.

No supo qué pidió para cenar ni qué le trajeron. Comía automáticamente y el excelente vino yugoeslavo le encendió la sangre. Allí, a pocos pasos, estaba Ella, la bellísima, la muy amada, como si el tiempo no hubiese transcurrido, exactamente igual a cuatro años atrás, tan hermosa, fina y seductora como el primer día que la conoció.

De cuando en cuando, mientras el hombre se abstraía en la cena o en su pensamiento —veíasele preocupado, taciturno — la Señora lanzaba miradas furtivas al ingeniero, miradas rápidas, dardeantes ¡pero dice tanto una mirada en el mudo entendimiento de dos que no pueden comunicarse! Órficus leía en ellas: “te amo, jamás te olvidaré, soy tuya para siempre.” Otro instante él preguntó a la cautiva con los ojos: “¿Y ese hombre que te acompaña, es tu marido, tiene algún derecho sobre tí, lo amas o lo temes?” La Señora se apresuró a responder señalando al hombre y luego moviendo negativamente el índice: “nada de amor, es otra cosa, lo que no pude revelarte...”

El hombre se levantó dirigiéndose a una cabina telefónica. Estaban solos, podrían comunicar; pero ella hizo un signo de prudencia y con la palma de la mano indicó que debía permanecer donde estaba. ¡Maldición! ¿Qué obstáculo escondido los separaba? Podía desafiar al desconocido, acercarse y proclamar su amor a la reencontrada. Intentó poner en juego sus facultades supranormales y fracasó. Advirtiendo su irritación, la dama lo miró tan hondamente, con ese mirar suyo hecho de ternura y comprensión, que el joven se sintió elegido entre todos.

Seguía siendo suya, sólo para él, la Señora nunca había mirado así a nadie; y ese mirar puro, profundo, cruzado de júbilo y la melancolía a la vez abría las puertas del viejo amor en su alma.

Volvió el hombre y con él las precauciones para ambos.

Cambiaron una mirada final que levantó músicas de esperanza en su corazón.

Al abandonar el comedor el hombre marchaba adelante y la mujer detrás. Órficus se indignó era un patán. La Señora, al pasar junto a su mesa dejó caer algo. El ingeniero lo recogió: en un papelito sólo tres palabras: "confía y espera."

Descubrió que venían en un circuito de turistas y se alegró porque así le sería fácil seguirlos hasta hallar ocasión de hablar con Ella.

Fueron a Trogir, la diminuta isla que de colonia griega importante en el siglo IV antes de Cristo, ha pasado a sólo fascinador rincón turístico. Al salir de la catedral, el grupo en desorden separó a la Señora de su acompañante. Órficus, confundido entre los otros, pudo aproximarse. Sintió la mano querida presionar en su brazo, los ojos oscuros lo miraron con ardiente elocuencia y recogió estas palabras: "No temas, no nos liga el amor sino el odio. Pero debo seguirlo. Yo también tengo que cumplir una promesa. ¡Te amo, oh te amo tanto, tanto... !"

Ni en O-Hvar ni en Stari-Grad pudieron acercarse. El taciturno no se desprendía de ella. ¿O habría sorprendido sus miradas? Llegaron a Spalato, la moderna Split y todos fueron a parar al lujoso hotel "Marjan".

Los dos primeros días Órficus intentó vanamente comunicar con la Señora, pero al tercero la casualidad hizo su parte.

Descendía una callecita empinada en gradería pensando cómo se las ingeniaría para verla cuando de un portal vetusto surgió ella, mirando ansiosa a los costados como si temiera ser sorprendida.

Ella miró con angustia la calle y luego lo atrajo a un entrante del muro. Se abrazaron y besaron con pasión mas la Señora cortó el deliquio:

—¡Vete, oh vete —dijo asustada — él vendrá en pocos instantes! Está acostumbrado a matar, lo seguirán varios de sus hombres. Tiene que hacer algo terrible aquí. Si te descubre te matará. No por mí (una risa forzada) sino porque nadie debe enterarse de lo que hace. ¡Vete, vete!

—Obedezco — ¿pero cuándo nos veremos?

La Señora vaciló antes de responder:

—En Roma, en Roma... el 15... Estaré sola... En el jardín de las rosas, a las seis de la tarde.

Era casi al anochecer. La Señora volvió a entrar al portal y él se escondió en un rincón próximo con la curiosidad de saber lo que iba a suceder.

Pasarían dos o tres minutos y se acercó un grupo subiendo la calleja empinada. Dos quedaron vigilando y tres — entre los cuales sobresalía la silueta del hombre alto — penetraron por el portal. Hubo un ruido de pelea, se apagaron las luces de una habitación. Luego dos hombres salieron llevando a un tercero, maniatado y amordazado que se esforzaba inútilmente por librarse de sus captores. Casi enseguida el hombre alto y la Señora tomaron la dirección opuesta a los cinco que se alejaban en descenso, en tanto ellos subían la calleja.

Pasaron junto al ingeniero sin verlo y éste pudo recoger una frase del hombre que conducía a la Señora: "¡por fin, después de tantos años. Lo hicimos!"

Órficus pasó la noche en vela. ¿Cuál era el enigma?



No podía olvidar el origen eslavo de la Señora: ¿estaría del lado de los rojos o mas bien de sus adversarios? Podría tratarse de un enigma de tipo policial. O de una venganza familiar. Andaba unida al hombre alto por una misteriosa vinculación, nada que fuese amor; ¿pero qué clase de vinculación? Y esas temporadas de reposo junto a "La Alborada". ¿qué significaban frente a las largas desapariciones que las seguían? Una mujer noble, franca, como ella, ¿por qué no podía revelar esa parte en sombra de su vida? Tal vez pertenecía a una sociedad secreta... Atada por un juramento no podía descubrirlo a otros. Cuanto más pensaba en ello, más acrecía su curiosidad: ¿cómo un ser excepcional podía estar ligado a fines vedados o críminosos? Porque el secuestro que presenciara delataba violencia, castigo, crueldad. ¿Y cómo ligada a una asociación oculta pudo conservarse joven, linda, en fresca lozanía. Aparentaba veinticinco años y debía andar cerca de los cuarenta. ¡Cuán seductora de porte, y cómo hablaban los ojos oscuros el lenguaje intuitivo del amor y la comprensión espiritual! Mantenía su secreto por una razón desconocida que no podía violar... Sin embargo era veraz, decía con franqueza lo que sentía; su naturaleza noble no le permitiría fingir. Lo amaba, era fiel al idilio de "La Alborada", ningún otro hombre le robaría su amor. En esos cuatro años transcurridos sin verse, seguía siendo suya, solamente suya... Órficus vibraba de alegría: quebraría la promesa hecha en "El Centinela", cosa infantil al fin, que jamás debió hacer, y se uniría para siempre a la muy amada. Entonces su vida tendría un objetivo, un sentido, un desarrollo armonioso bajo la aureola del reposo conyugal.

Una hora de vuelo de Dubrovnik a Roma. Otra vez en la cuna del mundo.

Tres días después se encontraban en el Jardín de las Rosas, ese refugio silencioso en una suave colina romana, visitado por parejas aisladas y casi nunca por turistas que perdieron el sentido de la frecuentación a la naturaleza.

El sitio penumbroso y la penetrante fragancia de los rosales servían de marco poético al encuentro.

Se besaron castamente como le gustaba a la Señora y la emoción reciproca fué tan fuerte que al principio no podían hablar. Se contemplaban ansiosos, temerosos, como si el milagro de su presencia pudiese desvanecerse. Y ambos leyeron el mutuo mensaje de su pasión: nada pudieron el tiempo ni la separación. Órficus y la Señora seguían el camino del destino, cerca, lejos, siempre unidos por la mágica revelación del amor que sólo se da una vez en cada vida.

—Has madurado. Se te ve más hombre y más seductor.

—Eres la misma que amé desde el primer encuentro. Tienes 25 años y sigues siendo la reina de las hadas.

Pasadas las efusiones del sentimiento, el ingeniero se puso grave al interrogar:

—¿Podría yo saber lo que ocurre? La dama lo miró apesadumbrada:

—Todavía no...

—¿No bastaron diez años para despejar el enigma?

—Estoy ligada por una promesa que no puedo quebrar. Ya falta poco... Ten calma, no desconfíes.

—¿Cómo podría desconfiar de ti? Si quiero saber lo que pasa, es para poder ayudarte, para hacer algo, no sé... Me aflige verte sola, rodeada de misterio, sin poder hacer nada en tu favor. Tu conoces mi vida entera, la exterior y la íntima, ni esa atmósfera de sucesos extraños que me persigue te es ajena. Lo sabes todo, y por ello mismo puedes influir benéficamente en mi. Yo, en cambio ¿qué puedo hacer por tí si ignoro de dónde vienes, qué buscas, dónde vas?

—Puedes hacer más, mucho más que todo eso.

—¿Qué puedo hacer?

—Amarme...

Y la Señora cortó el diálogo con esa caída de párpados y esa suave presión de la mano que lo decían todo.

Siguieron cambiando ideas sobre el futuro, lo que harían, cómo desligarse de los dogales que amenazaban su dicha.

—En poco tiempo, tres, cuatro meses más, yo iré a buscarte donde estés y podré revelarte todo. Ten confianza.

—La tengo. Si esperaré cuatro años ¿cómo no podría esperar tres o cuatro meses? Lo grave es lo mío, romper el juramento que hice en la mina. ¿Soy libre de hacerlo cuando cuarenta vidas penden detrás?

Ella lo miró sonriente:

—Todo tiene solución. Te ayudaré a encontrarla.

De pronto el joven profería:

—¡Escucha! Hay una música en el aire... parece una fantasía de Mozart... ¿Pero quien la toca si estamos solos?

La Señora contestó emocionada:

—Es el rumor de la felicidad.

Quedaron en suspenso. Nuevamente las palabras huyeron de sus labios para dar paso a la contemplación extasiada.

La Señora miró el reloj: habían transcurrido dos horas y Órficus pensaba que recién se encontraban.

—No quiero separarme de tí, no puedo arriesgarme a volver a perderte. ¡Vámonos a mi tierra!

—No puede ser: es imposible. Mañana salimos para Lituania.

—¡Yo también iré!

Ella hizo un gesto de temor:

—No lo intentes, si me quieres, no lo intentes: puedes entrar pero ya no saldrías.

—¡Bah, los rojos, yo sabré evitarlos!

—No son los rojos. Hay otras sectas de fanáticos más crueles, más inexorables. Si entras te matarían al descubrir quien eres y que andas tras de mí.

Órficus la miró con sorpresa y receloso preguntó:

—¿No serás reina, jefe, o elegida de una secta oculta?

La dama rió alegremente:

—¡Qué caviloso eres! No hay reino, secta, ni jefe alguno. No formo parte de ninguna asociación, visible o invisible, para que duermas tranquilo. Cuanto hago lo hago por mi voluntad; nadie me obliga.

Entonces el ingeniero la conminó:

—¿Casarás conmigo, nada podrá separarnos?

—Seré tu mujer. Para siempre.

Se despidieron con la mutua promesa de volverse a juntar cuando la Señora terminase su misión. Y al verla alejarse con ese andar rítmico y majestuoso que idealizaba su figura, sintió el joven la fuerte intuición de la dicha futura: nadie tendría esposa y compañera de mayor encanto.

La Señora, a su vez, se alejaba bajo una doble sensación de júbilo y de temor: por haber refrendado su amor, pero ¿podría él comprender el extraño curso de su vida? Nada que afectara su honor de mujer, sombra alguna de otro hombre, su amor era el primero raro, y el último, pero lo otro... lo otro... tan raro, tan difícil de contar ¿quien lo comprendería no habiéndolo padecido por sí mismo? "No, no quiero ser perdonada — pensó orgullosamente — quiero ser simplemente comprendida. Si me ama sabrá comprender" Y esta frase final acabó por tranquilizarla.

Órficus volvió a la patria. Encontró a Mr. Wilmott con renovadas energías, planeando nuevas combinaciones en sus empresas. En el gran despacho de cristales cromáticos, el acaudalado fué informado del éxito en relación a sus negocios y la derrota de las transnacionales a algunas de las cuales andaba asociado. "¡Bah ¿ qué importa? —comentó— mientras tengamos el control de lo más próximo, aunque se diluya lo mayor." Luego acogió con viva alegría la noticia inesperada.

—Me casaré en pocos meses más y usted será "abuelo" un año después.

El inglés no podía disimular su entusiasmo:

—Tus hijos serán mis nietos. Para ellos todo esto, todo.

Enseguida vino el desencanto.

—Quiero dejar este mundo cruel de los negocios que me asfixia. Buscaré un trabajo simple, que no turbe mi sueño, que no me obligue a la movilidad sin descanso. Librarme de la terrible responsabilidad de dirigir tantas empresas, el manejo de mucho dinero distribuido en muchas partes que obliga a estar absorbido por la fluctuación de los mercados. No, no deseo mi vida futura prisionero del torbellino financiero.

Luego miró a Mr. Wilmott como avergonzado de lo dicho y agregó:

—Su caso es distinto: usted se formó en esto y además le gustan las finanzas y los negocios.

El inglés lo contempló apenado:

—¿Entonces vas a dejarme?

—No —repuso el joven — seguiré a su lado, pero me relevará de la responsabilidad mayor: ya no seré el apoderado general. Sus empresas están en manos de directores y ejecutivos competentes. Quisiera un solo cargo, una sola ocupación...

—¿Qué, por ejemplo?

—Dirigir la gran fundación que llevará su nombre en favor de la juventud. Nos ocuparemos de buscar y estimular, de dar oportunidades a técnicos y artistas e invertiremos bien sus rentas para asegurar larga vida al organismo.

Volvieron a brillar los ojos de Mr. Wilmott.

—¿Cuánto crees que requiera la Fundación?

—Con quince millones de dólares será suficiente.

—Dobla la cantidad. Pero dime: ¿después de haber manejado centenas de millones no te será fácil concentrarte en esa sola actividad y cómo emplearás el resto del tiempo?

—Quiero vivir —dijo Órficus — que la Fundación sea únicamente una parte de mi quehacer diario; el resto de mis horas para Ella, para los hijos que vendrán, para la vida de estudio y meditación que no llevé, en los últimos diez años.

—Aceptado. Así no tendrás que viajar tanto, dispondrás de tu tiempo libre y estaremos más cerca. Dirigirás la Fundación, la organizarás y serás mi consejero privado, pero sólo en horas de oficina —agregó sonriendo maliciosamente.

El ingeniero advirtió en la voz y en los ojos del acaudalado una emoción paternal que jamás viera en su propio padre.

—Mi primer hijo se llamará Nicolás, como usted —profirió el joven.

Mr. Wilmott lo despidió con los ojos húmedos.

Cerrado el acuerdo con el principal, Órficus respiró a plenitud: había arrojado a un lado la montaña que lo abrumaba, su esfuerzo cotidiano se concentraría en una sola actividad, y dispondría de la otra mitad de su vida para amar a la Señora, refugiarse en su hogar, soñar y dar cauce seguro a la inquietud interior.

Creyó ser un hombre feliz: todo andaba bien y se resolvería mejor. Pero el genio de los próximos meses no pensaba lo mismo.

Una quincena después enfermaba Mr. Wilmott seriamente. Se temió por su vida. Vino un especialista de Londres a colaborar con los médicos nacionales cuyo diagnóstico confirmó: reposo absoluto de 30 días y luego nuevo régimen de trabajo, más moderado, prohibición de licores y cigarros. Al dejar el lecho, Mr. Wilmott que tuvo constantemente a Órficus a su lado, le avisó: “No tienes nada que temer: los treinta millones ya están depositados a tu nombre y quinientos mil dólares más, mi regalo de bodas.”

—Señor: ¿cómo cree usted que iba pensar en estas cosas estando usted enfermo?

—Es mejor hacerla todo a tiempo —dijo Mr. Wilmott filosóficamente.

Las noches en desvelo y la constante preocupación de los días convencieron al joven que amaba verdaderamente al viejo. “Es mi padre —pensó — porque con el otro, el fidedigno, jamás nos entendimos.”

Superado el sobresalto de la enfermedad de Mr. Wilmott, el ingeniero volvió a la antigua pasión de trepar cerros. Los domingos se ponía sus zapatos gruesos y se aventuraba por parajes desconocidos. Conocía todos los montes y prominencias que circundaban la ciudad. Madrugó para ganar tiempo y se alejó varios kilómetros a pie hasta dar con una serranía de picos atrevidos que seguramente desembocaba en otra hoyada. En cuatro horas de ascenso metódico, alcanzó la crestería final de los cerros y se detuvo a descansar en una reducida meseta desde cuya vertiginosa altura se divisaba un valle profundo y extendido salpicado de árboles y casuchas campesinas. Un lago, al fondo, esmaltaba el paisaje. Una pareja de “allkamaris”, en círculos concéntricos, volaba próxima: sus alas firmes y sus picos rojos acrecentaban el vacío pavoroso que se abría a los pies del ingeniero.

Absorto en la salvaje belleza del panorama, circundado de filos agudos y tremendas montañas, Órficus no reparó que alguien se acercaba detrás suyo. Se sintió envuelto en un abrazo de hierro que le cortaba la respiración. No podía ver el rostro ni el cuerpo de su agresor. Sólo escuchó una bronca voz en inglés que dijo:

—Deje en paz a la señora Stremanowski. No debe volver a verla, ella está destinada a una misión superior.

Órficus lanzó una exclamación evidenciando que apenas podía respirar.

El desconocido aflojó su presión. Por la fuerza que lo oprimía y por la altura de la cual bajaba su voz, calculó que estaba en brazos de un gigante de poder hercúleo del que no podría desprenderse.

El otro insistió:

—Si no jura usted olvidarla, lo arrojaré al vacío.

El ingeniero evocó la promesa en "El Centinela" que lo privara de cuatro años de dicha. Intentó inútilmente resistir, zafarse de los poderosos brazos que lo estrechaban. El agresor, impávido, lo fué empujando casi hasta el filo del abismo.

—Le doy un minuto para reflexionar:

—¡Jure!

Comprendió Órficus que la amenaza sería cumplida. Se vió perdido y súbitamente le acudió el recurso de su propio poder sobrenatural. Se concentró, fué atravesado por el relámpago habitual y de pronto se aflojaba la presión del desconocido. Se hincharon los músculos del joven, rompieron la fuerza del abrazo que lo oprimía, y pronto se vió frente a un negrazo de más de dos metros que lo miraba con furia y con asombro, sorprendido de esa otra energía que había rendido la suya.

Lucharon brevemente. El negro brutal, amenazante, decidido por la rabia que se leía en sus ojos, a echarlo al vacío. Órficus ágil y también fortísimo, resistiendo victorioso las arremetidas del enemigo. Cuando comprendió que si no lo hacía él, sería el negro quien lo arrojaría al abismo, Órficus realizando un esfuerzo final empujó violentamente al negrazo y lo vió desaparecer en el vacío lanzando un alarido. Jadeante, se limpió el sudor de la cara. El poder oculto lo había auxiliado una vez más. ¿Pero qué misterio era ese que rodeaba a la Señora, y por qué un asesino tuvo que venir a buscarlo a una ciudad remota de la América del Sur, para arrancarle con amenaza de muerte el juramento de alejarse de Ella?

Quedó el joven profundamente impresionado. Había matado a un semejante, en defensa propia, hijo de Dios o hijo del Diablo, pero al fin un ser humano, el prójimo de que habló el Cristo. ¿Un asesino, un fanático, un sacrificado a una causa mayor? Se asomó al filo del altísimo cerro: el precipicio se abría tan hondo que no se divisaba el bulto del caído. Luego estaba lo otro: ¿por qué su amor a la Señora podía ser causa de su propia destrucción? ¿Sería un ser excepcional, vinculado a tareas tan altas y enigmáticas, que muchos expondrían la vida por preservarla de contaminación con seres normales como él?

A la enfermedad de Mr. Wilmott y a la lucha en la cumbre de la serranía, sucedieron cosas adversas. Felipe, el hermano fanfarrón y consentido, moría en un accidente. El joven se apenó por la desaparición del ídolo de su infancia, que después pasó a ser modelo indeseable de su juventud. La Nación estuvo en peligro de guerra por un incidente fronterizo que posteriormente se despejó, pero que trastornó todo el movimiento interno del país, con muchas horas de carga y de fatiga para todos. Temporalmente, tuvo que vigilar los intereses del consorcio Wilmott. Una mañana, descendiendo rápidamente las gradas, se fracturó el tobillo. Había echado el ojo a un precioso terreno sin edificar para construir su casa, algo apartado de la ciudad, sobre una colina de miraje ideal; cuando fué a comprarlo, ya estaba vendido. "¡Mil diablos! —pensó— ¿seré un primo de Anthony Adverse?"

Temporada brusca, llena de contrariedades y sobresaltos. Todo salía mal, se frustraba inesperadamente, como si un sino adverso guiara sus pasos. Órficus se sobrepuso a la mala racha: de acontecimientos contrarios. Cuando el cable trajo la noticia de una sublevación en Lituania que causara muchos muertos, se llenó de ansiedad: ¿estaría aun allí la Señora? Era extraño, nunca habla atravesado una zona hostil continuada de sucesos adversos, esa cadena de percances y sobresaltos que parecía perseguirlo. ¿Debía pagar un precio antes de lograr la felicidad? Resolvió soportar las contrariedades con buen ánimo pero aun tuvo que absorber noches de insomnio —algo raro en él— y la inexplicable pérdida de dos libros muy queridos.

Un oscuro instinto le decía que para unirse a la Señora debía cortar vínculos con la fuerza extraña que lo visitaba. Regulaba su mente con firmeza: no, no volvería a invocarla, ni a concentrarse para ganar poderes sobrenaturales, la aventaría de su mente. Pasó un tiempo sin incidencias: no siendo llamada, ella no se presentaría.

Recibió dos cartas: una muy fina, sagaz, de Evelina Ricardez, augurando su retorno a Europa. Otra algo deshulvanada de Domenica da Forli, en la cual la muchacha se ofrecía sin reparos, quería ser su mujer e ingenuamente agregaba: "haré todo lo que usted quiera."

Órficus las contestó con diplomacia. Para no herir su orgullo alegó padecer un mal incurable que le impedía casarse. Y no pensó más en ambas.

Una postal de Vilna con una sola palabra "remember", lo hizo saltar de alegría. Estaba a salvo, pensaba en él, cumpliría su promesa, vendría a buscarlo. El ingeniero aceleró planes para recibir a la novia dignamente: alquilaría una linda casa en las afueras de la ciudad hasta que terminase la vivienda propia. La Señora... ¿Cuál era su nombre? Jamás lo había preguntado; en los instantes de ternura la llamaba Vicuñita y ella sonreía agradecida. Tendría que saberlo, y recordando e inventando nombres de mujer concilió dulcemente el sueño.

A la madrugada — despertaba siempre muy temprano, cuando el sol despuntaba detrás de los cerros — se sentó en la cama estupefacto: el lecho estaba suspendido y flotaba como sobre un colchón de aire. Lecho y persona habían levitado durante el sueño. Era la fuerza extraña; ¡maldita! No la había invocado, no quiso levitar. ¿Entonces por qué se producía el fenómeno? Volvió el antiguo temor: no era el dueño sino el prisionero de un poder desconocido que se manifestaba cuando el poder quería, no a voluntad suya. Rozaba casi el techo con la cabeza. ¿Cómo se descolgaría al suelo? "Que descienda el lecho lentamente" pensó sin ningún esfuerzo mental de concentración y al punto el lecho bajó suavemente hasta posarse en el piso. "No puede ser — se dijo Órficus — lo había soñado, no estaría bien despierto. Quiso aclarar el enigma. "Que suba" Y el lecho ascendió lentamente. "Que baje" y el lecho descendía con idéntica suavidad y lentitud. Quedó desconcertado: ¿entonces la fuerza extraña ya no requería de concentración previa ni fustigaba con la descarga eléctrica previa Volvió a pedir que "suba" y nada sucedió. El fenómeno había terminado o el poder desconocido se burlaba. Iba a estallar en furia, pronto a imprecar al burlador, cuando un bulto informe lo estremeció de espanto: ¿qué era o quien esa masa, esa sombra, ese cuerpo intruso que se interponía entre el lecho y la ventana? La luz matinal iluminaba claramente perfiles y objetos. No podía tratarse de una alucinación; allí estaba, se movía, con presencia neta. Daba la sensación de algo agazapado, concentrado en sí mismo, sin cabeza, sin rostro, un bulto sin formas definidas pero bulto al fin que latía o respiraba con dificultad. Algo amenazante que podría saltar o desplegar.

Órficus miraba al bulto atemorizado. ¿Era algo real, algo peligroso, o sólo una imagen proyectada por su propia mente, una alucinación, un extravío visual?

El bulto estaba allí, a pocos pasos, tan nítido como todos los muebles y objetos de la estancia. Imposible negar su evidencia. Horrendo, indefinible a la vez porque no alcanzaba a explicarlo como un ser humano, un animal o una presencia desconocida de la cual se corriente desprendía una corriente de malignidad. Creyó comprender que el bulto se reía de él, lo amenazaba y parecía complacerse en su pánico. Hizo además de saltar de la cama para coger el paraguas y provocar al extraño huésped, pero apenas puso el pie desnudo en la alfombra, el bulto se contrajo y distendió varias veces con ritmo rapidísimo a la manera de una masa gelatinosa gobernada por una inteligencia alerta.

Órficus volvió al lecho y el recuerdo de su madre, protegiéndolo cuando el miedo lo visitaba de niño, removió un sentimiento olvidado de infancia: se persignó e hizo una segunda señal de la cruz sobre el bulto y éste se desvaneció recuperando el cuarto su aspecto normal. Se levantó a pie desnudo, buscó un rastro en el sitio donde estuvo el bulto mas no halló nada: ni huellas, ni olor. Nada. Pensó que sólo se trataba de una ofuscación mental o visual, mas al recordar que se había evaporado a la señal de la cruz volvió a estremecerse: algo maligno lo había visitado.

Se propuso contar el rarísimo episodio a la Señora, pero sucedieron o se acumularon tantas cosas en las semanas sucesivas, que no tardó en olvidar el incidente.

Presentía la inminencia del reencuentro con la Señora: ella no faltaría a su promesa. De un modo inexpresable “sentía” que estaba llegando ya aunque no se hubiese movido de Lituania. Casaría con ella y serían inmensamente felices... Hizo un recuento de sus 35 años: ¿qué era al fin, qué sentido tenía su vida, qué curiosas mutaciones del destino lo atravesaban? Un niño silencioso, un adolescente esquivo, después la juventud solitaria. El amor al paisaje y a las cumbres. El descifrador de imposibles. Su amor por la Señora. Su vida en las minas. El prodigio en “El Centinela” y la absurda promesa de sacrificar la propia dicha por 40 vidas. Luego el salto a industrial y financiero. Heredero de una fortuna prodigiosa. La vinculación indefinible con el poder desconocido que le permitía realizar portentos al tiempo que parecía disponer de su voluntad. Ahora el deseo de retirarse a un vivir más tranquilo, lejos del dinero y del vértigo de las finanzas mundiales. ¿Un creyente, un ateo, sólo un soñador, un recluso en su mundo interior? ¿Qué era al fin? Una voz oculta le decía que todo lo sucedido poco significaba; que esa primera mitad de su vida representaba únicamente una preparación para algo mayor. Órficus indeciso en sus primeros 33 años, devendría Órficus seguro y gozoso en los segundos 33 aunque todavía ignoraba cuáles serían su misión y su tarea. Pero intuía que ellas y su propio equilibrio interior dependían de su unión con la Señora. Sólo ella guiaría su vida y su espíritu, y esta idea disipaba dudas y temores. Tendría que romper todo lazo con la fuerza extraña, liberarse de ella, purificarse en una cura de independencia y retorno a la normalidad, para ser solamente Órficus, un hombre en posesión de su destino, fabricante de su destino mas bien, para cumplir algo superior que presentía sin poderlo esclarecer.

Acudió a un amigo psiquiatra al cual confió algunas de las extrañas cosas que le ocurrían, el cual no podía creer lo que escuchaba:

—¿Pero sucedió realmente así o sólo fué imaginado?

Después de someterlo a un proceso de riguroso examen retrospectivo y psicoanalítico, el psiquiatra sentenciaba:

—El tuyo es un caso que no entiendo. Una mente fuera de serie. Mi ciencia es escasa para curarte o librarte de ese poder fantasmal que te acosa. Envejecí estudiando los problemas del inconsciente, no soy creyente ni enteramente descreído, pienso que existe algo más y mucho más que esa zona oscura de la subconciencia, y a esas áreas de lo ignorado, de lo incomprendible no llegan mis pequeños conocimientos. Te creo un hombre perfectamente sano, normal, puedes casarte sin temor alguno y hasta pienso que la compañía de una mujer, si vuestro amor es sincero y la afinidad espiritual innegable, ambos influirán para que desaparezcan tus fantasmas. Ellos provienen de una zona que las exploraciones de Freud no alcanzaron.

—No comprendes o no quieres creer lo que te conté.

—Quisiera comprender mas no puedo creer lo que no ví ni experimenté. Lo sobrenatural sólo puede ser observado por quien lo padece. Por eso insisto: alma fuera de serie, no sé si enviarte o compadecerte.

Órficus abandonó el consultorio del psiquiatra desalentado. Tendría que liberarse por sí mismo, pero se abrió una ventanita en su alma: la Señora lo ayudaría en esa lucha secreta contra el poder desconocido, y este pensamiento lo alivió; ella sería lo sano, la luz esclarecedora que ahuyentaría las sombras de su mente y de su voluntad extrañamente sujetas a la invasión desconocida.

Finalmente pensó exponer a la Señora, lealmente, todo cuanto le acaecía y si ella aceptaba compartir los riesgos de esa doble vida que lo asediaba, entonces se unirían para luchar juntos contra los poderes malignos que lo habitaban. Porque ahora ya no dudaba de la existencia de algo amenazante inexplicable, que desde el exterior o morando en su mente, lo convertía en sujeto de experiencias sobrenaturales por las cuales debía pagar un precio.

Los fantasmas se disiparon al escuchar la voz amada que lo llamaba por teléfono:

—He llegado. Te espero en la finca.

—¡Vicufiita maravilla! Vuelo a tu encuentro. ¿En qué hotel estás?

—No vengas al hotel. Estoy fatigada del viaje y no quiero que me veas mal. Déjame reposar dos días. Ya sabes que la altura exige su tributo. El sábado te espero en la finca.

Órficus exultó de júbilo. Ya nada se opondría a su dicha.

## XII

—El día amaneció gris y lluvioso. "Mañana la veré —pensó el joven — y pediré unos días de libertad a Mr. Wilmott para dedicarlos a Ella. "

El inglés no pudo ocultar su impaciencia por conocer a la elegida de su protegido.

—Tráela en cuanto puedas, o llévame para que la conozca. La madre de mis futuros nietos debe ser homenajeadada —añadió con risa nerviosa.

Tampoco el ingeniero podía refrenar su ansiedad. Partiría en la tarde, dormiría en "La Alborada" y de madrugada la sorprendería en su finca. Pero antes realizaría el viaje de noche por el altiplano; pidió que se despeje el mal tiempo para poder contemplar el cielo estrellado y atisbar la ciudad desde el cruce mágico de los cerros que la convertía en un sueño féerico. Y al regresar volverían ya casados, porque la ceremonia corta y sencilla serían en el pueblo, donde había cura, notario, iglesia todo lo que se necesita para unirse ante Dios y ante el Estado.

Al despedirse del principal, éste preguntaba:

—¿Llevas revólver?

—No lo necesitaré. Viajé muchas veces de noche a la quebrada y nunca tuve que utilizarlo.

Mr. Wilmott se levantó presuroso, se aproximó a su escritorio y extrayendo un arma dijo alcanzándosela:

—Toma el mío. Nunca se sabe lo que puede ocurrir en un viaje nocturno y en despoblado.

Órficus guardó el arma sonriente:

—Gracias —expresó — me cuida usted como un padre.

Revisó el auto antes de partir; todo en orden. El cielo, despejado, lucía las primeras estrellas. El viaje sería placentero.

El primer tramo, hasta llegar al plano mesetil desde el cual se desprendía el descenso a la quebrada transcurrió normal. Se cruzó con dos vehículos y algunos viajeros nocturnos. Se detuvo en el paraje predilecto y se bajó del auto para admirar, una vez más, la ciudad que fulgía de luces parpadeantes. Siempre un espectáculo deslumbrador, pero —pensó con melancolía— desprovisto del impacto revelador del primer encuentro. Alzó los ojos al cielo, cuajado de estrellas, sin pretender descubrir las figuras de las constelaciones; prefería dejar errar la mirada por la prodigiosa geometría centelleante que lo mecía en el suave vértigo de su ritmo cambiante. ¿Qué significaba el pequeño y lejano pedrerío de la ciudad distante, junto a la opulenta y aterradora grandeza del cielo estrellado? El otro, el reducido flujo estelar de la urbe, recostado en las montañas tenía también su encanto, un encanto menor, de cosa artificial, brillando en la noche profunda. Pero allí arriba residía el enigma tremendo: ¿cuántas esferas, cuántos mundos huyendo a velocidades desmedidas? Una fuerza primordial, un motor incomprensible, un dios desconocido movía y concertaba la danza prodigiosa de los astros; o ellos se animaban por sí mismos; ¿cómo sería? Por un instante creyó que el alfabeto estelar le entregaría su secreto: vibraban las



constelaciones, hablaban las estrellas en lenguaje oculto que se sospechaba sin comprender. ¿No convergen y se unifican lo finito y lo infinito en el manto estrellado? Un sentimiento de ternura lo invadió hacia el pequeño reducto luminoso de los hombres; la ciudad estremecida de luces distantes, era sólo un remedo de la cartografía sideral que ojo y mente podían captar con instantánea comprensión. En cambio la visión poderosa del tumulto estelar escapaba, en su asombrosa amplitud, alojó más penetrante y a la inteligencia más aguzada.

¿Qué relación podía existir entre el océano de los astros y la diminuta bahía de los hombres? Luces del cosmos, luces de la urbe, tan separadas, fuera de toda comparación, y sin embargo inextricablemente unidas por un designio misterioso que une tierra y cielo. ¿No sería el cielo estrellado la conciencia del universo y el hombre la conciencia de la tierra?

Sintió que un designio remoto hacía converger hacia él un triple flujo del manto sideral, de la ciudad vibradora de luces, del paraje telúrico y mineral que pisaba; y él ataba en un haz de vinculaciones indecibles los tres poderes mágicos siendo a la vez un director que concertaba las tres distintas armonías, y luego el cuarto componente de una orquesta de cámara que acordaba cuatro voces de cuerdas en una sola conjunción de bellísimos sonos.

Abstraído en su meditación, no reparó en tres sombras que se movían junio al auto. Algo pesado cayó en tierra y lo despertó de su ensimismamiento. Prendió la linterna e iluminó la escena: tres hombres mal vestidos intentaban sustraer objetos y piezas del vehículo. Extrajo la pistola y dos tiros al aire bastaron para dispersar a los asaltantes. El haz de luz de la linterna los persiguió hasta que desaparecieron en dirección a la ciudad.

Órficus sonrió evocando con gratitud a Mr. Wilmott. De no tener el revólver habría sido vencido por los malhechores.

Reanudó el viaje asegurando ventanillas y pestillos para evitar sorpresas en los innumerables recodos del descenso a la quebrada.

La medianoche lo sorprendió en la mitad de la bajada. "La hora de brujas y fantasmas!" —pensó divertido, recordando las consejas y cuentos de la infancia. Siguió el descenso sin tropezar con brujas ni fantasmas, pero en uno de los últimos recodos, ya por llegar al fondo de la quebrada tuvo que frenar bruscamente: un gran pedrón, desprendido del cerro obstruía el camino. Casi tan grande como el vehículo exigiría, para ser removido, la fuerza de muchos hombres. Órficus lo miró con desconsuelo y enseguida acudió a su mente el recuerdo de la roca en "El Centinela". "Es una trampa — se dijo receloso — y no caeré en ella." Si invocaba a la fuerza extraña ¿qué pediría en compensación para remover el pedrón?

Pasaron algunos minutos de espera. "No cederé, no cederé" — se decía tenaz el ingeniero. Y de pronto el pedrón ya no estaba en el camino. "¡Ah, el cansancio del viaje, la noche, el mucho mirar estrellas, me hicieron soñar!" — pensó el joven.

Y se aprestó a cruzar el riachuelo que separaba el último corte del descenso de la quebrada plana y dilatada.

En esa época del año, el riachuelo transportaba un mínimo de caudal; hasta se podía atravesarlo caminando. Entró el vehículo a su cauce y apenas si el agua cubría una cuarta parte de las ruedas. Avanzaba despacio por el lecho pedregoso del riachuelo, ancho de setenta metros, alumbrándose con los potentes faros del "Opel". Sólo algunas sacudidas turbaban el lento paso del vado. Hállabase a la mitad del trayecto cuando escuchó un clamor de oleaje enfurecido. "No puede ser — se dijo — si no es tiempo de aguas." Pero antes de que pudiera explicarse el fenómeno sintió el embate líquido azotando furiosamente el auto. Y crecía, crecía, cubriendo rápidamente el vehículo, al punto que sintió el agua lamiendo el piso y sus pies. Intentó reaccionar acelerando para sacar el "Opel" del turbión que lo zarandeaba con violencia. Fué inútil: ya no controlaba la máquina. Comprendió que si las aguas seguían subiendo, en corto tiempo más se llevarían auto y conductor río abajo. El pánico lo paralizó. Luego, reaccionando, se disponía a dejar el auto para salvarse a nado, aunque el oleaje tempestuoso ofrecía pocas probabilidades de alcanzar nadando la orilla opuesta. Un gran lienzo apareció ante sus ojos y los vió a todos: allí estaban su padre fallecido, la anciana madre, Bettina, Marcela, Felipe y Deodoro, los tíos en "La Alborada", la señora Julia, Elisabeth y el Preceptor, Mr. Wilmott, Diana y Orlando, Ricardez,

Evelina y Domenica da Forli, los mineros de "El Centinela", antiguos compañeros de colegio, sus profesores, amigos universitarios, caras y gentes de alguna significación en su vida; pero el rostro de la Señora no. ¿Por qué no aparecía la imagen amada en el lienzo? Unas caras lo miraban sonrientes, animosas, otras asustadas como lamentando no poder ayudarlo. "Seguramente: voy a morir — pensó Órficus — por eso ellos vienen a despedirme ¿o a recogerme?" Y volvió a sentir la pena de no ver a la Señora entre los seres que contemplaba.

"¡No puede ser, no puede ser! — se dijo con desesperación —. Es imposible, en época de sequía el riachuelo no crece y jamás en esta forma aterradora. Estoy soñando. El agua le subía ya a las rodillas y el "Opel" comenzaba a inclinarse peligrosamente hacia la izquierda, cuando el peligro despertó otra vez sus energías. "¡Al diablo —exclamó — me salvaré sea como sea y por segunda vez se dispuso a salir del vehículo para ganar a nado la ribera.

Y ese mismo instante se vió en el riachuelo, semiseco, a punto de alcanzar la orilla. El auto se movía lentamente. Ni aguas enfurecidas, ni torrente rugiente, sus ropas y el piso indemnes. ¿Se habría dormido al atravesar el lecho seco del riacho? imposible! El jamás perdía el control de sus sentidos al manejar de noche. Que a otros les ocurriera, tal vez; pero a él, a Órficus, imposible. Y no obstante recordaba con nitidez el accidente: las aguas se habrían precipitado bruscamente sobre el "Opel" cubriendo el cauce en toda su anchura. Aun le parecía escuchar el rugido del oleaje, los tumbos de las piedras que rodaban por el fondo, el frío y la humedad que azotaban el vehículo. Sí: había pasado, había pasado... No era un sueño, no era alucinación. Esos instantes angustiosos, como el lienzo que reprodujera personas próximas, tuvieron realidad viva, fueron, aunque se hubiesen desvanecido súbitamente.

Llegó el "Opel" a la orilla, subió una pendiente suave y el ingeniero saltó a tierra. La noche tranquila carecía de rumores. Allí estaba el riacho, deslizándose como una serpiente de plata a la luz de la luna, manso y pacífico, sin que nada denotara el tumulto anterior.

Decididamente — reflexionó el joven — algo extraño me ocurre. Sueño despierto o habito en dos planos. ¿Qué será? Porque las sensaciones habían sido tan vivas que no podían caer en el ámbito de lo puramente imaginativo. El encuentro con los asaltantes y el peligro de ahogarse no fueron cosa de fantasía, sino experiencias reales, concretas, tan evidentes que aun perduraban en su memoria. Los sueños, las imaginaciones, se disuelven; en cambio ambos incidentes se afincaban en su mente como cosas hondamente sentidas.

Antes de llegar a la finca de los tíos, se detuvo frente a la casa de la Señora. Su airosa estructura de tipo colonial-californiano, se destacaba en la noche lunada; y allí, a la derecha, estaba el ventanal del cuarto donde dormía la Señora. Una onda de ternura lo sacudió: ella reposaba, mañana se encontrarían, y para siempre... Ahora nada podría impedir su dicha. ¡Qué hermosa su casa!

Su casa — se repitió — ¿pero qué casa? El sitio donde antes la viera era sólo un calvero abierto en la arboleda. ¡Nada, no había nada en el lugar donde antes viera la mansión de la elegida! El pavor lo inmovilizó. ¿Estaba delirando otra vez? No, no, ahora veía con toda claridad. La casa había desaparecido; sólo quedaba un solar a ras de tierra, sin construcción alguna, un paraje pelado. Miró en torno, creyendo haberse desorientado. Pero no: ese era el sitio preciso donde se alzaba la casa de la Señora. ¿Padecía de la vista o de la mente?

Pasaron dos o tres minutos de escalofriante expectativa. ¡Nada, no había nada en el calvero! ¿Cómo podía ser? Vacilaba ya de su razón, de su estado de salud, y de pronto la casa estaba nuevamente en su lugar, hermosa y tranquila bajo el resplandor de la luna.

El hombre se estremeció: ¿estaría volviéndose loco? El ataque en la meseta, el episodio al atravesar el riachuelo, y ahora la desaparición de la casa de la Señora ¿sucedieron realmente o sólo habían sido percances de la vista, imaginaciones de su mente? No, no se trataba de alteraciones visuales ni de alucinaciones, porque recordaba perfectamente todo lo sucedido, en sus menores detalles. Esa acumulación de peligros durante el viaje — cosa jamás ocurrida antes— pudo ser una advertencia o una amenaza; ¿y por qué? Un secreto instinto le dejó entrever que algo o alguien se oponía a su reunión con la Señora, sin que pudiera precisar de dónde venía la amenaza.

Quedó pensativo, atemorizado, triste. ¿Estaba en salud o era víctima de trastornos psíquicos?

A la mañana siguiente, al dirigirse al peñón predilecto a encontrar a la Señora, los fantasmas nocturnos se habían desvanecido. Ágil y contento caminaba hacia su destino.

La vió subir por la ladera opuesta de la colina. Llegaron casi al mismo tiempo a la cima. Órficus quedó extático al verla: era Ella, la bien amada largamente soñada. Tan joven, bella y fresca como el día que la conociera. Los cuatro años transcurridos sin verla no contaban para la Señora, que vestida con sencillez no llevaba más atavío que dos perlas en los lóbulos de las orejas. También ella callaba contemplándolo con ojos llenos de ternura que velaban temblorosamente las lágrimas.

Órficus rompió el silencio:

—He sufrido tanto con tu ausencia, como no puedes imaginarlo.

—Nunca como yo — repuso la Señora — y los ojos oscuros brillaban de reproche.

—Cien veces me arrepentí de haber renunciado a ti por ese estúpido juramento...

—No fué estúpido, fué algo peor: un voto arrancado al conjuro de un proceso desconocido que se ignora de dónde proviene.

El ingeniero hesitó anheloso:

—¿Entonces tu lo sospechas también?

—No olvides que soy lituana: mi fe cristiana no me hizo olvidar los poderes malignos del ancestro nórdico. El Cristo nos redime a todos cuantos creemos en El, pero el otro sigue vivo, activo, y dispone de muchos recursos para atormentarnos.

Órficus la escuchaba admirado. Se tomaron de las manos y el ingeniero comenzó su relato. Narró todo, sin omitir detalle, desde esa primera noche en que resolvió súbitamente el difícil problema que acosaba al padre y a sus técnicos, hasta las tres tentaciones finales antes de llegar a "La Alborada".

Al terminar su extenso relato, la Señora lo besó conmovida:

—¡Pobre amor mío! — profirió — estuviste habitado largos años por EL.

—El ¿pero quien es El?

Ella le puso una mano en la boca:

—¡Calla, no lo nombres! — dijo — eso fortalece su poder.

—¿Tu lo conoces, verdad?

—No lo conozco, pero sé que existe y actúa aun contra nuestra voluntad; o mejor dicho, El puede ser nuestra voluntad.

Órficus sonrió desconfiado:

—Materia de exorcismo: oraciones, el hisopo y conjuros del obispo terminarían todo.

—Te equivocas; no siempre el exorcismo religioso aniquila al Otro. Tu caso es más difícil por más extenso. Dura demasiado. Yo tuve una bisabuela que libró esa lucha y venció; dejó un relato escrito que mi madre quemó no sin que antes yo pudiese leerlo. No era muy extenso y se

grabó en mi mente. Yo te ayudaré, lo venceremos, pero tienes que contarme todo, sin avergonzarte de tus caídas o debilidades, porque EL te tenderá mil trampas.

El joven la contemplaba embelesado:

— Serás mi amada y mi salvadora a un tiempo.

Y luego, ansioso, agregó:

—Ahora pasemos a lo esencial:

¿Serás mi esposa, eres ya enteramente libre?

—Soy libre y seré tu esposa.

—¿Cuál es tu secreto, por qué esa vida misteriosa que embosca tus desapariciones y tu larga ausencia?

La Señora lo miró apenada:

—Algún día lo sabrás. Es algo muy triste que aumentaría tu pesar después de todo lo que me has contado.

Y viendo la desconfianza del ingeniero añadía:

—Nada de amor, es una historia de odio. Sigo virgen de cuerpo y de alma para tí. El hombre alto era mi hermano: murió al cumplir la tarea que ambos debíamos realizar.

Órficus preguntó impaciente:

—¿Cuándo nos casamos?

—Cuando tu lo dispongas.

El joven la contempló encantado:

—Así quería encontrarte. Ahora sé que eres mía.

Luego, receloso, preguntaba:

—Y eso, eso que debemos combatir... ¿no piensas que sería mejor derrotarlo, expulsarlo antes?

—No. Juntos lucharemos mejor. El amor de dos que se funden en uno es el mejor arma para vencerlo. Mi antepasada escribió que sin el cariño y la comprensión del bisabuelo no habría salido victoriosa de la lucha.

Se apartaron del tema para entregarse a los deliquios de enamorados. "Es posible —pensaba Órficus— que exista una mujer tan perfecta como la Señora y que me pertenezca? Debe ser un sueño." Ella se limitaba a sentir lo sentido cuatro años atrás: "Es mi primer amor y por lo mismo el último."

Luego pasó a manifestarle el deseo de Mr. Wilmott que deseaba conocerla, no sin explicarle cómo lo quería el viejo, y por qué había renunciado a su cuantiosa herencia.

—Hiciste bien — dijo la Señora — temo al dinero. Lo que excede a lo necesario para vivir, trae desgracia.

Bajaron juntos del peñón. Al atravesar la alameda de álamos, solitaria, ella dió un paso en falso y tuvo que apoyarse en el joven. Al sentir el cuerpo cálido de la mujer, el alto seno que le rozaba el pecho, el olor que se desprendía de la piel suavísima, el hombre se entregó al arrebató

pasional. Abrazó a la Señora enardecido, la acarició fogoso, la besó en los labios con sensualidad frenética. Ella correspondía a sus caricias devolviéndolas con el ardor de la virgen envuelta en el vértigo de la pasión. Creyó el joven que iban a consumir su amor allí, al aire libre, en plena naturaleza, llevados de la llamarada amorosa que los envolvía. De pronto la Señora se desprendió con violencia de sus brazos:

—¡Espera! — dijo con firme acento mientras en los ojos oscuros se dibujaba el temor —¿No ves que EL está actuando a través de nosotros? No obremos como animales, somos seres humanos.

Órficus la miró avergonzado:

—Perdón — murmuró — eres tan bella, no supe lo que hacía.

—Nunca pidas perdón — repuso ella — discúlpate solamente. También yo tengo la culpa y sólo te ruego que esperemos.

Lo invitó a pasar a su casa. Órficus vaciló: ¿no perjudicaría su reputación si lo vieran entrar?

—Ahora somos novios — exclamó la dama sonriente.

Ella quiso preparar el desayuno. Viéndola moverse gentil, flexible como una jovencita, el ingeniero se pasmaba de semejante perfección. "Voy a casarme con una muchachita —se decía— ágil y fresca como la brisa matinal." Tan hermosa, tan seductora... ¿Cómo explicar esa extraña atracción de la niña-mujer? Porque era, verdaderamente un alma infantil en un soberbio cuerpo de mujer. Se avergonzó, nuevamente, al observar las líneas plenas y acusadas de su figura, el busto pleno y firme, las caderas armoniosas, las piernas esbeltas y finamente modeladas. Y esa cara, esa cara, que trascendía el misterio de una vida ignorada y mejor... "Es una diosa — pensó — casaré con una diosa. Debo hacerla feliz."

Ajena a las divagaciones del joven la Señora se movía con ese andar tranquilo, lleno de majestad que deslumbraba al ingeniero.

Cerró los ojos y se imaginó estar en el hogar que formarían. Ella era ya su esposa, la muy amada, y ésta una mañana de los miles de mañanas que transcurrirían juntos. Al abrirlos, la Señora servía el té con sus dedos finos y elegantes.

Un deseo brusco se alzó en su mente:

—Eres mi esposa — dijo el joven — ven, siéntate en mis piernas.

La dama sonrió maliciosa:

—Soy tu mujer — contestó pero los casados no hacen esas cosas a la hora del desayuno.

Cuando éste terminó, la Señora, sin decir palabra, se aproximó al joven y se sentó sobre sus piernas echándole los brazos al cuello. Se besaron tiernamente, esta vez con dominio de sus actos, sin dejarse arrastrar por la pasión. Pero los cuerpos hablaban por sí mismos el lenguaje inaudible de su propia inteligencia. Se atraían con fuerza irresistible y aunque sus dueños los mantenían inmóviles, el cálido contacto los juntaba en una aproximación sagrada —sólo tu para mí, sólo yo para tí —. Las manos entrelazadas no querían separarse para no ir más lejos. Pero un instante que la Señora quiso arreglarse el cabello, la mano del joven descendió hasta posarse suavemente en el muslo de la Señora y se estuvo allí, quieta, extática, sintiendo el palpitar maravilloso de la carne virgen, los efluvios mágicos que desprendía el cuerpo de la bien amada. Inefable vibración recíproca, más allá del deseo y los sentidos, que no es el simple atractivo de los sexos, porque está hecha de encantamientos y ternuras que sólo comparten los que aman de verdad y para siempre. Permanecieron mudos y encantados en la hermosa cercanía, cambiando castos besos temblorosos. Por fin la Señora rompió el hechizo:

—Debes irte — dijo. Nos veremos donde tus tíos y cuando tu dispongas iremos a la ciudad a conocer al señor inglés.

Contra todo lo esperado, la visita a Mr. Wilmott no produjo un feliz resultado. Aunque ambos se esforzaron por demostrar lo contrario, la Señora y Mr. Wilmott no congeniaron al primer encuentro. Se reconocían mutuas virtudes pero el comentario final, recíproco, se manifestaba adverso. "Es muy dominador — manifestó la Señora. "Te absorberá" — expresó el principal. El ingeniero comprendió el drama: celos, solamente celos. Cada cual lo amaba sólo para sí. Hijo y amante deberían gobernarse con delicadeza para no herir a ninguno. La solución vendría por sí misma: una criatura reconciliaría a los recelosos.

Órficus quiso alquilar un chalet donde vivirían hasta que se terminara la casa en la ciudad, pero la Señora insistió que habitarían en su finca. Olvidaban algo grave: desligarse de la promesa hecha en "El Centinela".

—Si pesa en tu conciencia, también pesa en la mía. Y sólo en esta casa que habité tanto tiempo, podré desplegar la energía para desligarte de tu promesa.

Y eso debía realizarse antes del matrimonio.

"Todo será puramente mental — previno ella — nada de magias o trances de ocultismo. Cuando aprendamos a vibrar al unísono serán las ondas de concentración intensiva las que aventarán el peligro, porque el amor que mueve los mundos y las almas puede también vencer de los poderes desconocidos por temibles y amenazadores que sean."

La solución del exorcismo religioso no fue posible. "¿A quien voy a exorcizar si no veo nada diabólico?" — preguntó el cura del lugar." Además, agregaba, una promesa es una promesa y debe cumplirse. El no podía romper lo erigido por la libre voluntad de Órficus.

—Nosotros lograremos desligarte de eso que turba tu conciencia — dijo la Señora.

La primera sesión resultó alentadora.

Se hundía el sol tras las montañas. Sentados en sendos sillones frente a frente la Señora y Órficus se concentraron con los ojos cerrados, ambos pensando intensamente en cómo lograrían desligarlo de la promesa fatal que impedía su felicidad. Una búsqueda en la noche de sus mentes, algo impremeditado y concreto a la vez, porque la inteligencia se movía entre brumas. La Señora sentía cómo las ondas concienciales angustiadas del joven atravesaban su espíritu; y ella exhalaba a su vez otras ondas poderosamente tranquilas que apaciguaban al joven. El intercambio se veía turbado por períodos de vacío, a veces ruidos extraños que impedían la recíproca comunicación. Pero Órficus, bien instruido, sabía lo que debía hacer, y ella dominaba la experiencia de acercamiento. No les fué difícil superar los estados de separación y desaliento. De pronto se sintieron juntos, muy juntos, como transvasados en sus cuerpos. Una paz indecible se esparció en ellos. Y de la profunda oscuridad detrás de los párpados cerrados brotaba una luz pálida de reflejos misteriosos, anunciadora de algo mayor.

En ese instan te oyó la voz amada:

—Basta por hoy — profirió la Señora —. Estoy cansada.

El ingeniero se alarmó:

—Suspenderemos la experiencia — dijo — si sólo cinco minutos te fatigaron no debemos proseguir.

—No fueron cinco minutos — replicó ella —. Estuvimos en trance psíquico casi una hora.

Órficus la miró asombrado. El miedo de verla afectada por el experimento lo indujo a pedir con energía:

—No, suspenderemos esto. Te ves agotada.

Dos, tres tentativas más cayeron en el vacío: o no se concentraban en grado suficiente o el otro poder no quería manifestarse. Órficus se desalentó. La Señora, tranquila, arguyó que la lucha sería larga, difícil, llena de sorpresas. "Si pierdes la fe, si vacilas, todo se perderá. Confía en mí: yo sé que venceremos."

Alegó el ingeniero que confiaba en el criterio de un viejo amauta de la finca. "Siempre aconsejé al tío Norberto y jamás se equivocó; es un viejo de mucha sabiduría."

Consultado el anciano y conocido el caso, extrajo unas hojas de coca, sopló sobre ellas, las dispersó y volvió a juntarlas en otra disposición; esto por cinco veces consecutivas. Luego alzando el rostro arrugado dijo sentencioso:

— Has cumplido tu promesa, cuatro años de renuncia a la felicidad es bastante. Eres libre.

Órficus no quedó convencido. El amauta juzgaba con su recto apreciar natural: un largo padecer puede disipar una promesa, pero lo sucedido provenía de una esfera desconocida, donde tal vez no contaba el tiempo.

Fueron a visitar al tío Norberto y la tía Carolina que los acogieron con visibles muestras de contento.

Los cuatro años transcurridos pesaban en los cónyuges, pero el mutuo cariño y el ánimo siempre bien dispuesto los favorecían: continuaban siendo la pareja feliz.

Cuando el joven anunció que se casarían, viniendo a residir en la finca de la Señora hasta que construyeron su casa, los dueños de "La Alborada" exultaron:

—¡Qué alegría! Tenerlos cerca y convivir con ustedes.

Poco después llegaba la linda Diana con su festejante, un atlético universitario de simpático aspecto. Parecían muy enamorados. Pero observando cómo Órficus miraba a la Señora, la tía Carolina pensó: "ha sufrido mucho con la separación, por eso la quiere más."

Pronto se reinició la disputa de los enamorados.

—Eduardo quiere que deje de montar a caballo, sin que él abandone el fútbol — se quejó Diana.

—Tengo razón — replicó el aludido — Se cayó dos veces, es muy audaz, y temo que a la tercera salga lisiada...

—... ¡Y tu, y tu ¿no te lastiman en el fútbol, no llegas magullado y aporreado?

—Es distinto: una caída de caballo puede ser fatal sobre todo con un jinete temerario como tu; en cambio el fútbol no pasa de moretones y cojeras momentáneas.

Diana saltó encendida:

—Le propuse que ambos abandonemos hipismo y fútbol, y no acepta.

Se oyeron murmullos de reproche. Luego el muchacho aclaraba:

—Me faltan 15 meses para terminar mis estudios de arquitecto. Soy capitán del equipo universitario ¿cómo podría abandonar a mis compañeros, cuando ya ganamos el campeonato universitario y estamos seguros de obtener el próximo? He propuesto a Diana que al dejar la Universidad dejaré también el fútbol. No puedo hacer más, el honor estudiantil me lo impide. Tengo la fortuna o la desgracia de ser el goleador del equipo, todos confían en mí que además sé "armar" el cuadro y dirijo la estrategia acometiva. ¿Cómo podría renunciar?

Órficus intervino:

-Debes acceder a lo que te pide Eduardo — exclamó suavemente.

Tío Norberto fué más explícito y el tono de su voz resonaba dominante:

—El muchacho tiene razón. No hay peligro que él siga jugando un año más, pero tu con tus locuras, haces peligrar tu integridad física. Debes dejar de montar si quieres mantenerte intacta.

Tía Carolina defendió a la hija:

—La clásica solidaridad masculina. Diana tiene razón: ambos deben renunciar a deportes tan peligrosos.

—¡Si él no renuncia, yo tampoco! —dijo Diana caprichosa.

El muchacho la miraba apenado.

La discusión prosiguió por espacio de varios minutos, al cabo de los cuales, la Señora que escuchaba en silencio al ser requerida su opinión manifestó:

—Quien más quiere cede más.

Con esas cinco palabras la victoria se decidió por Eduardo. Diana, confusa, admitió que debía renunciar al hipismo porque era muy loca para montar.

Al despedirse los jóvenes, los ojos del universitario brillaban de admiración por la Señora.

Cenaron con los tíos. Órficus embelesado veía cómo la Señora, con exquisito tacto, llevaba la conversación por cauces moderados. “Esa belleza, esa distinción, esa finura espiritual ¿cómo pude merecerlas? Basta estar a su lado para ser dichoso...”

Acompañó a la Señora a su casa y en el umbral acordaron reanudar los encuentros para definir el problema de la promesa hecha en “El Centinela.”

¿Existía la solución? El entendimiento mental entre ambos se producía fácilmente. Coincidían en lo esencial. Cuando estaban separados, la rápida concentración del pensamiento devolvía la imagen recíproca, se “sentían próximos”. La afinidad espiritual fluía con soltura. Pero las tres tardes que intentaron convergencia psíquica para esclarecer si podía o no desligarse Órficus de la promesa, se frustraron nuevamente sus intentos.

—Es extraño —dijo el ingeniero. Trato de concentrarme en el problema, busco tu apoyo en el pensar y sólo veo, adivino, o presiento un muro de sombra que ahuyenta mis pensamientos: no puedo concentrarme.

—Me pasa lo mismo — dijo la Señora.

—Entonces... ¿nunca sabré si puedo desligarme del asunto, si estoy amarrado por él, y si peligran otras vidas?

—El poder que anima todo esto es más fuerte de lo que suponemos.

Órficus la miró sorprendido:

—Tu sabes más que yo de estas cosas, Vicuñita. ¿Por qué callas?

La Señora lo contempló temerosa:



—No deseo que invadas esa zona oscura de la que muchos no pudieron salir. Hay muchos riesgos... Para poder ayudarte tengo que callar. Ten fe en Dios, confía en mí.

—Yo necesito la verdad inmediata: ¿podemos casarnos, seremos felices?

Ella vaciló antes de responder:

—Sí, estoy segura. Pero yo quiero librarte de ese ligamen puramente ético y por eso mismo fundamental: creo lo que dijo el Amauta, en cuatro años has pagado tu deuda. Mas no basta creer, debemos alcanzar la certeza de un futuro tranquilo y para esto, para esto... bueno: yo había prometido a mi abuelo que jamás haría uso de esa técnica oculta que él me reveló, a no ser en un caso extremo, angustioso, que amenazara mi vida. El caso ha llegado, ¿porque qué haría yo sin ti?

—¿De qué se trata? ¡Dímelo!

—No puedo, no puedo. Tienes que confiar en mí... ¡Oh, no insistas! Todo se quebraría antes de comenzar....

Advirtiendo la zozobra de la Señora Órficus no insistió.

—Está bien — repuso — haré lo que tu digas.

Ella sonrió aliviada.

—Hay mucho riesgo, pasaremos momentos terribles... Lo único que te pido es que no vaciles, no vaciles, ¡Por Dios! Si dudas, si te atemorizas o desesperas, todo se perdería y nosotros también. Sólo iniciados pueden afrontar el trance. Tu no lo estás y prepararte demandaría largo tiempo. Sólo te pido dos cosas: que te afirmes en una voluntad de vencer por encima de todos los peligros y tentaciones; ¡tentaciones, las tendrás tantas, tantas! y que confies ciegamente en lo que yo haga o diga.

—Lo prometo.

Se reunieron dos días después a la caída del sol. La sala en casa de la Señora estaba en penumbra. Por el amplio ventanal la luz de la luna llena aclaraba un tercio de la estancia dejando el resto penumbroso.

—Tu sólo tienes que concentrarte en dos ideas: ¡venceremos! y en darme tu fuerza mental en todo cuanto haga. La voluntad de dos que se unimisman, puede hacer estallar una estrella. No lo olvides. No hay que pronunciar palabra, ni gritar en este primer encuentro. Sólo te pido control de los nervios, silencio, y que todo el poder de tu mente y de tu voluntad converjan para respaldarme.

Órficus hizo un signo de asentimiento con la cabeza.

La Señora entró a un cuarto próximo y poco después regresaba revestida por una túnica blanca que a la altura de pecho lucía una gran estrella de oro. Una cinta oscura, a manera de turbante o diadema le ceñía las sienes. Llevaba en la diestra una varilla de tres ramas y en la otra mano sostenía un paño plegado.

Se acercó al ingeniero, trazó con la varilla un triángulo en torno a sus pies y telepáticamente mandó: "no te moverás de aquí." Luego, alejándose algunos pasos, trazó otro triángulo imaginario en torno a sí.

Órficus se concentró intensamente. A poco sintió que una corriente invisible pero poderosa, fortísima, lo unía a la Señora. El era ella, ella era él. La dama desplegó el paño que despedía fosforescencias intermitentes. Trazó sobre el paño con la varilla figuras de rara geometría. Luego se arrodilló y oró dejando en el suelo la varilla y el paño. Plegadas las manos parecía una perfecta cristiana orando en el templo. Se levantó y cogiendo la varilla, apuntó a la región más oscura del cuarto en un desafío a la negritud y permaneció un tiempo con el brazo

rígidamente extendido. “¿Magia y religión a la vez?” — pensó Órficus, pero al ver que la Señora oscilaba volvió a concentrarse en ella. ¿Qué buscaba la varilla? Puso en ella su mente y se sintió desfallecer porque todo su flujo vital volaba hacia la enérgica interrogación a la negrura. La Señora trazó con el paño dos grandes círculos en el aire. La varilla seguía apuntando a la negrura. La estrella de oro despidió unos fulgores relampagueantes. Órficus sintió un olor desagradable que le recordó las emanaciones de azufre en el camino a Tívoli. Luego lo invadió un frío intensísimo: tiritaba. Después un calor agobiador. Tuvo la sensación de ser empujado para que abandonara el triángulo mágico trazado por la Señora. Pasó momentos de opresión angustiosa. Creyó desvanecer. Con gran esfuerzo de voluntad se concentró en su doble misión: “¡venceremos, venceremos! y ella necesita toda mi energía. No importa lo que a mí me suceda, vayan hacia la Señora todas mis fuerzas .”

Ella permanecía en intensa concentración anímica. El paño se desenvolvía y se plegaba en extraños juegos rítmicos. La varilla parecía vibrar apuntando al fondo de la estancia.

De pronto Órficus tuvo la sensación de que el extraño bulto que se le apareciera una vez, estaba nuevamente próximo. Pero no lo divisaba, no se perfilaba, en verdad no tomaba volumen corporal en el espacio; no obstante algo indefinible sugería su presencia o su recuerdo.

Surcos cárdenos rompieron la negrura del fondo del cuarto. Figuras disformes se agitaban violentamente. De allí, de lo más oscuro, brotaban rayos furiosos, ascuas agresivas que amenazaban destrozarse la varilla perturbadora. Pero ésta permanecía firme, desafiante, estremeciéndose en la mano de la Señora.

De otro ángulo del cuarto surgió una corriente invisible, Órficus sentía que se trataba de un potente chorro de energía, como una columna de fuerzas proyectada hacia su cuerpo, que carecía de forma, porque no la divisaba, pero que arremetía contra él como queriendo reducirlo en estatura. Presionaba, presionaba... Lo hizo sentirse niño, una criatura indefensa que apenas podía coordinar palabras. Se sustrajo a su influjo demoledor, luchó valerosamente contra la corriente oculta que lo aminorara. De súbito se sintió viejo, viejísimo, doblada la espalda, apoyado en un báculo, casi ciego, balbuceando palabras que no alcanzaban a salir de sus labios. Reaccionó contra la nueva sensación de aniquilamiento físico y esta segunda vez la lucha fué más difícil: no podía volver a su espléndida juventud. Vacilaba, vacilaba.

Atemorizado, vió que la Señora se volvía de espaldas a la negrura chispeante. Advirtió que en la parte posterior de la túnica blanca lucía un círculo rojo interpuesto por un vano piramidal de color azul, y al centro fulguraba un brillante de vívidos reflejos multicolores que centelleaba como queriendo hablar. A los centelleos deslumbrantes de la túnica de la Señora, respondían los rabiosos fulgores del rincón oscuro. ¡Era una batalla, una verdadera batalla! Órficus se concentró desesperadamente, con todas las fuerzas de su cuerpo, de su mente y de su alma: “¡que venza ella, que venzamos ambos, que la energía desconocida sea aniquilada!”

Todo sucedía en un silencio mortal, en un ámbito de imágenes que sonido alguno perturbaba.

La estancia se iluminó tres veces con una claridad enceguedora a la que sucedió una oscuridad total.

Sintió el joven un gran pavor, seguidamente la confianza volvió a su ánimo: de la Señora venía un mensaje mental que comunicaba: “¡venceremos!”

Luego la negrura fosforescente se convirtió en una inmensa hoguera que rompiendo el techo de la estancia se elevaba a inconmensurable altura. Después una lluvia de cenizas.

¿Pasaron minutos, horas? Quien podría decirlo.

Cuando la Señora prendió la luz en el cuarto, estaba palidísima y con voz desfalleciente dijo:

—Hemos vencido la primera etapa. Vendrá en la próxima sesión.

—¿Quién — preguntó Órficus — el Maligno, la fuerza desconocida, es él, es ella, es un poder disociador, es la influencia perversa que no podemos percibir ni definir?

— No puedo, no debo explicarlo. Cuando terminen las pruebas de la purificación, lo sabrás todo.

Lo único que la Señora pudo esclarecer fué que su abuelo era un mago blanco, en Lituania, y que su advertencia final resonaba aun en sus oídos: "no practiques estas experiencias, son muy peligrosas. Es fácil pasar de la zona blanca a la zona oscura, pero de ésta ya no se sale. Lo que te enseñé es sólo para cuando te enfrentes a algún peligro, cuando debas salvar tu vida y tu felicidad. Una vez logrado ello quemarás la varilla, la túnica, y los dos paños."

—¿Hemos avanzado algo?

—Más de lo que imaginas — contestó la Señora. Ahora estoy convencida que nos libramos del maleficio de tu promesa.

Al siguiente día Órficus recibió un llamado de Mr. Wilmott

Vicuñita — dijo el joven — no puedo desoír su llamado; debe ser algo grave. Volveré en ocho días.

—Anda. ¿Qué son ocho días si hemos esperado tanto?

En la ciudad el viejo le informó lo que ocurría. Una súbita baja de valores en la bolsa londinense, ponía en peligro sus negocios más importantes. Había que realizar gestiones muy sagaces en la capital inglesa — "ya sé que tu no puedes ir, primero es Ella, que te ha capturado para sí"; confío en tu cabeza: en una semana puedes manejar, desde acá, maniobrar de tal modo que saldremos de la crisis. Ayúdame."

El ingeniero estuvo a punto de rechazar y volver a la finca. El compromiso anterior consistía en dos meses de vacaciones para casarse y luego regresar a dirigir la fundación Wilmott, desligándose de toda ingerencia en los grandes negocios de la firma. El principal estaba nervioso, desazonado, lo vió envejecido. La gratitud prendió en su alma y decidió quedarse.

Los tres primeros días las cosas anduvieron, complicadas: no resultó fácil deshacerse de valores en baja y adquirir otros en los que nadie confiaba. ¿Quién lo inspiraba? Contra la opinión de los ejecutivos y técnicos de la empresa, Órficus realizó combinaciones audaces que pudieron precipitar el desastre, pero al quinto día el cable trajo noticias halagadoras: las pérdidas reducidas al mínimo y fuertes utilidades por las nuevas adquisiciones. Readquirió la confianza: sin buscarlo, mas bien rehuyendo del ambiente bursátil y financiero, había dado con las soluciones difíciles fortaleciendo, una vez más, el imperio mercantil de Mr. Wilmott.

El joven detestaba las matemáticas y los cálculos de los que sólo se valía para ejercer su profesión; sentía, además, una aversión instintiva a los negocios donde siempre unos vencen por astucia a costa de la derrota de otros. Y sin embargo tenía una cabeza muy dotada para resolver los problemas económicos; por qué? No comprendía cómo rechazando el torbellino de los lucros, una vez introducido en él se desenvolvía diestramente hasta dominar sus corrientes encontradas. Pero era así: eso que le disgustaba le brindaba triunfos no deseados.

Terminada su labor — aparentemente tan sencilla y había sido tan difícil, siendo superada sólo por su instinto en evaluar las situaciones y su rapidez de decisión — fué a despedirse del principal.

—Hijo — expresó el anciano — ha sido nuestra última aventura juntos. Ahora, ahora ya perteneces a otro mundo, a otro ser, y a los que vendrán... (Asomaron lágrimas a sus ojos) Te he perdido, ya no nos veremos más o muy rara vez... Cosas de la vida, tenía que suceder. Ya sabes: siempre estaré a tu lado. ¡No hay que afligirse, no hay que afligirse: estaremos siempre juntos, aunque sea en el pensamiento! Bueno, muchacho, haz tu vida mientras yo termino la mía.

Emocionado, Órficus respondió:

—La Señora me ha pedido que lo invite: pasará usted los sábados con nosotros, todo el día, después jugará con los pequeños que vendrán.

Los ojos de Mr. Wilmott brillaron con veinte años menos:

—¿Eso ha dicho ella? Entonces es una buena mujer. Vaya, agradécele, hijo... Después de las vacaciones, nos juntaremos los sábados y ésta será mi mayor alegría.

Tenía la tarde libre y la dedicó a comprar regalos para la Señora, cosas para la casa que sabía a ella le agradaban más que los objetos de uso personal.

Recorría las calles acompañado por un empleado que tomaba los paquetes y los conducía al auto. Día de intenso tráfico de gentes y vehículos, de gritos, de ruidos, de aire contaminado, de aglomeraciones. La urbe lo rechazaba violentamente. ¿Por qué son tan acogedoras las ciudades con menos de cien mil habitantes, y tan odiosas las que exceden del millón?

Caminaba con paso rápido y nervioso, sorteando bultos, debiendo refrenarse en las esquinas cuando la luz roja impedía proseguir. Se sentía joven, ágil, lleno de energía y contento: todo se resolvía favorablemente. De pronto lo asaltó una nube: Némesis ¿existe Némesis? ¿Será verdad que un hado adverso persigue como sombra a los enteramente felices? Todo le salía bien, acaso demasiado bien, para compensarlo de 4 años de soledad y vacío espiritual. ¿Era justo, mientras millones de seres padecen hambre, miseria, sufrimientos? Dios, la suerte, el destino ¿qué son, al fin, fuerzas ciegas o poderes inmanentes que saben por qué distribuyen dicha y dolor en proporciones desiguales? ¡Bah! ¿Para qué filosofar, si todo anda bien?

Siguió su marcha animado de una íntima confianza: ¿no era un triunfador de 33 años, y no es ésta la flor de la vida, la mejor edad para emprender las más altas aventuras? Sonrió para sí lleno de fuerza y de alegría. Renunciando al mundo de las desatadas energías materiales, con ayuda de la Señora se recogería en la aventura del pensamiento, dedicado sólo a la Fundación y al retiro de su hogar, donde podría leer, meditar, tal vez escribir...

Súbitamente sintió que una energía descomunal lo poseía, penetraba por todos sus poros, circulaba en sus venas, se adueñaba de su cuerpo y de su alma como si un motor poderoso de cien mil caballos de fuerza se hubiera aposentado en su interior. "Tonterías, se dijo, tonterías. Es una alucinación." Pero la fuerza monstruosa estaba allí, en él mismo, la sentía rugir y palpar espantado de su propio poderío. ¿Soñaba? No, no soñaba. Como si un licor fortísimo y ardiente atravesara su garganta y sus canales digestivos sentíase dueño y esclavo a la vez de esa corriente de lava que lo conmovía. Se detuvo un instante, alzó la vista a la torre de cuarenta pisos del edificio Wilmott y de pronto sintió que con su solo poder mental podría derribarla. La miró fijamente, fijamente... y la torre se tambaleaba! A poco más, caería en tierra aplastando a muchos. Desvió la vista aterrizado. ¿Qué sucedía? Reanudó su marcha; ya no le interesaban las tiendas. Avanzó por la gran avenida repleta de gentes y vehículos. En una esquina, a la izquierda, una Inmensa grúa levantaba un pilón de acero de muchas toneladas. Sintió el deseo de levantar, con sólo sus manos, otro pilón que pesaría muchas toneladas; y lo hizo como si levantara una pluma. ¿Y por qué nadie se había enterado de su hazaña? Avergonzado dejó de pensar en el pilón de acero: había sido otra alucinación: ¿cómo podría un simple ser humano elevar con su escasa fuerza física algo que lo excedía cien o mil veces en pesantez? Estaba divagando; no, se puede delirar así, en pleno día, pero la terrible energía bullía no aun fin su interior, pugnaba por manifestarse. "Si quieres puedes elevarte de un salto hasta la punta del templo gótico, allí, ciento veinte metros arriba" — algo mandó en su interior. Se disponía a realizar la increíble experiencia cuando la imagen de la Señora se dibujó junto a él. Creyó comprender. Se persignó dos veces y la fuerza que lo poseía desapareció. Un sudor frío lo acometió: había sido él, el Otro, esa cosa desconocida que lo tentara para hacerlo su cautivo nuevamente.

El mozo que lo acompañaba se acercó solícito. "Señor: ¿qué le ha pasado? Estaba usted muy pálido, creí que se iba a desmayar". Nada, no es nada — dijo Órficus ya repuesto — un simple mareo. Ya pasó.

¿Quién podría entender, desde afuera, la extraña experiencia desarrollada en su propio interior?

Prosiguieron las compras sin que ningún nuevo incidente se interpusiera en su recorrido normal.

Al llegar a su alojamiento le avisaron: “una joven lo espera en su habitación.”

Órficus brincó de gozo: seguramente era Ella, la Señora, que venía a buscarlo a la ciudad.

Subió veloz las gradas y al entrar a su cuarto quedó paralizado por la sorpresa: sentada en la cama Domenica da Forli, más bella e incitante que nunca le sonreía astuta:

—Por fin llegó el caballero errante.

El ingeniero no atinaba a responder. Después de unos instantes preguntaba:

¿Qué haces aquí? Me dijeron que te habías casado con un millonario italiano.

—Es verdad, pero sigo siendo Domenica da Forli, dueña de mi libertad y de mi tiempo. Vine con mi marido, estaremos dos días en la ciudad y quise verte.

La mujer lucía muy bella. En la plenitud de sus encantos — nunca la viera tan peligrosa, tan deseable — se aproximó al joven.

—No quisiste cuando yo me ofrecía; ¿me rechazarás ahora que lo expongo todo por ser tuya?

Domenica se acercaba.... Sentía su perfume incitante, la cálida sensualidad de sus formas. La hembra espléndida se ofrecía en hermosa tentación.

Estuvo a punto de sucumbir a la hechicera.

—Lo siento, Domenica — exclamó — no puede ser, estoy de novio, me casaré en pocos días. No puedo traicionar a la elegida...

—¡Cobarde, cobarde, eres el mismo cobarde de siempre! ¿Dejas de ser hombre por tomar a una mujer? ¿Acaso ella lo sabrá, te pagará en la misma moneda? Podría entregarse a otro sin que lo sepas. —Y al decir estas palabras una sonrisa cruel deformó sus labios mientras brillaba en los ojos un resplandor siniestro.

Nuevamente Órficus creyó comprender. Se persignó y la imagen o la presencia de Domenica se esfumó. Estaba solo.

¿Cómo podía ser, por qué se acumulaban peligros y tentaciones a su paso faltando únicamente un día para reunirse con la Señora?

Respiró con fuerza: resistiría, vencería, nada podría apartarlo del destino elegido. Pasaría la noche en vela, leyendo, para no ser arrastrado en la vorágine de sueños malignos que podría suscitar su perseguidor.

No quiso ni desvestirse. La temperatura era templada, no tenía frío. Oyendo buena música — primitivos italianos y unos cantos gregorianos — y alternando lecturas, podía transcurrir la noche en firme vigilancia.

Nada sucedió. A las cinco de la mañana se durmió en el sillón; vencido por el sueño, durmió algunas horas sin soñar o no recordaba lo soñado. ¿Para eso el sacrificio de pasar la noche en vela? O sería una jugarreta del maligno.

Regresó a la finca donde la Señora lo acogió con transportes de alegría. Le contó todo .lo sucedido en ocho días de ausencia; al llegar a los episodios de la energía que lo poseyó en la calle y de la visita de Domenica, Ella sonrió maliciosa:

—Lo sé, dijo — porque yo estuve a tu lado en ambas ocasiones.

Otra vez luna llena. Se produjo el segundo encuentro con el poder desconocido, pero no en estancia cerrada como la vez anterior, sino al aire libre. La Señora pidió ser llevada al peñón predilecto: “allí nació nuestro amor y nuestra fuerza de resistencia será mayor.

La luna saldría a las diez. Cenaron, se abrigaron y se encaminaron al peñón.

Cogidos tiernamente de las manos aguardaron hasta que la esperada asomó su disco de oro detrás del monte. La Protectora de los Amantes enviaba una luz cálida. Los invadió una onda de dicha. Podrán los técnicos y los científicos, hasta los astronautas, sostener que la Luna es sólo un astro muerto, frío, infinitamente inferior a la Tierra en estructura y en bellezas naturales, pero ella será siempre la gran animadora de los enamorados. Tierra-Luna, dos planetas, dos inmensos sólidos; de cerca pueden afearse, presentarse en su grave realidad, pero atisbados a través de la enorme distancia que los separa, el fenómeno visual se transformaba como si una magia extraña poblase el vacío de mensajes y presencias inexplicables. La nostalgia de un pasado de maravillas, el presentimiento de un futuro gozoso concedían a la hora un toque de encantamiento. Se arrimaron más y una sensación de felicidad profunda inexpresable en palabras los conmovió: un rumor de vocecillas infantiles cundía por el aire.

—Viviremos muchas noches lunares como ésta — dijo la Señora — pero el recuerdo de ésta no será muy grato.

Vicuñita — replicó Órficus — junto a tí todo será grato, aun lo ingrato...

Ella lo miró reconocida.

—Ahora juntemos toda nuestra fuerza vital y toda nuestra capacidad anímica —insinuó— sólo tenemos que unirnos profundamente, como si nuestras vidas dependieran de esa unión. Y en verdad así será.

Unos algodones inesperados surgieron en el cielo, cubrían la luna por instantes, desaparecían y reaparecían en cortos intervalos. Luego el cielo volvía a lucir limpio de nubes.

Un frío intenso invadió el ambiente. Crujió la tierra como anunciando un terremoto, aunque nada sucedió. Vientos violentos sacudían los álamos, los pinos y los ramajes lejanos. Olores desagradables circulaban por el aire. Luego un calor sofocante. Órficus quiso quitarse el abrigo mas la Señora no lo permitió. Algo después volvía el frío agudo y lacerante.

—Mira sólo un instante — dijo Ella — y luego aleja tu mirada de allí.

El joven se estremeció: allí, cerca, estaba el bulto, disforme bullente, una masa gelatinosa que tan pronto aparentaba inofensiva como parecía presta a acometer.

La Señora le apretó con fuerza la mano, la sintió vibrar intensamente, sintió las corrientes eléctricas que fluían de sus cuerpos, unos como mensajes sin voces, ondas mentales que los aproximaban al punto de fundirlos en un solo ser. Las dos usinas humanas se transfiguraban en un solo centro de bienaventuranza: sufrían, sufrían activas transiciones de angustia y de temor, luego pasaban a estados de confianza. Así alternativamente, muchas veces, hasta que Ella, agitando la Túnica Blanca con doble efigie y extrayendo la varilla de tres venas pronunció frases en lengua desconocida. Luego apuntando hacia el bulto mas evitando mirarlo y trazando raras figuras en el aire, lanzó desafíos mentales que repercutían claramente en el cerebro de Órficus: “¡Aléjate, aléjate! No puedes vencer del Buen Amor. Mal elegiste hospedaje, no te está destinado. A él, solo, podías engañarlo. Por el triple poder de la Noche, de la Luna y de las Grutas Elementales, me está concedido expulsarte. ¡Fuera, fuera! Ya no podrás turbar esta alma-única hecha de dos almas. Vencido estás: yo te lo mando, huye, desaparece!”

Grandes oleadas de una dichosa confianza conmovieron a los amantes.

—¡Míralo, se disolverá para siempre! — mandó la Señora.

El ingeniero volteó la cabeza hacia el bulto: se hinchaba, se hinchaba, tomando la apariencia de un sapo monstruoso, respiraba afanoso, mezclando quejas y burlas, infames imprecaciones en su resistencia contra el otro poder que brotaba de la varilla que manejaba la Señora.

Era tan grande, tan angustiada, tan erizada de peligros la batalla que libraban contra el bulto, que Órficus tuvo un instante de vacilación: ¿podría contaminarlos el poder maligno y vencerlos? Mugía sordamente, oscurecía la noche, y enviaba espantosos efluvios de disolución. El joven miró a la Señora y ésta transmitió serena: "No dudes, ya está vencido."

El bulto hizo redoblados esfuerzos pero inútiles: nada pudo contra los amantes resguardados por la doble eficacia de su fe y de las armas invisibles del Poder Blanco que repelía al Negro Poder repelente. Se hinchó dos, tres veces más prodigiosamente y de repente estalló disolviéndose en el aire.

Instantáneamente la Noche recuperó su diafanidad, el cielo su placidez y Selene, arriba, sonreía dichosamente.

La Señora cerró los ojos, descansó, y la varilla temblaba en sus manos.

—Ya no volverá a tentarte —: dijo en voz baja — pero falta la tercera etapa. Acaso la más difícil vendrá mucho después. Lo que me alegra es que ya no te habita, ni podrá habitarte. Ahora solo actuará desde afuera, y sé, también, cómo vencerlo.

Órficus la contempló con inmensa gratitud.

Olvidados del Maligno, desprendidos de toda preocupación, semejantes a dos adolescentes solo ceñidos por el aura venturosa de su amor, permanecieron largo tiempo en el peñón sumidos en la hermosa beatitud de la pasión que se basta a sí misma, absorbido el espacio, desplegando el tiempo en el vasto misterio de dos que al acercarse en la trascendencia alcanzan la eternidad en lo fugaz.

En una madrugada de rosa transparente volvieron a la finca.

Pocos días después Órficus y la Señora se unieron en matrimonio en la capillita del pueblo. Sólo asistieron Mr. Wilmott, Norberto, Carolina, y Marcela.

Transcurrida la ceremonia la pareja se retiró a la finca de la dama: vivirían en ella hasta que estuviese terminada la casa que el ingeniero construía en la ciudad.

Antes de ingresar a la vivienda, el joven detuvo a la esposa:

—Espera — dijo — nunca habrá un instante como éste. Lo soñé tantas veces... Es como si estuviera naciendo a una nueva vida. Te consagraré mi vida: verte contenta será mi mayor alegría.

Ella lo miró con los ojos velados de lágrimas. La sonrisa se dibujó en sus labios, bajó suavemente los párpados y le apretó la mano con ternura. La emoción le impedía hablar.

—¿Sabes cuál es mi regalo de bodas?

—Eres tu — replicó la Señora.

Órficus la observó con malicia:

-La casa que construyo en la ciudad será la copia de ésta; idéntica orientación, los mismos cuartos, no te faltarán ni el jardín ni la huerta, por fuera y por dentro exactamente igual a ésta. Se fabrican muebles semejantes a éstos, y entrarás a ella como si estuvieras en la finca.

La Señora lo miró con gratitud:

—Sólo quiero hacerte feliz. No importa dónde ni cómo vivamos, pero te agradezco el hermoso regalo. Ningún otro me habría complacido más.

### XIII

Pasaron varios años. Dos lindos niños alegraban su hogar. Órficus y la Señora eran tan felices que no se atrevían a mencionar su dicha. ¿Por qué la gente oculta su intimidad, por qué se atemoriza frente al bienestar permanente y no quiere señalarlo, por qué ese recato de la vida sencilla que no quiere mostrarse a los demás? A veces la sombra de la duda cruzaba en ambos: se avergonzaban de su perfecto avenimiento en un mundo y una sociedad convulsionados.

Mr. Wilmott realizaba sus visitas sabatinas, jugaba con los niños como un chiquillo. La Señora le preparaba sus comidas favoritas. A las seis de la tarde se retiraba invariablemente después de la jornada placentera, bebido el último café y fumado el habano que sólo a esa hora le placía.

—Tengo hijos, tengo nietecitos; ¿qué más podría pedir? — repetía el anciano. Reunirme con vosotros es mi alegría.

Órficus atendía concienzudamente la Fundación: orientar, ayudar a los jóvenes era su mejor recompensa. Se entregaba con devoción al trabajo. Evitaba las discusiones y con suave persuasión procuraba guiar a los vacilantes y frenar a los impetuosos. Rehuía en absoluto la publicidad y la vida social y como la Fundación era financieramente sólida y no se entrometía en política, ganó el respeto general. Los problemas cotidianos los resolvía con serenidad. Más difícil era manejar temperamentos, pero su gran experiencia mundana y su carácter austero, tranquilo, le ayudaban mucho. Nunca vió un adversario ni en empleados ni en postulantes; sólo extraviados, en los más díscolos, a quienes debía ayudar a reorientarse. Finalmente, aun los más rebeldes, vencidos por la nobleza de su trato, dejaban de enfrentarlo y terminaban buscando su ayuda.

Si el quehacer en la oficina era grato, la vida hogareña transcurría como un sueño. Esposa y madre ejemplar, la Señora sólo vivía para su hogar. El marido, los niños, el manejo de la casa constituían su felicidad. Verdad que aun se daba tiempo para leer, escuchar música, cuidar las rosas del jardín. Ambos rehuían la vida social, tenían pocos amigos, a excepción de Mr. Wilmott nadie penetraba en su intimidad. Parece increíble, sucede raramente pero era así: Órficus y la Señora encontraban la felicidad en su mutua compañía.

A las seis de la tarde el ingeniero abandonaba el trabajo y corría a su hogar: estar junto a la esposa y jugar con los niños constituía el placer que jamás termina. O se ponía a componer cuentos y poemas que se negaba a publicar, mientras los tres seres amados se entretenían en el gran Estudio. Las sonatas para piano de Beethoven, las fugas y preludios del Clavecín Bien Temperado de Bach, y la música de cámara de Mozart encantaban las tardes hogareñas.

Acostados los niños, las veladas cobraban mayor placidez. Solían pasear en el parque próximo, en la terraza, o en el patiecito sevillano. En la noche misteriosa, bajo el habla jubilosa y delirante de las estrellas los amantes dialogaban en ese clima de ternura y de confianza que sólo conocen aquellos que alcanzan la espiritualidad del matrimonio, ese soñar, ese pensar, ese decir, ese hacer, ese concordar de dos que se funden en uno. Y hablaban de mil cosas pequeñas y grandes, íntimas, extrañas, de nostalgias pasadas, de sucesos actuales, de avenimientos presentidos, como si el pensar y la voz de cada uno fuese la dicha del otro.

¿Cómo hacía la Señora para estar siempre linda, siempre bien joven, siempre bien compuesta, si el cuidado de la familia y de la casa podría justificar un natural desaliño? Órficus lo ignoraba, sin captar los secretos esfuerzos de disciplina física, de vida metódica que su mujer realizaba para mantener intacta la imagen femenina.



El había trasmontado los cuarenta. Su esposa le llevaba en 5 años. Lo invadía de júbilo comprobar que apenas representaba la treintena. Y a la frescura corporal unía el espíritu joven, una inteligencia penetrante, una sensibilidad siempre despierta, esa rara fusión de la niña-mujer, ingenua y sabia a la vez que aun intuyendo todo calla lo desagradable y expresa con delicadeza lo necesario.

Centrada su vida en Órficus, en los niños y en el hogar, la Señora se preocupaba por parientes, amigos y la servidumbre. Nunca negó ayuda a los necesitados. Su natural bondadoso la inclinaba al débil y al desamparado. Poseía un gusto exquisito para distinguir lo bello de lo vulgar. Amaba los animalitos y los objetos, prodigando cuidados maternos a unos y otros. "¿Tu crees que los muebles y las cosas te agradecen el trato cuidadoso que les dispensas; acaso tienen alma?" — preguntaba el ingeniero en son de burla. Y la Señora respondía: "Quien sabe, quien sabe Iras aunque así no fuera ¿ por qué no respetar y amar lo inanimado?"

No por bondadosa y discreta Ella dejaba de ser firme en los trances graves. Poseía fortaleza de alma y fuerza de carácter para sobreponerse a los contratiempos. Apaciguaba las penas, levantaba el espíritu. Un don de adivinación le permitía auscultar en una mirada, un gesto, una frase el estado de ánimo del marido y se amoldaba instantáneamente a él. Tenía un tacto admirable para decir lo justo y callar en los momentos críticos. No se prodigaba en mimos ni en palabras afectuosas, era mas bien sobria de expresión pero su ternura se revelaba en el cuidado amoroso de los suyos. No alzaba la voz mas sabía hacerse obedecer. Culta, muy leída no llegaba a intelectual ni a pedante; escondía sus saberes. En las comidas y pequeñas reuniones hogareñas, una maga; disponía todo con acierto inimitable. L3. casa estaba siempre en orden, limpia, respirando salud y frescura.

A las excelencias de su mujer Órficus agregaba los encantos de la compañera, la compañera ideal porque nunca dejó de ser y estar como él la quería: jovial, hermosa, distinguida. Hasta el timbre de su voz sonaba musical y atrayente. Vestía con sencilla elegancia. Amaba las pieles, las joyas, los perfumes, los tocados distinguidos pero ni los exigía ni los ostentaba; muchas veces sacrificó las propias galas para adquirir cosas para la casa. Aunque ambos podían colmar sus caprichos por su bonancible situación económica, la Señora no era dispendiosa; gastaba lo necesario y prefería invertir lo sobrante en ayudar a otros.

"Si fuéramos pobres — pensaba Órficus — la Vicuñita se acomodaría a ello y seríamos igualmente felices."

Sentado en el jardín, viendo jugar a los hijos — esa adorable Mariana, ese tierno Juan Cristóbal — con la esposa al lado, el ingeniero se sumergía en la perfecta beatitud de la armonía conyugal que se ajustaba a la hermosura de la naturaleza y a la placidez del ánimo. En los ojos de la muy amada resplandecía el mismo contentamiento. Tenían sendos libros en las manos cuyas páginas buscaban morosamente, pues los minutos volaban contemplando el profundo mar verde de la hierba, los pinares apretados, los rosadales en flor, el juego jamás fatigante del cielo azul y las albas nubes. A veces un pajarillo o un mariposa se posaban próximos o una libélula que fingía un diminuto avión levantando los gritos de los niños. Luego volvía la calma y el oro de las retamas exhalaba una sensación de dicha áurea. De cuando en cuando cambiaban impresiones de lo leído, de lo contemplado, reminiscencias gratas, ideas que acudían o transvolaban con rapidez. O pasaban largos minutos inmóviles, en silencio, dejándose absorber por el "tempo lento" y serenísimo de la felicidad que no puede expresarse en palabras.

Para la Señora, Órficus era todo: su vida entera. Para Órficus, Ella redondeaba la suma de perfecciones: esposa, madre, amante, compañera, amiga, consejera. Jamás se cansaba de su presencia y prefería volver a su lado sobre todos los atractivos y tentaciones del vivir. Ella no llamaba a la oficina, no interrumpía su trabajo, ni inquiría lo realizado fuera de casa, pero el marido le contaba todo, no tenía secretos para la esposa. En raras ocasiones se le ocurría salir de noche con amigos o asistir a algún compromiso ineludible; nunca encontró reparos ni pusieron límite a las salidas nocturnas. Al volver, ella dormía o fingía dormir. Órficus se aproximaba cauteloso a su lecho y a la luz de la lamparilla del otro velador distante, contemplaba el rostro amado, tan bello, que no podía mirarlo sin conmoverse. Ponía un beso en su frente y murmuraba:

—Dejé a los amigos; no podía llegar a la medianoche sin volver a tí.

La Señora abría los ojos y respondía suavemente:

—Te esperaba.

Esta doble vida de agitación en el trabajo y disputas con las gentes, de indecible paz en el hogar, la sobrellevaron los esposos varios años. Al cumplirse el octavo aniversario de sus bodas, Ella expresó: "Me llevarás a cenar pero yo elegiré el lugar."

Acostaron a los niños, la Señora fué a vestirse para salir. Luego reapareció ceñido el cuerpo por una túnica de color azafrán que resaltaba la esbeltez de su figura y el encanto del rostro moreno. Dos perlas en las orejas y el zafiro de compromiso eran todas sus galas. Lucía tan hermosa que Órficus quedó alelado: ¿era su esposa esta mujer exquisita que eclipsaba a todas las bellezas de la tierra?

Sonriendo, ella le cogió de la mano y abrió las puertas del comedor: parecía una estancia nueva. Otra disposición en el mobiliario, rosas te prodigio en la mesa, mantelería y cubiertos de lujo, el juego de las luces en la cristalería. Los leños crepitaban en la chimenea. La Señora se aproximó al tocadiscos, graduó casi en sordina la música y las notas límpidas de un Quinteto de Mozart poblaron el ambiente.

—Cenaremos aquí — dijo la esposa encantada por la sorpresa del marido.

Órficus la miraba embelesado. Al fin pudo proferir:

—Eres tan bella y arreglaste el escenario con tal primor que me parece haber casado con la Reina de las Hadas.

Las viandas deliciosas y el vino francés sabían a gloria. Un perfume mágico se desprendía de la Señora. La sonrisa como más misteriosa. Los ojos como más profundos. Y la boca amada decía cosas tan finas, halagadoras que el ingeniero se sintió transportado a una noche paradisiaca.

Desde una mesilla próxima los contemplaba un retrato de Mariana y Juan Cristóbal.

—Eres mi novia — dijo Órficus — todo en tí es una promesa, sagrada promesa, de dicha. Dormido o despierto, sueño con tus ojos, añoro tu voz, busco tu sonrisa tierna de niña. Al encontrarte, tuve mucho más de lo que merecía. Lo único que le pido al Señor es que nos recoja juntos porque no podría vivir lejos de tí.

La Señora lo escuchaba con emoción.

—Sólo quiero ser tuya — musité.

El ingeniero leyó un cuento y un poema compuestos para la ocasión, fantástico el uno, de homenaje a la esposa el otro y al advertir la devoción conque lo escuchaba comprendió que el mejor don otorgado al hombre es hallar una compañera afín en el espíritu y compartidora de penas y alegrías.

Fué el más venturoso de los aniversarios que festejaban con la extasiada gravedad de un rito religioso.

¿Soy un hombre, soy un niño? — se preguntaba Órficus. ¿Qué significa esta premura, esta inquietud de adolescente para volver junto a mi mujer? ¿Por qué sólo a su lado encuentro la dicha y la confianza para seguir viviendo? Si confiara a un amigo que después de ocho años de matrimonio nada es más placentero ni más necesario para mí que volver a mi esposa, se sorprendería, no lo creería; y sin embargo es así. Sólo verla, sólo escucharla y siento que

trasciendo a una realidad indecible, más allá de palabras y de imágenes. Y esas dos criaturas maravillosas, nacidas del amor profundo y la perfecta comprensión ¿no son un regalo concedido a muy pocos?

El río de la dicha conyugal corría dulce y tranquilo.

Cierta mañana, al desayunar, Órficus advirtió una tristeza que la Señora no alcanzaba a disimular.

—¿Qué sucede? — preguntó afectuoso. ¿No dormiste bien, alguna pesadilla? Ella vaciló antes de contestar:

—No quería que te preocupes. Sabes que sueño muy poco, pero mis sueños son siempre premonitorios: veo lo que vendrá. Tenemos que afrontar la tercera amenaza del Maligno, será la postrera. Yo sólo podré ayudarte con mi fe. Tu sostendrás el combate, fuera de toda atmósfera de magia; sólo tu amor y tu voluntad contarán. No puedo decir más.

El esposo recogió sus palabras consternado: sabía que estaba en lo cierto. En el curso de su vida habían sucedido tantas cosas extraordinarias; ¿por qué no una más?

Transcurrieron varias semanas sin que nada extraño sucediera. El se esforzaba por distraer a la esposa, pero la sombra de tristeza no abandonaba los ojos de la Señora.

Cuando Mariana cayó enferma, Ella anunció:

—Ha comenzado.

Es una bronquitis común diría que leve — anotó el médico — con un antibiótico y los cuidados de la madre sanará en pocos días.

Pudo ser cierto el diagnóstico mas la niña no reaccionaba. La examinaron otros profesionales, confirmando el diagnóstico: era sólo una bronquitis sin anuncio de complicaciones. La niña era robusta, saldría pronto de peligro. Un quinto médico se manifestó sorprendido por la prosecución de la enfermedad: los análisis químicos no denotaban ninguna irregularidad orgánica, el corazón, los pulmones, el sistema circulatorio, todos los órganos funcionaban bien. No se explicaba la fiebre persistente ni el decaimiento progresivo de la niña.

Órficus, desesperado, consultó a la esposa:

—¿Qué se puede hacer?

Ella lo contempló con infinita tristeza:

—Todo está en tus manos — respondió — y pasarás una prueba durísima. Nada puedo añadir.

—Mientras la Señora velaba a Mariana, esa noche Órficus bajó al jardín. Sentado en un banco o paseando por los senderos de mosaicos, se preguntaba angustiado: ¿qué puedo hacer yo por la niña, de qué ciencia o poder dispongo para sanarla? ¿por qué Ella confía en mí si estoy desprovisto de toda capacidad para luchar por Marianita? Si de mí dependiera, si de mí dependiera, daría mi vida para que ella viva...! Un rayo de luz alumbró su conciencia: sí: debía ser eso, el supremo sacrificio para que la niña se salvara. Pero cómo: ¿debía suicidarse, debía renunciar a la dicha y encerrarse en un convento? El estaba dispuesto a la medida más extrema, su vida no contaba para que Mariana se recuperase. ¿Pero cómo? ¿Qué debía hacer? Desalentado, desorientado vagaba por el jardín sin hallar la fórmula salvadora. Avizoraba el curso de su extraña vida, llena de cosas sobrenaturales, de éxitos inesperados, el encuentro con la Señora, su amor súbito, sus desfallecimientos, ese largo vavío de 4 años que los separó. La Señora, sí, lo que más amaba, eso que a nada podía compararse... Súbitamente creyó sentir la voz interior: "no bastaría el sacrificio de tu vida, no bastaría." ¿Y qué más puedo hacer como no

sea dar mi existencia por la de la pequeña? ¿Qué podría ofrecer al Señor si nos conserva a Mariana? Angustiado se perdía en cavilaciones: aparte de su propia vida nada podía ofrendar. Un dolor punzante lo acosaba, sin dejarle sentir el frío ni la fatiga. Caminaba, se detenía, tomaba asiento, volvía a reanudar su búsqueda: nada, nada... Alzó los ojos al cielo. Una estrella vivísima, desde la inmensa lejanía emitía guiños sorprendentes como queriendo hablar — ¡en verdad: hablaba! — decía o quería significar: "mira más hondo, sigue buscando." Y el atormentado porfió en su búsqueda angustiada; ¿qué será, qué podría ser? Lo que más amaba en el mundo no era Mariana sino la Señora; la clave estaba pues en La Señora: renunciar a ella sería más que ofrecer la propia vida. ¡Esa, esa era la solución! Se estremeció, una onda de pánico invadía su alma. ¡No, imposible, imposible, renunciar a Ella sería peor que perder la existencia! Pero la estrellita seguía emitiendo signos misteriosos, aprobadores, y la voz interior confirmaba: "has comprendido, has comprendido, ese es el camino." El análisis terrible se irguió en su espíritu: si renunciaba a la dicha conyugal, si estaba dispuesto a separarse de la Señora, a no verla más, Marianita sobreviviría. Esta vez no sucedía como en el incidente de "El Centinela": no había un poder desconocido que le exigía juramento, no se trataba de un pacto, sino únicamente de una toma de conciencia, sólo, desesperado, sin yugos ni presiones, algo que debía analizar y resolver por sí mismo. ¿La madre o la hija? No, no era ese el problema, sino decidir entre la vida suya de la niña y su propia felicidad. Lo que más amaba ¿no era su esposa? El horror del sacrificio se dibujó en su mente: no se le pedía sólo renunciar a la Señora, mas vida por vida, que Ella dejase de existir para que la niña viviera. Quedó aterrado: ¿por qué el monstruoso sacrificio, por qué la madre, inocente, debería inmolarse para salvar a la hija? No, estaba loco, su mente se extraviaba, era absurdo, totalmente absurdo: ni Dios, ni el Destino, ni la Naturaleza aprobarían tal cosa. Estaba delirando, ya pasaría. Pero su pensamiento claro, frío, desnudo como una espada insinuaba: "no hay otro camino. Si realizas la entrega suprema, el mayor sacrificio. Si te atreves a dar la vida de tu esposa, la niña vivirá." ¿Y quien soy yo para disponer de vidas? — se preguntaba el dolorido. La pena me extravía: yo no puedo desatar el nudo del destino, ni jugar con las vidas amadas, ni hacer trueques insólitos. Nada, nada puedo hacer... Soy un juguete de los hados, de los hados adversos. No puedo ni debo hacer nada, no soy taumaturgo ni santo, me escapa el milagro. Pero la idea obsesionante lo acosaba, fría, inexorable: "si eres capaz de admitir la pérdida de tu esposa, la niña vivirá."

Lo que padeció el ingeniero en esas horas crueles de duda y congoja no se puede describir: fué una vivencia interna más allá de las palabras.

En la madrugada, después de lacerante reflexión, agachó la cabeza y se dijo a sí mismo: "acepto. Nosotros ya fuimos felices. La tiene niña tiene derecho a vivir."

Entró a la casa desgarrado, temiendo afrontar el drama que se le antojaba inevitable.

La Señora lo abrazó llorando:

—Has vencido — dijo — seguí toda la lucha. Era la última prueba. Cesó la fiebre, la niña duerme y en dos días se pondrá bien.

Órficus la contempló asombrado. ¿Entonces sólo se trataba de un proceso subjetivo, mental o moral, semejante al rigor bíblico con que el Señor probó al fiel Abraham?

No pudo resistir la espantosa transición del dolor desesperado a la nueva dicha y cayó desvanecido.

Permaneció dos días en crisis fisiológica y espiritual. Al cabo de ellos Mariana y Juan Cristóbal jugaban en el jardín. La Señora, sonriente, estaba a su lado.

—Ya todo pasó. He quemado lo que me dejó el abuelo.

Órficus la miró con ternura:

—No comprendo por qué yo tenía que ser el sujeto de tantos sucesos raros.

Ella respondió suavemente:

—Tampoco yo entiendo cómo se entrelazan la felicidad y la tristeza.

La pequeña Mariana corría hacia ellos.

—¡Papá! — gritó la niña — He visto cómo de un gusanito salía una mariposa. ¿No podría yo convertirme en águila?

¡Gracias Señor, María Gracias!

La presente primera edición de "ÓRFICUS Y LA SEÑORA".  
Es propiedad del Editor Rolando Diez de Medina, © 2007.  
La Paz - Bolivia

[Inicio](#)